

Un reportero en apuros

GINA WILKINS

Un reportero en apuros

Gina Wilkins

Sinopsis

Ninguna mujer en el mundo había rechazado a Riley O'Neal. Todo lo que tenía que hacer era mostrar su irresistible sonrisa. Pero siempre había una primera vez y fue la camarera Teresa Scott quien le hizo vivir la experiencia. ¡Y qué camarera! Era un ritual: cada mañana, desayunaba en el Rainbow Café y además de un café bien cargado, Riley se tenía que tragar un buen "no".

Pero cuando un escándalo le reveló a Riley que Teresa no era exactamente lo que él creía, sino una madre soltera y una... criminal, deseó que la guapísima camarera le robase el corazón.

Capítulo 1

El hombre de penetrantes ojos grises volvió para desayunar. Era viernes por la mañana y la tercera vez que aparecía durante la primera semana de trabajo de Teresa en el Café Rainbow. A pesar de eso, ella seguía sin sentirse del todo cómoda con él. Siempre se comportaba con la mayor de las correcciones, pero había algo que sin saber por qué, la inquietaba.

Flirteaba con ella. No abierta ni públicamente, sino con una sutil desvergüenza que le hizo preguntarse si no se estaría burlando. ¿Qué podía encontrar de divertido en ella? ¿Acaso era uno de esos tipos engreídos y petulantes que creían que el resto del mundo estaba por debajo de su nivel intelectual y especialmente la camarera de un pequeño café de pueblo?

—¿Qué te apetece tomar? —le preguntó en aquel instante.

Nunca le había visto abrir el menú, pero siempre tenía decidido lo que iba a pedir cuando ella se lo preguntaba.

—Tortilla con salsa. Y café. Solo.

—¿Galletas o tostadas?

—Tostadas. ¿Alguien te ha dicho alguna vez que te pareces a Grace Kelly?

—Sí, claro. Constantemente me comparan con las princesas de Hollywood fallecidas en accidente de tráfico —replicó con desenfado. Desde el primer momento había advertido que aquel tipo disfrutaba desconcertando a la gente con sus sorprendentes comentarios y rápidamente había optado por replicar en el mismo tono, sin tomárselo a mal—. Ahora mismo te traigo el café.

Sirvió a otros dos clientes antes de regresar con su café. Eran dos señores mayores, viejos amigos que quedaban todas las mañanas para desayunar juntos y que flirteaban abiertamente con ella del modo más inofensivo posible. Volvieron a hacerlo cuando les sirvió más café. Teresa les siguió la broma, como era habitual. No sabía por qué, pero con ellos se sentía muchísimo más relajada que con el tipo de los ojos grises, que no dejaba de observarla desde la mesa del fondo.

Aunque la mayor parte de los clientes eran bastantes amables, había excepciones. Algunos se mostraban groseros y desagradables, pero como ya tenía cierta experiencia de camarera, Teresa sabía cómo tratarlos. Sin embargo, el hombre que se había presentado a sí mismo como Riley no encajaba con ninguna de esas descripciones. Simplemente la ponía¼ nerviosa.

—Espero que no te dejes impresionar demasiado por los piropos de esos tipos —le comentó cuando Teresa volvió a su mesa—. El viejo Ernie se cree un auténtico Romeo. Probablemente, a estas alturas ya se te haya declarado un par de veces.

—Yo creo que son muy simpáticos¼ —repuso ella con tono suave mientras le servía el café. Y de inmediato le pareció que su sonrisa se tornaba burlona una vez más.

—¿Esa opinión te merecen todos los que frecuentan este café?

—Todos no —replicó deliberadamente Teresa, haciendo uso de una sutil ironía—. Ahora te traigo el desayuno.

No se dio prisa en regresar a la cocina, deteniéndose unas cuantas veces para rellenar alguna taza o atender a algún cliente. Pero una vez dentro, musitó irritada:

—Ese tipo es más raro¼

Shameka Cooper levantó la mirada de la bandeja de tartas y pasteles que acababa de sacar del horno.

—¿A cuál de ellos te refieres, cariño?

—A uno que aparenta tener unos treinta años, de pelo castaño algo largo y ojos gris claro.

—Me suena que es Riley O'Neal.

—Sí, me dijo que se llamaba Riley. ¿Es así de imbécil o se trata de una falsa impresión?

—Bueno —rió Shameka—, puede que algo tenga de eso, pero también es un encanto. Generalmente te entran ganas de abrazarlo, aunque otras veces lo que te apetece es darle una buena bofetada.

Teresa no podía imaginarse abrazando a ese tipo. Lo segundo, sin embargo, era diferente.

—Parece tan engreído¼ Como si supiera algo que yo no sé. Algo que encontrara muy gracioso.

—Así es Riley. Y esa es la razón por la que algunas personas no lo aprecian mucho. Pero no es ni la mitad de cínico de lo que aparenta ser. Debe de pensar que esa imagen le conviene¼ ya sabes, la de periodista caradura.

—¿Es periodista?

Teresa esbozó una mueca. No le extrañaba nada.

—Sí. Trabaja para el Evening Star. Eso lo convierte en una especie de compañero de trabajo nuestro, supongo, ya que la familia propietaria de esta cafetería posee también ese periódico. La hija de Marjorie y su marido llevan el periódico, mientras que Marjorie se encarga de sacar esto adelante.

—Estupendo —murmuró Teresa.

Era Marjorie, la madre de su compañera de estudios en la universidad, quien le había conseguido el empleo. Marjorie Schaffer era una de las personas más buenas y generosas que había conocido

y podía apostar lo que fuera a que sentía una debilidad especial por el tal Riley.

—Creo que te gustará cuando lo conozcas mejor —le aseguró Shameka, sonriente—. Toma, aquí está su desayuno.

Pero Teresa dudaba mucho que Riley O'Neal y ella pudieran congeniar bien alguna vez.

Riley se tenía por una de las personas más incomprendidas de aquella pequeña localidad de Arkansas. Sabía perfectamente quién y qué era, pero mucha gente tendía a hacerse ideas equivocadas sobre él. Algunos lo consideraban un perezoso, un vago. No lo era, por supuesto: lo que ocurría era que hacía la mayor parte de su trabajo con la cabeza.

Otros opinaban que su extraño sentido del humor era una prueba de su naturaleza cínica y sarcástica. Pero Riley se consideraba más bien un testigo socarrón de las debilidades humanas. Había gente que lo calificaba de grosero y de brusco, pero él simplemente se esforzaba por ser honesto y sincero.

Tenía fama de solitario. Riley no se tenía por tal, aunque ciertamente valoraba de manera especial su intimidad. Necesitaba paz y tranquilidad para escribir, algo que no podía conseguir si se pasaba todo el tiempo rodeado de gente. Y en aquellas ocasiones en que le apetecía tener compañía, la encontraba.

Como el Café Rainbow era uno de los pocos lugares del pueblo donde podía disfrutar tranquilamente y sin agobios de una taza de café, el lunes había decidido ir a desayunar allí. Hacía mucho tiempo que conocía a Marjorie Schaffer, su propietaria y en su cafetería se sentía casi tan cómodo como en la cocina de su propia casa. Saludaba allí a mucha gente siempre que aparecía.

Edstown era una población pequeña, el lugar donde había pasado la mayor parte de su vida. Por esa razón y por su trabajo como periodista en el Evening Star, conocía a la inmensa mayoría de sus habitantes. Y ellos también lo conocían lo suficientemente bien como para dejarlo en paz cuando lo veían desayunando con el periódico delante.

Aquel día había abierto el periódico tan pronto como se había sentado, enterrando la nariz en sus páginas. Aparte de constituir un efectivo medio de disuasión para charlatanes, disfrutaba realmente leyéndolo. Sentía un genuino aprecio por aquel pequeño diario local que le daba de comer. El Evening Star de Edstown tenía su propio encanto, su propio lugar en aquella población.

Se había llevado una gran sorpresa cuando el lunes de la semana anterior lo había atendido una camarera nueva. Y la sorpresa había sido aún mayor cuando descubrió que se trataba de una verdadera belleza. Melena de color rubio oscuro larga hasta los hombros, con

mechas doradas, recogida en un moño. Ojos azul claro enmarcados por largas y negras pestañas, dominando un delicioso rostro ovalado. Nariz recta y bien proporcionada, labios rojos y llenos que no necesitaban de carmín alguno. Y aquella barbilla ligeramente pronunciada, con aquel diminuto hoyuelo¼

Quizá había sido ese fascinante hoyuelo el que lo había impulsado a volver al Café Rainbow en otras dos ocasiones esa semana. Y eso a pesar de que hasta ese momento no lo había frecuentado más que un par de veces al mes.

Aquel viernes por la mañana, se olvidó del periódico y se quedó observando a la camarera cuando ésta se retiraba después de haberle tomado la orden. Bonita figura, advirtió y no por primera vez. No era demasiado delgada; a Riley jamás le había gustado la estética de las supermodelos. Como correspondía al ambiente de aquella cafetería, llevaba vaqueros, una camisa blanca de manga larga y zapatillas. Los vaqueros le sentaban particularmente bien.

Supuso que tendría más o menos su edad. No llevaba alianza de matrimonio y tampoco joya alguna. Era nueva en el pueblo y probablemente aún no conocería a mucha gente. Había decidido, cuando estuviera de humor para ello, pedirle que salieran juntos a tomar algo. Aunque por el momento, ella no le había dado pie¼

Volvió rápidamente con su desayuno.

—¿Te apetece alguna cosa más?

A Riley se le ocurrieron al menos una media docena de respuestas. Siempre se le había dado bien el flirteo y no eran pocas las mujeres que le habían seguido el juego. Pero como aquella chica parecía preparada para encajar un comentario demasiado previsible, se mordió la lengua y respondió, circunspecto:

—Por el momento no, gracias.

—De acuerdo. Volveré luego para servirte más café.

—Gracias. Por cierto, Teresa, ¿cuál es tu apellido?

—Scott —contestó sin vacilar—. Disculpa, pero un cliente me está llamando.

«*No es muy simpática que digamos*», pensó Riley mientras ella se daba la vuelta para marcharse. Correcta sí, pero lo justo, lo mínimo exigido por su trabajo. Aquello muy bien podría constituir un desafío.

Sonrió. Cuando no requerían un gran esfuerzo por su parte, a Riley le encantaban los desafíos.

—¿Ya te has fijado en esa preciosa camarera del Café Rainbow? —le preguntó Bud O'Neal a su sobrino, el domingo por la tarde.

Riley no llegó a despegar la mirada del televisor.

—Estoy intentando ver la carrera, Bud.

—No vas a perderte nada respondiendo a mi pregunta. ¿Has

visto a la camarera nueva o no?

Riley se pasó una mano por el pelo, renunciando por fin a ver la carrera de coches.

—Sí, la he visto.

—Eso me habían dicho.

Riley sacudió la cabeza, exasperado.

—Y entonces ¿por qué preguntas?

—Me he enterado de que te has convertido en un asiduo de la cafetería. Y algunos dicen que incluso has tenido problemas para apartar la vista de esa preciosa camarera.

—Ya, bueno, los dos sabemos que no hay nada que le guste tanto a la gente de este pueblo como inventar rumores y chascarrillos.

Deliberadamente, Riley volvió a mirar la televisión mientras se llevaba una lata de refresco a los labios. Como para dejar claro que quería dar por cerrado aquel tema.

Sabía, por supuesto, que Bud no se mostraría nada colaborador. Y no se equivocaba.

—A ti siempre te han gustado las rubias de ojos grandes y piernas largas —murmuró el otro, evidentemente encantado de provocar a su sobrino.

—¿Qué quieres que te diga? Admito que es guapa y que me gusta mirarla. Y quizá haya flirteado con ella un par de veces. Pero cuando se me ocurrió hacerlo, casi me dejó congelado con esos ojos azules enormes y fríos que tiene. Y ahora, si ya has terminado de burlarte de mí, me gustaría seguir viendo la carrera.

A pocas personas les habría consentido Riley aquellas bromas, pero a su tío le guardaba un cariño especial. Además, Bud todavía se estaba recuperando de la trágica muerte de uno de sus mejores amigos, ocurrida en aquel mismo año. Le gustaba verlo sonreír de nuevo, aunque fuera a su propia costa.

—¿Que te dio calabazas? —de repente dejó de sonreír, frunciendo el ceño—. ¿Qué diablos le pasa a esa chica?

—No le pasa nada malo, al menos por lo que yo sé. Simplemente, no está interesada en mí. No es algo tan raro, ¿sabes? No soy el casanova que tú crees.

—¡Bah! Todavía no he visto a ninguna mujer que te rechazara cuando has intentado conquistarla. Así que, una de dos: o ya has decidido que esa preciosa camarera no vale la pena¼ o sencillamente te estás tomando tu tiempo para emprender la conquista.

—¿Quieres dejar de llamarla «*esa preciosa camarera*»? Tiene un nombre. Teresa.

Bud arqueó sus espesas cejas grises en respuesta al tono

susceptible de su sobrino.

—¡Ah, vaya! Y eso que no estás interesado en ella, claro.

—Cállate y mira la carrera. Se está poniendo interesante.

Sabiendo perfectamente cuándo debía insistir y cuándo no, Bud entrelazó las manos sobre su barriga y se recostó cómodamente en el sofá. Los dos estaban sentados en el salón de la gran caravana de Bud, salvada de su segundo divorcio cinco años atrás, tras haber saboreado una estupenda comida de domingo.

Tío y sobrino procuraban reunirse a menudo, dado que eran los últimos miembros de la familia O'Neal que todavía vivían en Edstown. A sus sesenta y cinco años, Bud no había tenido hijos, así que siempre había profesado un cariño paternal al hijo único de su único hermano. Y sobre todo después de que los padres de Riley se hubieran ido a Florida hacía unos diez años, cuando él todavía estaba estudiando en la universidad.

—¿Qué tal le va a R. L.? —inquirió Riley cambiando de tema—. Casi no lo he visto desde que se jubiló de la empresa de seguros.

—El miércoles por la mañana iremos a pescar juntos. Hemos quedado aquí a las seis menos cuarto. ¿Quieres acompañarnos?

—No, gracias. Esa mañana la pienso pasar durmiendo.

—¡Qué gandul! —musitó Bud, riendo entre dientes.

—Oye, a mediados de septiembre y al amanecer, ese lago está helado. Y hay partes de mi cuerpo que no me gustaría que se congelasen, ¿sabes? Todavía puedo darles algún uso.

Bud se echó a reír, sacudiendo la cabeza.

—Te lo he dicho muchas veces: no se pasa nada de frío si uno se pone la ropa adecuada. También puedes venir a media mañana.

—No, Bud. Gracias, pero eso de la pesca no es lo mío. Que disfrutéis los dos, ¿de acuerdo?

—Eso ni lo dudes. Aunque echaremos de menos a Truman.

Riley asintió, serio. Truman Kellogg, amigo inseparable de Bud O'Neal y de R. L. Hightower durante cerca de cincuenta años, había perecido en un incendio en su propia casa varios meses atrás. Los dos amigos habían quedado muy afectados. Ya nada era lo mismo desde entonces.

Riley se preguntó si aquel suceso habría obligado a Bud a afrontar la perspectiva de su propia muerte. No lo sabía. O quizá, simplemente, hasta ese momento le había resultado inimaginable que los tres no pudieran estar siempre juntos. Habían conservado la amistad desde los tiempos de la escuela. Habían sido testigos de las bodas y divorcios de los otros, del fallecimiento de la esposa de Truman varios años atrás, de los buenos y malos momentos económicos¼ Así que era natural que tanto Bud como R. L. se resintieran tanto de aquella perdida.

—¡Dios mío! ¿Has visto eso? —exclamó Bud, consternado al ver en la pantalla el choque de varios coches contra las barreras y unos contra otros.

—¡Maldita sea! Martin no tenía ninguna posibilidad de evitar el caos que se ha montado —musitó Riley contemplando abatido el deportivo aplastado por delante y por detrás, consecuencia de las colisiones en cadena. El piloto de Arkansas al que tanto admiraba no había sufrido daño alguno, pero ya era imposible que llegara a terminar la carrera—. Ha tenido una temporada horrible, ¿eh? Una detrás de otra.

—Conozco esa sensación —repuso Bud, entristecido y preguntó antes de que pudiera comentar algo al respecto—: ¿Estás seguro de que no quieres que hable yo con esa preciosa camarera? Apuesto a que podría convencerla de que no eres tan malo como pareces.

—Mantente alejado de mi vida amorosa.

—¿Qué vida amorosa? —resopló Bud, disgustado—. A mí me parece que necesitas ayuda. ¿Quieres beber algo más?

—No. Y hablo en serio, Bud. No le digas ni una sola palabra a Teresa.

Su tío sonrió mientras se dirigía a la cocina¼ despertando definitivamente las sospechas de Riley.

El lunes, a primera hora de la tarde. Riley se dirigía a la oficina del diario después de una rutinaria entrevista con el alcalde cuando vio a Teresa y frenó de inmediato. Estaba de pie al lado de un viejo coche, contemplando con el ceño fruncido la rueda que se le acababa de pinchar.

—Parece que tienes un problema —le dijo mientras bajaba de su deportivo, que acababa de aparcar justo delante.

Sabía que lo había reconocido de inmediato. Y habría calificado su expresión como resignada.

—Puedo arreglármelas sola. Es solo un pinchazo.

Riley hundió las manos en los bolsillos de los téjanos mientras estudiaba el problema.

—¿Has cambiado alguna vez una rueda?

—Una vez —respondió, sin ser consciente del tono de incertidumbre de su voz.

—Abre el maletero —ordenó mientras se quitaba la cazadora y la guardaba en su coche—. Espero que tengas una llave y un gato.

—Tengo ambas cosas, pero soy perfectamente capaz de hacerlo sola.

—No lo dudo, pero dado que estoy aquí y que estoy dispuesto a impresionarte con mis habilidades, para no hablar de mi galantería, será un placer ofrecerte mis servicios.

—Pero yo¼

—Sin compromisos —insistió Riley—. Ni siquiera tendrás que darme las gracias, si no quieres. Abre el maletero, ¿quieres?

Teresa así lo hizo, suspirando.

—No quiero parecerte una desagradecida. Es que estoy acostumbrada a resolver mis propios problemas.

—¿De veras? —se asomó al maletero, inmaculadamente limpio y arreglado. Pensó que debía de limpiarlo al menos un par de veces por semana.

—Sí. Es más fácil.

—Eso es cierto. Mmm. Voy a levantar la rueda. Fíjate en cómo se flexionan mis músculos mientras la alzo sin esfuerzo alguno —por el rabillo del ojo pudo ver que ella intentaba disimular una sonrisa.

—Impresionante —repuso secamente.

—¿Sientes algo?

—Sí. Me alegro de que seas tú quien haya tenido que levantarla y no yo.

—No era esa precisamente la reacción que yo estaba esperando —replicó Riley arrodillándose frente a la rueda pinchada—. Mira, he aquí el origen de tus males —señaló un gran tornillo brillante, clavado en la goma—. Debió de clavarse hace poco y desde entonces ha estado perdiendo aire.

—¿Un tornillo? ¿Eso es lo que ha causado el pinchazo?

—¿Esperabas que te dijera que alguien te lo había cortado con un cuchillo o algo así? —le preguntó él, arqueando una ceja.

—Claro que no —repuso, más molesta que divertida por su insinuación.

Segundos después Teresa no pudo menos que reconocer, reacia:

—Lo haces muy bien. Terminarás de cambiarla en mucho menos tiempo del que habría tardado yo.

—¿Sabes? Cuando era un crío, quería ser mecánico de coches de carreras.

—¿Qué te hizo cambiar de idea?

—Descubrí que era un trabajo duro. Se sudaba y se manchaba uno demasiado. No era para mí. Ahora me conformo con ver las carreras de coches en la tele.

Teresa lo miró sin saber si estaba bromeando o no.

—¿Así que renunciaste a ese sueño de infancia simplemente por una cuestión de pereza? —preguntó, vacilante.

—Exacto. Escribir es mucho más fácil. Y no se suda tanto.

—Yo creía que ser periodista de un periódico local era un trabajo más¼ ¿exigente?

—¿Trabajar para el Evening Starl? —Rió, incrédulo—. ¿Has estado alguna vez en nuestra oficina?

—Bueno, no. Llevo tan solo dos semanas aquí y¼

—Créeme, en este pueblo las verdaderas noticias brillan por su ausencia y solo somos dos para cubrirlas. En realidad viene a ser como un trabajo de media jornada¼ gracias a lo cual dispongo de tiempo para cultivar otros intereses.

—Ya. Me he enterado de que estás escribiendo una novela.

Riley se volvió para mirarla. ¿Había estado informándose sobre él en el pueblo? Le gustaba la idea.

—¿De veras?

—Me lo dijo Marjorie —explicó, encogiéndose de hombros—. Cuando viene a la cafetería, me cuenta todo lo que hay que saber sobre todo el mundo. Me dio la impresión de que no le importaba que eso se supiera; quiero decir, que no era un secreto.

—El cotilleo inofensivo es uno de los pasatiempos favoritos de Marjorie. Yo jamás soñaría con privarla de algo así —terminó de apretar las tuercas de la rueda que acababa de cambiar—. Listo.

—Muchas gracias.

—De nada.

Guardó la rueda pinchada y las herramientas en el maletero. Luego, consciente de que ella estaba esperando que hiciera otro conato de flirteo o dijera alguna frase galante, volvió tranquilamente a su coche.

—Conduce con cuidado, Teresa. Nos vemos. Hasta otra.

Ella todavía estaba parpadeando de asombro cuando Riley ya había cerrado la puerta y encendía el motor de su deportivo.

Segundos después, una vez que se aseguró por el espejo retrovisor de que ella había vuelto a subir a su vehículo, Riley se sonrió. No le gustaba pasar por un tipo excesivamente previsible. Pero le encantaría volver a flirtear con ella. Era demasiado divertido como para que pudiera resistir la tentación.

Capítulo 2

Riley nunca había encajado bien los rechazos. Era aquella una faceta de su personalidad que aceptaba sin problemas y reconocía como inalterable. Estaba incluso dispuesto a admitir que era consecuencia de la defectuosa educación que había recibido, la típica de un niño mimado.

Hijo único de unos padres mayores y nieto único de cada rama familiar, nunca había tenido que competir con nadie para conseguir atención o cariño. Nunca le habían faltado amigos en la escuela y gracias a la ayuda de sus abuelos, había podido vivir cómodamente durante su época de estudiante en la universidad.

Su trabajo en el Evening Star de Edstown no era precisamente muy lucrativo, pero le gustaba. Lo obligaba a relacionarse socialmente, compensando su natural inclinación a encerrarse con sus libros, su música y su imaginación. Y además le proporcionaba la suficiente libertad para hacer justamente eso siempre que quería. De hecho, era famosa su capacidad para desaparecer en su apartamento durante días enteros, sin salir a la calle a no ser que lo reclamaran del periódico.

Era probablemente su aversión al rechazo lo que le había impedido enviar alguna de sus novelas a un editor. A pesar de la plena confianza que tenía en su talento, era lo suficientemente realista como para saber que la mayor parte de los candidatos a escritores debían soportar unos cuantos rechazos antes de poder publicar algo. Y no podía predecir su propia reacción cuando tuviera que pasar por aquel mal trago. Así que, hasta que estuviera preparado para soportarlo, se contentaría con seguir escribiendo por puro placer.

En otro orden de cosas, rara vez saboreaba la experiencia del rechazo en lo que se refería a las mujeres. Quizá fuera porque no se atrevía a hacerles ninguna insinuación antes de estar seguro de que iba a ser bien aceptada, pero el caso era que su porcentaje de éxitos en ese terreno era razonablemente alto. Y había llegado a confiarse demasiado.

Teresa Scott, sin embargo, amenazaba con destruir aquel impresionante récord.

Animado por el encuentro que habían tenido en la calle, le había pedido que saliera con él al menos tres veces durante las dos últimas semanas. Y aunque ella se había mostrado bastante amable después de que le hubiera cambiado la rueda del coche, lo cierto era que las tres veces lo había rechazado. Educadamente, incluso

con humor, pero con absoluta firmeza. Incluso le había dejado claro que no tenía ningún sentido que se lo siguiera pidiendo, si bien no había logrado disuadirlo.

Hasta el momento, Riley la había invitado a cenar, a ver una película y a asistir a un partido de fútbol que había tenido que cubrir para el periódico. Más que sentirse molesto o descorazonado por sus tenaces negativas, estaba empezando a considerarlas casi como una forma de entretenimiento. De hecho, podía seguir insistiendo¼ sólo para conocer y analizar sus reacciones. Y tal vez podría incluso hacerla cambiar de idea si se mostraba lo suficientemente insistente¼

Aquel viernes por la mañana, casi tres semanas después de su primer encuentro, Teresa volvió a servirle el café.

—¿Qué te apetece hoy?

—Una cita contigo. ¿Qué tal esta noche?

—Esta noche tengo que pintarme las uñas. ¿Qué quieres para desayunar?

—Bueno, me apetecen unos cereales —rió entre dientes, aceptando con humor aquella enésima negativa—. Con fruta y tostadas. ¿Qué planes tienes para mañana por la noche? ¿Estarás libre?

—Me temo que no. Ahora mismo te traigo el desayuno.

Le había vuelto a dar calabazas, pero Riley estaba seguro de haber sorprendido un destello de diversión en sus ojos azules. Quizá todavía no hubiera ganado la partida¼ pero Teresa empezaba a encontrarlo divertido. Por algo se empezaba.

—¡Eh, Riley!

Alzando la mirada, Riley sonrió.

—Hola, jefe. ¿Qué tal te va?

Sin esperar a que lo invitaran, el jefe de policía, Dan Meadows, se sentó a su mesa.

—Esta mañana Lindsey se ha marchado muy temprano a una reunión de no sé qué, así que me ha dejado desayunando solo.

—¡Brrr! —exclamó Riley sobrecogiéndose teatralmente—. Es el desayuno anual del consejo escolar del instituto. Algún pez gordo del departamento de educación se habrá presentado para largar un discurso. Lindsey quiso endosarme a mí el encargo, pero yo me negué porque sabía que ella detestaría perderse un acontecimiento semejante¼

—Muy noble de tu parte —rió Dan.

—Eso pensé yo. ¿Sabes? Me alegro de que te casaras con Lindsey y la convencieras de que se quedara en Edstown y no se fuera a trabajar para un gran periódico. Si se hubiera marchado, ahora mismo sería yo quien estaría escuchando a esa pandilla de gallinas

cacareando a esta hora de la mañana.

—Me alegro de haberte sido útil.

Riley encontró especialmente divertida aquella respuesta. ¡Como si Dan se hubiera casado con Lindsey tan solo unos semanas atrás, para impedirle que dejara el Evening Star! Lindsey había estado enamorada de Dan durante años¼ pero el jefe de policía se había mostrado un tanto lento a la hora de reconocer sus propios sentimientos.

Dan no se caracterizaba precisamente por su expresividad, pero Riley había descubierto un novedoso brillo de felicidad en la mirada de su amigo desde que había tenido lugar la boda.

Teresa volvió para servirle el desayuno a Riley. Miró a Dan, que no dejaba de observarla con curiosidad.

—Buenos días. ¿Le traigo una carta?

—No hace falta. Tomaré huevos revueltos con jamón.

—¿Galletas o tostadas?

—Tostadas.

—Os voy a presentar —dijo Riley mirando a uno y a otra—. Teresa Scott, Dan Meadows.

—Encantado de conocerla, señorita Scott.

—Lo mismo digo, señor Meadows.

—«*Jefe*» Meadows, para los amigos —la corrigió Riley—. Dan es el jefe de policía de Edstown.

Teresa pareció momentáneamente sorprendida, pero no tardó en recuperarse.

—¿De veras?

—Sí, señorita —murmuró Dan—. Me tiene a su entera disposición si hay algo que pueda hacer por usted.

Mientras Riley miraba sonriente a su amigo, que parecía una moderna versión de algún antiguo sheriff del viejo Oeste, Teresa asintió con la cabeza.

—Bueno¼ Ahora que lo dice, he visto a un personaje muy sospechoso desde que me trasladé aquí.

—¿De quién se trata? ¿Alguien a quien debería vigilar de cerca?

—Me parece que ya lo está haciendo —repuso, desviando significativamente la mirada hacia Riley—. Enseguida le traigo el café, jefe.

Dan se sonrió cuando Teresa ya se marchaba.

—Amigo, creo que te ha clavado una buena pulla.

—Créeme, no es la primera vez que lo hace.

—Parece una buena chica.

Riley se limitó a asentir en silencio mientras tomaba un trago de su café, que ya se estaba enfriando.

—Y guapa también —añadió Dan.

—Ya lo he notado.

—¿Le has pedido que salga contigo?

—Sí.

—¿Y¼?

—Me ha dado calabazas. Continuadamente.

—¡Vaya! —exclamó Dan, riendo—. Además de guapa, inteligente.

Teresa volvió en aquel instante para servirle el café a Dan.

—Pronto estará su desayuno.

—Oye, Teresa, el próximo fin de semana hay un concierto sinfónico en Little Rock. ¿Te apetecería acompañarme? —le preguntó Riley.

—Lo siento, esa noche tengo que lavarme el pelo —respondió con tono suave.

—Todavía no te he dicho de qué noche exactamente se trata —le recordó él.

—Ni yo te he dicho qué noche exactamente me voy a lavar el pelo —replicó de inmediato.

—¡Diablos! —exclamó Dan, sacudiendo la cabeza cuando Teresa se retiraba de nuevo—. Estás ardiendo, chico. Quemando más bien.

—Sí, pero¼ ¿Te has fijado en sus ojos? Me dijo que no, pero lo que quería decirme era¼

—Te quería decir que no.

—Ríete si quieres, pero voy por buen camino. No será capaz de resistirse a mis encantos durante mucho más tiempo.

—¿De veras? —Dan alzó la mirada en el momento en que Teresa les servía el desayuno—. Le diré una cosa, señorita Scott. Riley cree que va por buen camino respecto a usted.

—Y tiene razón —murmuró mientras rellenaba sus tazas—. Va por buen camino para desquiciarme.

—Creo que deberíamos hablar de ello —intervino Riley—. ¿Qué te parecería mañana por la noche? Podríamos cenar juntos y¼

—Lo siento. Esta noche me voy a poner enferma. Disculpa, pero tengo más clientes que atender —y se retiró de nuevo.

—Creo que me cae bien —murmuró Dan.

—Ya. Ayúdame a desclavarme este cuchillo del pecho, ¿quieres? —se burló Riley llevándose las dos manos al torso en un gesto teatral.

—¿Un cuchillo? —replicó Dan—. ¿O te refieres más bien a un dardo de Cupido?

—Muy gracioso —comentó Riley molesto—. Anda, desayuna de una vez.

«*De acuerdo, el tipo es divertido*», reconoció Teresa. Tenía que ser así, porque de repente se había sorprendido a sí misma esperándolo

ansiosa los días que solía aparecer por la cafetería.

No se sentía, sin embargo, particularmente halagada por sus frecuentes invitaciones a salir. Sospechaba que era el clásico hombre que flirteaba con cada nueva y razonablemente atractiva mujer con la que se tropezaba. Aun así, resultaba agradable aquel interés procedente de un hombre tan guapo y le proporcionaba una chispa de esperanza. La esperanza de que algún día podría conocer a alguien con quien compartir nuevamente su vida. Algún día en un futuro muy lejano¼

—Creo que le gustas —le comentó Marjorie Schaffer en un susurro, guiñándole un ojo.

Alzando la mirada de la mesa que estaba limpiando, Teresa arrugó la nariz.

—¿Al viejo Ernie? Pero si se lo propone a cada mujer que tiene la desgracia de cruzarse con él¼

—Cierto. Incluso me lo propone a mí a razón de un par de veces por semana. Pero no estaba hablando de Ernie, sino de Riley O'Neal. Todo el mundo en el pueblo sabe ya que aparece por aquí casi diariamente para flirtear contigo.

—A Riley le gusta flirtear tanto como a Ernie. Y yo no me tomo en serio a ninguno de los dos.

—Desde que empezaste a trabajar aquí, frecuenta la cafetería como nunca lo había hecho. Antes solía venir a comer apenas un par de veces al mes. Y ahora son tres o cuatro por semana.

—¿De veras? —inquirió Teresa, sorprendida.

Desde el principio había pensado que era un cliente regular, de toda la vida. Le resultaba difícil de creer que hubiera cambiado sus hábitos sólo porque ella estuviera sirviendo cafés.

Quizá eso sí que resultara un poco halagador¼ De repente, recogió una bandeja llena de platos y se dirigió a la cocina.

—Esas fantasías románticas te las dejo a ti —se burló de la que era su amiga y también su jefa—. Tengo clientes esperando.

Todavía seguía Teresa pensando en las últimas palabras de Marjorie cuando, minutos después, se acercó a la mesa de Riley con una jarra de café. Tal vez estuviera realmente interesado en salir con ella. Lo cual no significaba que ella estuviera en situación de relacionarse con él¼ aunque sí servía de estímulo a la capacidad que tenía de soñar despierta.

Se detuvo ante la mesa contigua a aquella en la que Riley y su amigo seguían charlando. Mientras servía a la pareja de mediana edad que la ocupaba, no pudo evitar escuchar un retazo de la conversación.

—Espero que tu mujer esté disfrutando del acto del instituto —le estaba diciendo Riley al jefe de policía—. Preferiría comerme un

pastel de barro antes que escuchar a un puñado de críos cantando canciones de horribles películas de Disney.

—En realidad, los niños no te disgustan tanto como te gusta fingir —rió Dan.

—Bah, no son tan malos. Siempre y cuando no me vea obligado a oírlos cantar, verlos bailar o actuar en musicales de la escuela. O a viajar en avión con ellos. O a ver una obra de teatro. O a comer en un restaurante. O a¼

Dan lo interrumpió, divertido:

—De acuerdo, de acuerdo. Ya lo he captado.

Y Teresa también. Intentó decirse que no se sentía decepcionada. Nunca había considerado seriamente la posibilidad de salir con Riley O'Neal. De hecho, no estaba interesada en salir con nadie. Y menos con un tipo que acababa de dejarle claro que no era el hombre adecuado para ella.

Rellenó primero la taza del jefe de policía y luego la de Riley.

—¿Hay algo más que pueda hacer por ustedes, caballeros? —preguntó con falso y desenfadado tono formal.

—No, gracias. Invitaré yo —dijo Riley—. Me gusta estar a buenas con las autoridades¼ Nunca se sabe cuándo puedes llegar a necesitar que te hagan algún favor.

—Ya sabes que no me gusta que digas esas cosas —replicó Dan con aparente exasperación—. La gente que me conoce bien podría sospechar que hay algo de cierto en lo que estás insinuando¼

—Oh, no se preocupe, jefe —sonrió Teresa—. Yo no me tomo en serio nada de lo que me dice.

—Ya te había dicho que esta chica es muy pero que muy inteligente —le dijo Dan a Riley que en aquel instante estaba simulando una expresión exageradamente dolida y apenada.

—Bien, entonces ahora mismo traigo la cuenta —y se dispuso a retirarse.

—¿Estás segura de que no vas a reconsiderar mi invitación a cenar esta noche? —le preguntó Riley con tono zalamero.

—Al cien por cien —replicó Teresa en un tono lo suficientemente frío como para congelarle la sonrisa. Esa vez ya no hubo burla ni ambigüedad alguna. Era una rotunda negativa y quería que se diera perfecta cuenta de ello.

Era absurdo que cualquiera de los dos albergara la esperanza, por muy remota que fuese, de que pudiera haber una cita¼ o lo que fuera, entre ellos.

Riley no tenía por costumbre hablar a los niños. Por una razón muy sencilla: nunca sabía muy bien qué decirles.

Estaba sentado en un banco del parque de la ciudad, leyendo tranquilamente un libro y disfrutando de una de las primeras tardes

de octubre, cuando un niño se le acercó.

—Hola —lo saludó el chico, que debía de tener unos diez años.

Bajando el libro, Riley lo miró y llegó a la conclusión de que no lo había visto antes.

—Hola.

—¿Qué estás haciendo?

Riley se hallaba sentado en un banco de cemento, la espalda apoyada contra una mesa de picnic, frente al pequeño y hermoso lago que había en el centro del parque. A su lado tenía una lata de soda y los restos de la hamburguesa con patatas fritas que se había comido. Pensó que resultaba a todas luces obvio lo que estaba haciendo, pero al parecer el niño simplemente estaba intentando entablar conversación.

—Estoy descansando después del trabajo —respondió—. ¿Y tú?

—Voy a darles de comer a los patos —le enseñó una bolsa de plástico llena de pedazos de pan duro.

—Seguro que les gustará. ¿Cómo es que no estás en el colegio?

—Hoy no tenemos colegio —lo informó el niño, encantado.

Como miró en torno suyo y no vio a ningún adulto, Riley le preguntó:

—Supongo que no habrás venido solo, ¿verdad?

—No, mi niñera está conmigo. Bueno, ahora mismo está en los servicios con mi hermana pequeña. Se suponía que tenía que esperarlas antes de empezar a dar de comer a los patos, porque Maggie siempre se enfada si empiezo sin ella.

—¿Maggie es tu hermana?

—Sí. Yo me llamo Mark.

Riley le tendió entonces la mano.

—Encantado de conocerte, Mark. Yo soy Riley.

El niño se la estrechó solemnemente.

—Yo también me alegro de conocerte. Tú no eres un desconocido, ¿verdad? Quiero decir que no está mal que hablemos los dos, ¿no?

Riley se echó a reír, sin poder evitarlo.

—¿Acaso no lo éramos hace unos minutos¼ cuando te dirigiste a mí y me saludaste?

El chico reflexionó durante unos segundos sobre aquella pregunta antes de explicar alegremente:

—No, entonces yo sólo estaba siendo amable.

Aunque divertido por la lógica del crío, Riley pensó que probablemente había llegado la hora de que le diera algún consejo de adulto.

—Quizá sería mejor que no fueras tan amable con los desconocidos cuando tu niñera no anda cerca.

—Bueno, yo nunca hablo con desconocidos malos —replicó Mark, confiado—. Sólo con los buenos, como tú.

—Pero¼ —Riley se interrumpió y suspiró profundamente. Aquel pequeño parecía tener una respuesta para todo.

—¡Mira! Mark está hablando otra vez con un desconocido. Se lo voy a decir a mamá.

Aquella amenaza que resonó a sus espaldas hizo que Mark alzara la barbilla, a la defensiva.

—No es un desconocido. Se llama Riley y es mi amigo.

Riley conocía a la adolescente que apareció al lado de la hermanita de Mark.

—Hola, Jenny.

—Hola —nada más verlo se le iluminaron los ojos, exageradamente pintados—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Os conocéis? —inquirió Mark, aparentemente encantado de que así fuera.

—Sí, claro. Conozco a Jenny desde que era más pequeña que tú.

—Riley solía salir con mi hermana mayor —le confió Jenny a Mark, riendo—. Pero ella dejó de salir con él porque no era el tipo de hombre formal que ella había pensado.

Riley se aclaró la garganta y cambió rápidamente de tema.

—¿Así que tú tampoco tienes escuela hoy Jenny?

—Yo tampoco tengo. Me estoy ganando un dinero cuidando a los hijos de mi vecina hasta que ella salga de trabajar.

Mark y Maggie ya se habían acercado a los esperanzados patos, que seguían aguardando a que llegara su comida.

—Jenny, no te lo tomes a mal. Es una simple sugerencia ya que yo no tengo mucha idea sobre niños, pero creo que deberías vigilar un poco más de cerca a Mark. Le gusta demasiado charlar con desconocidos.

—Lo sé —Jenny se mordió el labio, arrepentida—. Es un charlatán y tiene una curiosidad tremenda por todo y por todos. Su madre dice que probablemente de mayor sea político en permanente campaña electoral, porque quiere hablar y saludar a todo el mundo que ve. Yo le dije que no se alejara de la puerta de los servicios mientras yo estaba dentro con su hermana, pero supongo que te vio y no pudo resistirse a entablar conversación. Hablaré con él en el camino de vuelta a casa.

—Buena idea. Tiene que saber que no puede ponerse a hablar con el primer tipo extraño que ve sentado en el parque.

—Bueno —rió Jenny—, tú no eres un tipo extraño.

—Me temo que tu hermana no estará muy de acuerdo con eso —murmuró Riley irónico.

—¡Eh, Riley! —lo llamó en aquel instante Mark—. ¿Quieres

venir a dar de comer a los patos?

—Claro que sí —recogió de la mesa las migas que habían quedado de su hamburguesa—. Da la casualidad que ese es uno de mis pasatiempos preferidos.

Disfrutó alimentando a los patos en compañía de Mark, Maggie y Jenny. Mark no cesaba de parlotear, acribillándolo a preguntas y comentarios. Algo tímida al principio, Maggie no tardó en sumarse a la diversión y empezó a tratar también a Riley como si fuera un viejo amigo.

—Bueno, será mejor que me vaya —dijo mirando su reloj—. Esta tarde tengo mucho que hacer.

—Sí, es verdad yo también tengo que irme —exclamó Jenny al ver la hora que era—. La madre de los niños no tardará en volver a casa.

Sólo eran las dos y media de la tarde. Al parecer, la madre de Mark y Maggie debía empezar a trabajar muy temprano. O quizá tuviera un empleo de media jornada.

—Me alegro mucho de haberte visto, Riley —se despidió Jenny mientras se alejaba con los pequeños.

—Yo también. Dale recuerdos a tu familia.

—Lo haré. Adiós, Riley.

—Adiós, Riley —se despidieron también Mark y Maggie, agitando las manos.

—Ya nos veremos en alguna otra ocasión¼ —pensó que eso era muy probable, dadas las pequeñas dimensiones de la población.

Sólo entonces se dio cuenta de que no se le había ocurrido preguntar por el apellido de los niños. Era posible que conociera a sus padres. Aunque no conseguía relacionarlos con nadie¼

«*Estupendos chicos*», pensó de nuevo mientras salía del aparcamiento en su coche. Evidentemente, sus padres los estaban educando muy bien. Esa no era una tarea que deseara para sí mismo ya que entrañaba demasiada responsabilidad, pero había personas que tenían un talento especial para ello.

Y Riley no podía menos que admirarlas, a sabiendas de que nunca se contaría entre ellas.

Capítulo 3

Por alguna razón, los últimos acontecimientos que habían conmocionado a los habitantes de Edstown acudieron a la mente de Riley cuando éste entraba en el estadio de rugby del instituto aquel fin de semana, en medio de una multitud de admiradores del equipo local.

Ya habían transcurrido varios meses desde que el joven Eddie Stamps fuera detenido por pirómano, lo cual había conseguido poner fin a una problemática cadena de misteriosos incendios en la ciudad. Dos de ellos habían tenido repercusiones muy serias.

Las oficinas de Seguros Hightower habían ardido completamente, perdiéndose un gran volumen de información de tipo personal, además del valioso equipo de escritorio. Cinco trabajadores habían perdido sus empleos, dado que R. L. Hightower había decidido cerrar la empresa en vez de construir un edificio nuevo.

Pero el incidente más devastador había tenido lugar dos meses antes de aquel incendio, a mediados de enero. Una pequeña cabaña de troncos situada en las afueras de la ciudad había ardido por completo, causando la muerte de Truman Kellogg, que había perecido en la cama intoxicado por el humo.

Al contrario que los otros incendios, aquel había sido el único en el que no había aparecido una evidencia clara de intencionalidad. El origen del fuego todavía era un misterio. Había sido una fatal casualidad que Kellogg se encontrara en la cabaña aquella noche ya que durante los últimos años la había visitado con muy escasa frecuencia y nunca en aquella época del año.

Eddie Stamps había confesado finalmente ser el autor de la mayor parte de los incendios, pero había negado cualquier responsabilidad en los de la oficina de seguros y la cabaña del bosque. La mayoría de la gente del pueblo pensaba que estaba dispuesto a confesar únicamente los incendios que no habían tenido consecuencias serias, esperando una sentencia judicial más benévola.

Dan había reconocido que existían algunas diferencias en aquellos dos fuegos respecto a los demás, pero él también sospechaba que Eddie podía estar implicado en ellos. La secuencia temporal de los hechos así lo indicaba; eran demasiadas las coincidencias para pensar lo contrario.

Dan tendía a creer que la muerte de Truman había sido accidental. Dado que este rara vez se quedaba en la cabaña, era

concebible que el incendiario, si acaso había existido alguno, hubiera pensado que estaba vacía. Como el fiscal había aceptado la petición del abogado de Eddie y solamente lo había acusado de los incendios que sí había confesado, entraba dentro de lo posible que nadie llegara nunca a saber si la muerte de Truman había sido el resultado de un incendio provocado o de un trágico accidente.

Desde la detención de Eddie, los dos periodistas del Evening Star no habían tenido ninguna noticia de peso que cubrir. Lindsey se había dedicado a informar de los programas escolares y de los actos sociales de la comunidad. Las responsabilidades habituales de Riley por su parte, incluían informaciones del pleno municipal que se celebraba todas las semanas, noticias de los encuentros deportivos y una columna fija con comentarios críticos sobre la actualidad política y social de la ciudad.

La columna era nueva, una idea del director editorial, Cameron North. Al principio Riley se había mostrado reacio a comprometerse con una columna fija, regular. Finalmente Cameron había logrado convencerlo al asegurarle que podría hacer gran parte del trabajo en su propia casa, concediéndole plena libertad para elegir su propio horario, con la única condición de sacar dos columnas a la semana.

Riley disfrutaba escribiendo las columnas mucho más de lo que había esperado en un principio, cuando aceptó el encargo. Le proporcionaban la posibilidad de lanzar unos cuantos dardos contra el alcalde, el concejo municipal, los líderes de la comunidad y el consejo escolar. Ni siquiera sus amigos quedaban enteramente a salvo de sus críticas. Y Dan y su departamento de policía había recibido varias.

—¡Oye, Riley! —el fiscal del distrito se le acercó en aquel instante, antes de que diera comienzo el partido—. No me ha parecido muy justa la columna que has publicado hoy. Que la Corte Suprema del Estado haya impugnado una de nuestras ordenanzas municipales no significa que yo no haga bien mi trabajo.

—Vamos, Dwayne, todos y cada uno de los comerciantes de esta ciudad llevan mucho tiempo insistiendo en que esa ordenanza es inconstitucional, desde que el ayuntamiento la aprobó hace casi dos años. Que el alcalde y tú hayáis persuadido a un juez de ese tribunal, supongo que algún compañero vuestro de golf, para que la defienda, no es algo que se caracterice precisamente por su legalidad. Y tampoco es ninguna novedad ya que la Corte Suprema te lo explicó de manera meridianamente clara, por cierto.

El ceño de Dwayne no hizo más que profundizarse.

—No puedes acusar a un juez de parcialidad por la larga relación que le une con el alcalde¼

—Claro que puedo. Sobre todo cuando es verdad.

—¡Maldita sea, Riley!

—Tranquilo, Dwayne —Riley se apartó para dejar pasar a un grupo de niños que corrían hacia sus asientos en las gradas—. Hay oídos inocentes escuchándote.

Y siguió su camino antes de que el principal defensor del alcalde siguiera insistiendo. Dwayne encajaría aquella crítica¼ hasta la siguiente vez que Riley se ocupara del asunto.

—¡Riley! —un chico pelirrojo, acompañado de una niña más pequeña, se detuvo frente a él—. Hola. ¿Te acuerdas de nosotros?

—Mark —Riley identificó de inmediato al crío que había conocido en el parque unos días atrás—. Y Maggie —añadió, sonriendo—. ¡Qué alegría veros de nuevo!

—Vamos a comprar palomitas y refrescos —lo informó Mark, casi gritando para hacerse oír por encima de la algarabía y le enseñó el billete que llevaba en una mano mientras le señalaba el puesto de bebidas con la otra—. Mamá nos está guardando los asientos. Nos dijo que teníamos que permanecer juntos, darnos prisa y no hablar con nadie en el camino.

—Pues ahora estás hablando conmigo —no pudo evitar señalarle Riley.

—Bueno ya, pero es diferente —replicó Mark con su habitual actitud de desprecio hacia los detalles como aquel—. Tú y yo nos conocemos.

—Aun así, será mejor que vayas a comprar las palomitas y los refrescos antes de que tu madre empiece a preocuparse. Nos vemos después, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Hasta la vista, Riley.

—Hasta la vista, Riley —se despidió miméticamente Maggie, pegándose a su hermano mientras se dirigían al puesto.

Riley caminó hacia las gradas. Faltaba poco para que diera comienzo el partido. No le correspondía cubrir la información, pero le gustaba el rugby y era un fiel hincha de *Las Águilas de Edstown*.

La multitud estaba ya instalada y dispuesta a disfrutar. La banda de música y las animadoras ya se habían puesto en acción. La voz del locutor resonaba en los altavoces. Olía a palomitas recién hechas, a perritos calientes, a nachos, a café y a chocolate caliente.

Después de saludar a unos cuantos conocidos, descubrió en las gradas un lugar vacío que parecía ofrecer una buena vista del terreno de juego. Una vez sentado, miró distraídamente a derecha e izquierda¼ y sonrió.

La mujer que se hallaba sentada a solamente unos metros de él todavía no lo había visto. Tenía su atención concentrada en las animadoras, que estaban ejecutando una complicada coreografía al

ritmo de la entusiasta banda de músicos.

Parecía estar sola en medio de aquella ruidosa multitud. Y Riley estaba decidido a cambiar eso. Así que se fue sentando más cerca de ella, esperando a que mirara hacia ese lado y lo reconociera.

Teresa consultó su reloj y miró luego hacia el puesto de bebidas, como si estuviera esperando a alguien. Riley pensó que quizá no estuviera sola. Quizá su pareja hubiera ido a buscar unos refrescos. Frunció el ceño.

Fue entonces cuando ella lo vio. Arqueó levemente las cejas con expresión sorprendida al encontrarlo sentado tan cerca. Y Riley se apresuró a transformar su ceño en una sonrisa.

—Hola.

—Hola —lo saludó con la misma indiferencia con que habría saludado a un completo desconocido.

Estaba muy guapa aquella tarde. Vestía una chaqueta roja, un suéter blanco y unos vaqueros que le sentaban perfectamente.

—Vaya, ¿así que eres aficionada al rugby?

—Me gusta, aunque prefiero ver el béisbol.

—¿De veras? A mí me gustan los dos deportes. Bueno, en realidad me gustan casi todos los deportes.

Teresa volvió a mirar hacia el puesto de bebidas y murmuró algo que él no acertó a escuchar por el ruido.

Riley alzó la voz para asegurarse de que lo oyera.

—¿Estás esperando a alguien?

Sin dejar de mirar hacia el puesto, respondió:

—Sí. La verdad es que sí.

Así que por eso no había aceptado ninguna de sus invitaciones, pensó Riley. Estaba saliendo con alguien. Suponía que podía soportarlo, pero eso no significaba que tuviera que gustarle. Había albergado la ilusionada esperanza de llegar a conocer mejor a Teresa Scott. Habrían podido disfrutar mucho juntos¼ durante un tiempo. Pero todavía podían ser simplemente amigos.

—¿Es alguien que conozca? —inquirió, siguiendo la dirección de su mirada.

—No. En realidad yo¼

—¡Eh, Riley! ¿Quieres palomitas? —Mark apareció de repente, como surgido de la nada, tendiéndole una gran caja de palomitas.

—Yo no quería palomitas y me compré golosinas —se quejó Maggie mientras se apoyaba con toda confianza en la rodilla de Riley—. ¿Quieres unas pocas, Riley? Las mías son azules. Las azules son las mejores.

—Gracias, Maggie. Y a ti también, Mark. Pero ahora mismo no tengo mucho apetito. Mmm¼ ¿No sería mejor que volvierais a vuestros asientos? El partido está a punto de empezar —supuso, que

al verlo sentado allí, se habían acercado esperando que compartiera el asiento con ellos. Al parecer ambos habían decidido que era un gran amigo suyo¼ lo cual estaba muy bien, pero dudaba que sus padres aprobaran que se sentaran con él sin su permiso.

—Es verdad. Yo me siento aquí —declaró Mark, sentándose entre Riley y Teresa.

—Pero yo quiero sentarme al lado de Riley —protestó Maggie.

Preguntándose dónde estarían los padres de aquellos niños, Riley miró a Teresa¼ y advirtió que parecía sorprendida. No podía culparla por ello, obviamente. Probablemente no había esperado que se presentara así, de pronto y además acompañado de dos niños.

—¿Cómo¼? —empezó a preguntar, pero al instante lo interrumpió Mark para informar a su hermana de que él había solicitado primero el privilegio de sentarse al lado de Riley.

—¡Pero yo quiero sentarme aquí! —Maggie miró airada primero a su hermano y luego a Teresa—. ¡Mami, dile que se quite!

Mientras Riley intentaba decidir si había oído bien, Mark replicó en tono desafiante:

—¡Tú siéntate al lado de mamá! Los chicos tienen que sentarse juntos, ¿verdad, Riley?

—¡Eso no es justo, mami!

Todavía mirando a Riley de hito en hito, Teresa murmuró con tono ausente:

—Mark. Maggie. Basta ya.

—¿Quieres decir que tú eres¼? —inquirió Riley pero su pregunta quedó interrumpida por la de Teresa.

—¿Cómo es posible que tú conozcas a¼?

Y los dos se callaron a la vez.

Maggie zanjó la discusión con su hermano escalando por la rodilla de Riley y arrebujándose contra su pecho.

—¿Puedes abrirme la bolsa de golosinas? —le preguntó, tendiéndosela.

O Riley había desarrollado recientemente un irresistible magnetismo para los niños, o aquellas eran las criaturas más simpáticas y cariñosas que había conocido nunca. Estaba seguro de que la última vez que había tenido a una niña de ocho años en el regazo¼ él tenía esa misma edad. Fue cuando Debbie Glover se le sentó en una rodilla e intentó besarlo. Una escena casi tan turbadora como aquella.

Teresa intentó hacerse oír en medio de aquella barahúnda.

—Riley ¿cómo es que conoces a mis¼?

—Por favor, levántense para escuchar el himno nacional —reclamó en aquel instante la voz del locutor.

—Levántate, mamá —la urgió Mark, levantándose a su vez.

Riley sentó a Maggie a su lado antes de incorporarse. A mitad del himno, Teresa se acercó a él y le preguntó:

—Riley ¿cuándo y cómo conociste a mis hijos?

—El otro día, en el parque. Pero no sabía que eran tuyos. Ni siquiera sabía que tenías hijos.

—¡Chist! —ordenó Maggie—. Se supone que no hay que hablar durante el himno.

Teresa y Riley guardaron silencio, obedientes, aunque no dejaron de mirarse con expresión intrigada. Riley se preguntó cómo era posible que conociera a Teresa desde hacía casi un mes y que no hubiera llegado a sospechar que tenía hijos. Y sobre todo teniendo en cuenta que el cotilleo era el pasatiempo favorito de aquel pueblo. Por ejemplo: ¿por qué Marjorie no se lo había contado? Lo único que le había dicho a Riley era que Teresa había conocido en la universidad a su hija pequeña, Serena y que recientemente se había presentado allí buscando trabajo. Marjorie se había burlado de la evidente atracción que él sentía hacia Teresa¼ sin mencionarle una sola vez que estaba flirteando con la madre de dos niños. No podía evitar pensar que aquella omisión había sido intencionada. Marjorie lo conocía lo bastante como para estar al corriente de su regla de no salir con nadie que tuviera hijos.

Se había dado cuenta, por supuesto, de que Marjorie no había sido nada sutil al animarlo a que saliera con Teresa. Marjorie era una casamentera compulsiva y Riley sabía que nunca había renunciado a emparejarlo de manera estable con una mujer, a pesar de sus repetidas protestas. Pero nunca había imaginado que aquel ser tan entrañable y bondadoso pudiera tener una mente tan retorcida.

La multitud siguió en pie hasta que los dos equipos se dispersaron por el campo de juego y comenzó el partido. Sólo cuando los *Águilas* recibieron el balón, Riley volvió a sentarse. Y Maggie se le encaramó nuevamente en las rodillas.

—Desde aquí se ve muy bien —anunció antes de llevarse un puñado de caramelos a la boca.

—Maggie, el señor O’Neal también quiere ver el partido —intervino Teresa, ruborizada—. Ven a sentarte encima de mí.

—No, lo veo todo muy bien desde aquí.

—Pero¼

—Está bien, Teresa, no pasa nada —la interrumpió Riley—. Ya te la pasaré cuando se me empiece a dormir la pierna.

La expresión de Teresa era una mezcla de vergüenza y perplejidad. Al parecer, todavía le estaba costando asimilar lo encariñados que sus hijos estaban con Riley. Él mismo tenía

problemas para asimilarlo.

Mark reclamó en seguida su atención. Dándole unos golpecitos en el brazo, señaló el terreno de juego.

—¿Por qué esos tipos han bajado esas banderas amarillas? ¿Alguien ha hecho algo malo?

—Se llaman árbitros —le explicó Riley—. Y el otro equipo ha cometido una falta, porque uno de sus jugadores agarró a nuestro receptor para derribarlo. Un error estúpido, sobre todo cuando acaba de empezar el partido y una falta grave porque podía haberle causado serias heridas.

—¿Y ahora qué están haciendo?

Riley fue respondiendo pacientemente a las preguntas de Mark durante el primer cuarto de hora de juego. Descubrió, por cierto, que era muy difícil concentrarse en el partido con dos niños compitiendo por su atención. Eran pocas las oportunidades que tenía de hablar con Teresa. De todas formas, habría sido especialmente incómodo ponerse a flirtear con ellos delante.

Era consciente de que estaba llamando la atención de los espectadores que los rodeaban. No tenía ninguna duda de que muy pronto, toda la ciudad sabría que había ido a ver un partido de rugby con Teresa y sus hijos. Y eso despertaría ávidas especulaciones¼

Aguantó hasta la mitad del partido. Para entonces Maggie ya se había quedado dormida¼ y también el brazo izquierdo de Riley. Aburrido ya del rugby Mark se había puesto a jugar con los Pokemon.

—Creo que será mejor que baje ya a la grada de prensa —declaró Riley levantándose para depositar a Maggie en los brazos de su madre—. Le prometí al estudiante que se encarga de la crónica del partido para la revista del instituto que le echaría una mano.

Lo cual solo era parcialmente cierto. Riley se había comprometido con el joven a leer su texto¼ pero no necesariamente durante el partido.

—¿Volverás? ¿Puedo ir contigo? —le preguntó Mark, esperanzado.

Teresa intervino antes de que Riley pudiera contestar.

—No —pronunció con firmeza—. Creo que ya es hora de que nos vayamos.

—¿Irnos? Pero si el partido todavía no ha terminado —protestó el niño.

—Tu hermana está cansada. Nuestro equipo va ganando por tres puntos. Y tú no estás siguiendo el partido.

—Sí que lo estoy siguiendo —se apresuró a esconder los Pokemon detrás de la espalda.

—Nos vamos, Mark. Fin de la discusión.

Riley advirtió que Mark terminaba resignándose. No había ninguna duda de quién mandaba en aquella familia. Después de despedirse de ellos, se encaminó hacia la grada de prensa. Tuvo que detenerse un par de veces y aguantar algunas bromas acerca del interés que mostraba por Teresa. Alguien le preguntó incluso si disfrutaba con el papel de padre.

Una señora de aspecto bonachón, tan casamentera como Marjorie y dos veces más cotilla, le dio unas palmaditas en la espalda al tiempo que le decía:

—Siempre supe que serías un gran padre¼

Eso hizo que Riley diera media vuelta a mitad de camino y se dirigiera directamente hacia la salida. *Los Águilas* se quedarían sin escuchar sus vítores y aplausos.

Necesitaba estar solo.

Mucho después de que los niños estuvieran plácidamente dormidos en sus camas, Teresa seguía sentada en el salón de la pequeña casa que había alquilado nada más llegar a Edstown, mirando la televisión sin prestarle atención. No podía dejar de evocar la expresión de Riley cuando se había marchado a mitad del partido. O mejor dicho, cuando había huido. Era una expresión que había visto en las caras de otros hombres durante el último año y medio, cada vez que se enteraban de que tenía dos niños.

Tenía que haber algo en su apariencia que daba a los hombres una impresión equivocada sobre su persona. Generalmente se recogía el cabello, se maquillaba lo mínimo y a la hora de elegir la ropa, anteponía la comodidad y la funcionalidad al sex-appeal. Pero todavía había hombres que veían en ella a una esbelta rubia de ojos azules, en vez de a una ocupada madre de dos hijos. Y una vez que lo descubrían¼

Bueno, entonces la veían ya de una manera diferente.

Riley O'Neal, por supuesto, no había sido una excepción. Ni ella había esperado que lo fuera.

Todavía estaba recuperándose de la conmoción que había sufrido al ver cómo sus hijos saludaban a Riley por su nombre y se le subían luego encima, como si los tres se conocieran desde siempre. Era verdad que sus hijos eran muy sociables, a veces demasiado. Y Teresa sabía también que se resentían de la falta de una figura paterna en sus vidas, Mark sobre todo. Pero aquellas confianzas que se habían tomado con Riley¼

Durante el regreso a casa, le había preguntado a Mark por qué nunca le había mencionado que había conocido a Riley en el parque. Con expresión culpable, el crío le había respondido que no había querido que lo regañara por haber hablado de nuevo con un

desconocido. Aunque, a renglón seguido, había añadido con un inequívoco tono desafiante que Riley era un desconocido muy bueno. Y ella no había tenido energía para entablar una discusión.

Recordó la cara que puso el pobre Riley sin saber qué hacer, cuando Maggie se le subió al regazo. Teresa había intentado rescatarlo, pero él, muy amablemente, le había permitido a la niña que se quedara donde estaba. No lo culpaba por haber salido huyendo a mitad del partido.

Había ido al estadio con los críos por pura casualidad. Mark se había enterado de aquel partido por algunos de sus amigos de la escuela y le había pedido que fueran. Como Teresa pensó que aquel era un buen medio de integrarse poco a poco en la vida de la comunidad, además de una forma razonablemente barata de actividad familiar extradoméstica, había aceptado. Pero nunca había esperado que terminaría sentándose al lado de Riley.

Aquella tarde, sin embargo, por lo menos había conseguido una cosa. El hombre que según su amigo el policía, no quería tener nada que ver con los niños, había descubierto que Teresa tenía dos. Eso probablemente pondría fin a su insistencia para que salieran juntos. Quizá, por una temporada, se buscara otra cafetería para desayunar.

Desde luego, nunca había esperado que pudiera surgir algo entre ellos, ni tampoco lo deseaba¼ pero echaría de menos sus flirteos. Un poco. Había sido una experiencia divertida, a la vez que halagadora. De todas formas, tenía otras cosas en las que concentrarse. La casa que ocupaba había sido vendida y sus nuevos propietarios querían que se marchara cuanto antes.

La primera prioridad de Teresa era encontrar una nueva casa. Por la mañana, hablaría con Marjorie. Si había alguien que lo supiera todo en Edstown, esa era Marjorie.

—Te agradezco enormemente que me acompañes a ver el chalet de tu amigo —le dijo Teresa a Marjorie al día siguiente, a primera hora de la tarde.

Habían dejado la cafetería y se dirigían al barrio cercano en el que un amigo de Marjorie tenía una casa para alquilar.

Teresa no trabajaba los sábados y había vuelto a contratar a Jenny aquella tarde para que cuidara a sus hijos, sólo por unas horas, mientras ella salía en busca de una nueva casa. Por sugerencia de Marjorie, se habían citado en la cafetería a la hora del cierre y habían salido en su coche.

No podía creer que todo aquello estuviera sucediendo tan rápidamente. Aquella mañana le había mencionado a Marjorie que necesitaba cambiarse de casa y en cuestión de minutos, su jefa le había devuelto la llamada con la noticia de que lo había arreglado todo para que echara un vistazo al apartamento de su amigo.

—No es nada, cariño —repuso, orgullosa de su eficacia, a las palabras de agradecimiento de Teresa—. Espero que te guste.

Teresa pisó el freno y se detuvo ante un semáforo en rojo.

—Si tú me lo recomiendas, seguro que me gustará. Nunca me has aconsejado mal.

Marjorie se aclaró la garganta. En aquel instante, Teresa casi podría haber jurado que tenía una expresión vagamente culpable¼ pero el disco cambió antes de que pudiera preguntarle si algo no marchaba bien.

—Gira a la izquierda en la siguiente calle —le indicó Marjorie—. Es la última casa de la acera de la derecha.

—El sitio es muy bueno —comentó Teresa, admirando las pequeñas y arregladas casas de la calle, con sus jardines delanteros —. Cerca de la cafetería y del colegio, con poco tráfico y el precio del alquiler que me has mencionado es muy razonable. El apartamento tendrá que tener algún defecto¼

—No tiene ninguno —se apresuró a afirmar Marjorie—. Es muy bonito. Pequeño, claro, pero lo suficientemente grande para cubrir tus necesidades actuales.

Siguiendo las instrucciones de Marjorie, Teresa aparcó delante de una edificación de ladrillo rojo que albergaba dos viviendas, dos chalets pareados. Dedicó unos segundos a observarlo, aprobándolo todo a primera vista. Dos pisos. Contraventanas blancas. Puertas del mismo color, a juego, con escalinata de entrada. Una valla cercando un diminuto pero cuidado jardín. Marjorie le explicó que cada unidad disponía de un patio trasero.

Parecía ideal. No obstante, Teresa seguía pensando que tenía que existir un grave defecto. Quizá fuera todo fachada y por dentro fuera una ruina. O tal vez, pensó cuando el propietario en persona abrió la puerta en respuesta a su llamada, el problema no estribara en la casa¼ sino en su dueño.

Así era. Porque al parecer, aquella casa pertenecía a¼ Riley O'Neal.

Capítulo 4

Riley se quedó tan sorprendido de ver a Teresa como ella de verlo a él. Pero se recuperó rápidamente y lanzó a Marjorie una fría mirada.

—Así que esta era la amiga que quería alquilar una casa.

—Sí. ¿No te dije que se trataba de Teresa? —replicó Marjorie con falso tono inocente.

—No, no me lo dijiste. Tus palabras exactas, creo recordar, fueron que tenías «*una querida amiga, viuda por más señas*», que estaba buscando una casa tranquila para vivir.

—¡Marjorie! —Teresa se volvió hacia su amiga, exasperada e impresionada a la vez.

—¿Qué pasa? —detrás de sus gafas, Marjorie abrió mucho los ojos—. Todo es verdad.

—¿Y le mencionaste que tu «*querida amiga*» tenía dos hijos?

—No, eso no me lo dijo —a esas alturas, sin embargo, Riley parecía más resignado que molesto por aquel pequeño engaño.

—Ya —Teresa sacudió la cabeza—. Y supongo que seguirás la política de no alquilar la casa a nadie que tenga niños. Así que gracias por el tiempo que nos has dedicado, pero¼

Ya había dado un paso atrás cuando Riley la detuvo.

—Espera un momento. ¿Quién ha dicho que yo no alquilo la casa a gente con niños?

—¿La alquilas o no? —lo desafió ella.

Riley se aclaró la garganta.

—¿Por qué no pasas y ves antes la casa, en vez de rechazarla de entrada?

Teresa vaciló, pero Marjorie la tomó del brazo con una fuerza sorprendente para su edad y la animó a pasar.

—Sí, Terry, pasa. Es una casa muy bonita.

Aunque era reacia a entrar, finalmente aceptó. Entraron en un pequeño vestíbulo con una escalera recta que subía al segundo piso, debajo de la cual había un pequeño aseo. Seguía luego un salón de aspecto acogedor, sin muebles, con una estantería de obra y un bonito suelo de tarima. Al fondo del salón se abría una espaciosa cocina equipada con una nevera, un lavavajillas y una lavadora.

Teresa se fijó especialmente en la lavadora, con la secadora al lado. La casita que había alquilado al llegar no tenía esos electrodomésticos. Se había visto obligada a llevar la ropa a la lavandería, un método costoso tanto en términos de dinero como de tiempo.

—Echemos un vistazo arriba —le dijo Marjorie—. Hay tres dormitorios, ¿verdad, Riley?

—Sí, sí —las siguió, dejando que Marjorie llevara la iniciativa. De hecho, no le quedaba otro remedio—. Cada uno tiene el tamaño de un armario grande y los tres comparten un cuarto de baño.

Teresa descubrió que había exagerado con el tamaño de las habitaciones. Eran pequeñas, pero acogedoras. También con suelo de tarima y con armarios empotrados. Las ventanas dejaban pasar una buena cantidad de luz natural, evitando toda sensación claustrofóbica. Al cuarto de baño se podía acceder desde los tres dormitorios.

—Mi casa es exactamente igual a esta, excepto que he tirado un tabique para ampliar uno de los dormitorios. El pequeño lo utilizo como despacho —explicó Riley con la evidente intención de rellenar el incómodo silencio que siguió al final de la visita.

Teresa tuvo que admitir que la casa no estaba nada mal. Era una pena que no pudiera aceptarla.

—Gracias por todo. Es una casa preciosa. Estoy segura de que pronto encontrarás un nuevo inquilino.

—Bueno, lo cierto es que no quiero alquilarla al primero que llegue —repuso Riley, apoyándose en la pared y observándola—. Por eso compré la casa cuando su primer dueño la puso en venta hace tres años. Yo llevaba viviendo aquí cerca de dos y ya me había acostumbrado, pero no quería tener a cualquiera viviendo tan cerca. Así que me convertí en su dueño.

Una decisión inteligente, reflexionó Teresa. Además, con el alquiler probablemente pagaría la mayor parte de la hipoteca.

—¿Cuánto tiempo lleva vacía?

—Varias semanas. Aquí vivía una pareja joven que decidió trasladarse a Memphis para buscar un trabajo mejor.

—Yo he vivido en Memphis —murmuró Teresa, mirando por la ventana—. Y creo que merece la pena vivir en una ciudad más pequeña y tranquila, aunque se gane menos.

—Estoy segura de que eso es particularmente cierto para una familia —terció Marjorie—. Edstown es una ciudad maravillosa para criar a unos hijos.

Riley pareció tomar de repente una decisión.

—Bueno, si estás interesada, puedes trasladarte cuando quieras.

—¿Me alquilarías la casa? —inquirió Teresa, arqueando las cejas.

—Sí.

—¿Con mis hijos también?

Riley alzó los ojos al cielo.

—No, tendrás que dejarlos en la calle. Pues claro que también

con tus hijos.

Por un instante Teresa consideró la idea¼ y finalmente negó con la cabeza.

—No.

—¿Es que no te gusta, Terry? —le preguntó Marjorie, decepcionada.

La imagen de aquella fantástica lavadora, con su correspondiente secadora, asaltó su mente.

—Me gusta mucho. Pero no creo que esta casa sea adecuada para nosotros.

—¿Acaso tienes algo en contra de su propietario? —inquirió Riley.

—El propietario no está acostumbrado a los niños —replicó Teresa sin inmutarse—. Mark y Maggie son buenos chicos, pero al fin y al cabo son niños. Hacen ruido, gritan, corren. Y les caes bien¼ Lo que significa que te molestarán continuamente.

Riley se apartó de la pared, con expresión súbitamente seria.

—Yo sé cómo son los niños. Pero tendrán un patio en el que jugar y estas paredes están bien insonorizadas. En cuanto a lo último, soy perfectamente capaz de hacerles entender cuándo necesito que me dejen en paz para trabajar.

—No creo que funcione¼

—Tú verás —replicó él—. No hay muchas casas para alquilar disponibles en Edstown, sobre todo en esta zona. Y en cuanto a lo de ser vecinos yo me pasaba días enteros sin ver a la pareja que vivía aquí antes. Tendréis toda la intimidad que queráis. Además, eso es algo que yo también valoro mucho.

—¿Qué te hace pensar que yo podría ser una buena inquilina?

—Creo que serías una inquilina responsable que pagaría el alquiler sin falta, cuidarías la casa y no harías mucho ruido. Yo no busco más. Respecto a tus hijos¼ ya te he visto en acción con ellos. No creo que me causen muchos problemas. Además, Marjorie te ha recomendado.

Teresa se mordió el labio inferior mientras reflexionaba. Como él mismo le había dicho, no existían muchas más opciones. Aquel barrio era ideal, la casa era adecuada para sus necesidades y podía permitirse pagar el alquiler.

—¿Tendría que firmar un contrato?

—Podríais vivir aquí durante un mes antes de tomar una decisión definitiva.

Volvió a considerar la posibilidad. A pesar de las desventajas que entrañaba no tener un contrato, contaría con la ventaja de poder marcharse cuando quisiera.

—Yo creo que deberías probar, Terry —le aconsejó Marjorie—.

Es la mejor casa para alquilar que conozco en todo el pueblo.

—Y Marjorie las conoce todas —murmuró Riley.

Eso Teresa no lo dudaba.

—De acuerdo —aceptó al fin, suspirando.

Marjorie parecía casi satisfecha de haberse salido con la suya. La expresión de Riley en cambio, era indescifrable.

Y ella misma no estaba segura de lo que podía revelar su rostro¼ dado que tampoco estaba segura de lo que sentía ante la perspectiva de convertirse en vecina de Riley O’Neal.

Al oír unos ruidos en el sendero de entrada de la casa de al lado, Riley salió a investigar. Teresa y sus hijos estaban de mudanza.

Al parecer contaban con ayuda suficiente. Teresa conducía una furgoneta alquilada de color naranja chillón. Marjorie, su hija Serena y Cameron North, el marido de Serena, la seguían en otro vehículo. Afortunadamente hacía un día muy bueno, soleado pero no demasiado caluroso.

No pudo evitar fijarse en lo atractiva que estaba Teresa con sus vaqueros y su suéter color cereza. Con el pelo recogido en una cola de caballo, tenía un aspecto fresco, juvenil.

Cuando durante el partido de rugby de la semana anterior había descubierto que tenía hijos, lo primero que pensó fue que estaba divorciada. Aquel día volvió a casa prometiéndose que ya no volvería a hacerle ni una sola insinuación más. Siempre se había mostrado muy firme en su decisión de no salir con mujeres con hijos. Había visto a demasiados niños heridos por adultos que entraban y salían de sus vidas demasiado deprisa.

Nick, su mejor amigo en el instituto, procedía de una familia de padres divorciados y durante su infancia y adolescencia, había tenido que soportar la presencia de una interminable serie de amantes esporádicos de sus padres en casa. Y Riley no quería arriesgarse a herir a ningún niño.

El descubrimiento de que Teresa era viuda y no divorciada, había sido casi tan traumático como enterarse de que tenía hijos. Nunca se le había ocurrido pensar en esa posibilidad hasta que Marjorie la describió como una «*querida amiga viuda*». Teresa era tan joven, se acercaba tanto a la edad de Riley¼ Y sus hijos eran demasiado pequeños para haber perdido ya a un padre. Sospechaba que había sido esa sorprendente revelación lo que lo impulsó a cambiar de idea acerca de alquilar la casa a alguien con niños. La compasión, por una vez, se había impuesto a su egoísmo.

Tendría que llevar cuidado si no quería echar a perder la reputación de que gozaba en Edstown, pensó con ironía.

—¡Oye, Riley! ¿Vas a quedarte ahí sin hacer nada mirando cómo trabajamos? —le gritó Cameron cuando lo vio en la puerta de su

casa.

Sacándose las manos de los bolsillos de los vaqueros, Riley se resignó a dedicar dos horas de su tiempo a un trabajo manual, otra de las cosas que evitaba siempre que le era posible.

—Está bien. Pero acuérdate de que solo eres mi jefe en el periódico —le advirtió al que era su editor mientras se acercaba a la furgoneta.

Cameron sonrió. El sol de la primera hora de la tarde arrancaba reflejos a su cabello dorado.

—Descuida. No sé por qué, pero tengo la sensación de que ninguno de nosotros dos va a mandar nada en este trabajo.

—Cameron, deberías descargar primero los muebles del dormitorio —le ordenó en aquel instante Marjorie, desde la puerta de la casa—. Será mejor que empecemos por el piso de arriba.

—Sí, señora —respondió Cameron a su suegra.

—¡Oh, Riley qué amable! Has venido a ayudarnos —le dijo Marjorie nada más verlo y le lanzó una sonrisa de aprobación antes de añadir—: Chicos, tened cuidado con no golpear las paredes con los muebles, ¿habéis oído? Supongo que no querréis estropear esas paredes tan bonitas recién pintadas¼

—Sí, señora —respondió Riley.

—¿Ves lo que quiero decir? —murmuró Cameron, riendo entre dientes.

Mark y Maggie salieron de repente de casa como una tromba, seguidos de cerca por Teresa y Serena.

—¡Hola, Riley! Vamos a vivir en tu casa —anunció Maggie, como si él no lo supiera.

—No exactamente en la misma casa —la corrigió Mark, exasperado—. Sólo en una mitad.

Despreocupada de aquellos detalles, la niña se encogió de hombros.

—Yo ya tengo mi habitación —le confió a Riley—. Es la única que tiene un ventilador blanco. Es el que más me gusta. Mamá se ha quedado con la habitación más grande y Mark con la otra.

—Parece un buen arreglo.

—Mi habitación es la que está más cerca de las escaleras —le informó Mark—. Es la mejor.

—De eso nada. La mejor es la mía —insistió su hermana.

Teresa zanjó rápidamente la discusión:

—Cada uno tiene la habitación mejor para cada uno —y se volvió hacia Riley sonriendo distraída—. El trabajo de los pintores es estupendo. No deberías haberlo hecho, pero gracias de todas formas.

—Bah, era algo que ya planeaba hacer. Lo había encargado hace

un par de semanas. Me alegro de que hayan podido pintar la casa antes de que os trasladarais.

—¿Podemos desempaquetar mis cosas primero? —preguntó Maggie—. Quiero dejar ya preparada mi habitación.

—Desempaquetaremos cuando hayamos descargado todo —le aseguró Teresa—. ¿Por qué no vais Mark y tú a echar un vistazo al patio de atrás mientras nosotros vamos metiendo las cosas?

—Pero yo quiero ayudar a los chicos —insistió Mark, acercándose a Riley.

—Y yo también —agregó Maggie.

—Ya les buscaremos cosas para que lleven —aseguró Cameron a Teresa, en voz baja—. Quieren sentirse útiles.

—De acuerdo. Pero procurad no tropezar con ellos.

—Tranquila —Cameron se volvió hacia la furgoneta—. Bien, primero vamos a apartar esas cajas para poder sacar los muebles.

—Ya sabes que no tienes por qué hacer esto —le dijo Teresa a Riley en un aparte—. Nosotros nos bastamos si es que tienes otras cosas que hacer.

—No, no me importa —replicó despreocupadamente, casi sorprendido al darse cuenta de que era del todo cierto—. Así me ganaré unos cuantos puntos ante mis jefes —bromeó, refiriéndose a Marjorie y Cameron.

Teresa sonrió antes de volverse para recibir una caja de manos de Cameron.

—Gracias —le dijo a Riley.

—Dale las gracias después de que haya hecho algo útil —sugirió Cameron—. Riley vamos a sacar esa cómoda. Hay que subirla al piso de arriba.

Riley esbozó una mueca y comenzó a enrollar las mangas de su camisa, dispuesto a sudar.

—Muy bien. Adelante.

Advirtió que Teresa no tenía muchas pertenencias, pero todas eran de gran calidad. Cada retazo de información que recogía de ella no hacía sino estimular su curiosidad. Lo cual no era nada bueno, reflexionó, dado que siempre había sentido una especial debilidad por los enigmas.

Poco antes de las seis, cuando ya estaba casi todo metido dentro, Marjorie les obsequió con unos sandwiches de merienda. A esas alturas, incluso los niños habían empezado a agotarse, desaparecida la inicial excitación. Reunidos en la cocina, los adultos estuvieron un rato charlando.

—¿Así que Serena y tú fuisteis compañeras de habitación en la universidad? —le preguntó Riley a Teresa.

—Sí —respondió, sonriendo a su amiga—. Yo terminé el

instituto un año antes y era un poquito más joven que la media. Estaba terriblemente asustada. Por eso para mí fue un gran alivio que me tocara una compañera de habitación tan dulce y simpática.

—También para mí fue un gran alivio descubrir que me había tocado una compañera tan estudiosa —admitió Serena, riendo—. Tenía miedo de que me tocara alguien que pasara más tiempo de fiesta que estudiando.

Riley se echó a reír, nada sorprendido. Serena era una adicta al trabajo que se tomaba muy en serio sus responsabilidades laborales, su familia y su trabajo para la comunidad. A menudo, el propio Riley la había acusado de ser demasiado seria.

Cameron y ella hacían buena pareja, reflexionó. Aunque igualmente dedicado a su trabajo, Cameron tenía un carácter más despreocupado que Serena y la animaba a divertirse, estimulando su sentido del humor. Llevaban un año casados y parecía como si todavía estuvieran de luna de miel.

Riley no tenía nada en contra de la institución del matrimonio. Al parecer era algo que funcionaba para cierta gente, como Serena y Cameron, Dan y Lindsey o sus propios padres, que llevaban treinta y cinco años felizmente casados. Pero, sencillamente, no podía imaginarse a sí mismo dando un paso tan importante, al menos no con ninguna mujer que hubiera conocido hasta entonces.

Se preguntó si Teresa habría sido tan feliz con su difunto marido como lo eran sus amigos, recientemente casados, con sus respectivas esposas. ¿Cuánto tiempo habría pasado desde que lo perdió? ¿Todavía lo echaría de menos?

De pronto se dio cuenta de que Teresa estaba hablando de nuevo.

—Vine a Edstown con Serena un par de veces cuando todavía estudiaba en la universidad y siempre pensé que era un sitio maravilloso para vivir. Así que tomé la decisión de venirme con mis hijos. Marjorie, muy amablemente, me ofreció un trabajo. Como la cafetería no abre por la tarde, puedo estar de regreso en casa para recibir a mis hijos cuando salen del colegio y estar con ellos. Por ahora, no puedo quejarme de nada.

—El favor me lo estás haciendo tú a mí —insistió Marjorie—. El año pasado tuve algunos problemas con la gente que trabajaba en el Rainbow y es fantástico poder contar con alguien de confianza en la cafetería. Alguien que sabes que nunca te va a fallar.

Cameron se aclaró la garganta, removiéndose incómodo en su silla.

—Bueno, aunque en otro puesto, sigo trabajando para ti —le recordó su yerno.

—No me refería a ti, cariño —rió Marjorie.

Teresa arqueó una ceja, sin comprender.

—¿Recuerdas que una vez te dije que Cameron se puso a trabajar en la cafetería nada más llegar a Edstown? —le preguntó Serena.

—Es verdad —asintió Teresa, mirándolo—. Cuando trabajabas para un periódico de Dallas y te enredaste en aquel peligroso asunto que por poco te cuesta la vida¼ Algo acerca de un político que estaba malgastando fondos públicos, ¿verdad?

—Entre otras cosas. Una pista me llevó hasta Little Rock y estaba acechando la casa de su amante cuando alguien me atacó por detrás. Aquel miserable había contratado a un par de tipos para que me transmitieran un mensaje muy claro¼ o tal vez incluso para matarme. Él sigue negándolo, claro está. Su versión es que simplemente contrató a un par de guardaespaldas para que protegieran a su amiga, la cual según él, habría recibido unas misteriosas amenazas de muerte.

—Su «*amiga*»¼ que acababa de quedarse embarazada —añadió Riley.

—El caso es que yo¼ Bueno, en realidad mi perro¼ encontró una noche a Cameron tirado en la cuneta, malherido —continuó Serena—. Lo habían dejado inconsciente de una paliza. Fue prácticamente un milagro que lo encontrara.

—Si no lo hubieras hecho, probablemente habría amanecido muerto —señaló Cameron para asombro de Teresa.

—Cuando se despertó en el hospital había perdido la memoria. No sabía quién era ni cómo había llegado hasta aquí. Pero en lugar de contarle a alguien lo de la amnesia¼ —añadió Serena, mirando fríamente a su marido—, lo ocultó y se inventó el cuento de que era un viajante que había sido asaltado por unos ladrones.

—Lógicamente, Dan no se sintió muy contento cuando varias semanas después, descubrió que había malgastado una buena cantidad de tiempo intentando encontrar a unos inexistentes ladrones, cuando lo que debería haber hecho era investigar la identidad de Cameron —comentó Riley sacudiendo la cabeza al recordar la airada reacción del jefe de policía.

—Conozco esa historia —le dijo Teresa a Cameron—. Pero nunca llegué a entender por qué no le dijiste a nadie que tenías amnesia. ¿Fue porque tenías miedo?

—En cierta forma, sí —reconoció Cameron, algo incómodo—. No estaba seguro de que alguien llegara a creerme. Me decía que recuperaría la memoria si me relajaba lo suficiente, sin forzarme. Pero por encima de todo tenía miedo de llamar demasiado la atención si revelaba la verdad. Me preocupaba que me interrogaran, me analizaran, que me trataran como a una rareza médica. En

aquella época no habría podido soportar atraer tanto la atención.

—Así que mintió —intervino Marjorie—. Aceptó trabajar para mí en la cafetería mientras intentaba recuperar la memoria. Era muy buen camarero —añadió con nostalgia.

—Pero ahora es todavía mejor editor¼ —afirmó Serena.

—Por supuesto —admitió su madre, aunque todavía parecía echar de menos al camarero más popular que había tenido.

Cuando la mirada de Teresa se encontró con la de Riley al otro lado de la mesa, advirtió que la expresión divertida del rostro de este era un reflejo de la suya propia. Apresuradamente desvió la vista.

—¿Cuánto tiempo tardaste exactamente en recuperar la memoria? —le preguntó a Cameron.

—Casi desde el principio visualizaba retazos sueltos de recuerdos. Pero tardé tres semanas en reunir el coraje necesario para confesarles la verdad a Serena y a Dan¼

—Y para entonces Serena y él ya se habían enamorado —lo interrumpió Marjorie, suspirando con expresión soñadora.

Nuevamente Riley y Teresa se miraron como para compartir la diversión. Y nuevamente fue ella quien desvió primero la mirada.

—Una vez hecha aquella confesión, todo fue encajando rápidamente en su lugar —continuó Cameron—. Mi amigo Shane vio una foto mía que Dan había difundido y vino de Dallas con nueva información acerca del caso que yo había estado investigando. Me volví con él y comencé un tratamiento. Al cabo de un mes ya había recuperado la mayor parte de los recuerdos. Todavía me quedaban algunas lagunas y probablemente siempre me quedarán. Pero estoy casi completamente repuesto.

Riley había escuchado muchas veces aquella historia, por supuesto. Habría estado mucho más interesado en escuchar la historia de Teresa. ¿Tendría familia? ¿Cómo había conocido a su marido? ¿Por qué parecía estar tan sola?

¿Por qué la curiosidad que sentía por ella era tan distinta de su distante interés, casi profesional, por el resto de la gente?

—No puedo comerme las zanahorias —anunció Maggie, que estaba comiendo con su hermano en la cocina—. Estoy llena. ¿Puedo desempaquetar ya mis cosas?

—Yo también estoy lleno —declaró Mark—. Y quiero ordenar mis libros.

Riley había advertido satisfecho que ambos críos tenían sus propios libros, pinturas y cuadernos de dibujo. Una vez obtenido el permiso de su madre, Mark y Maggie subieron a sus habitaciones.

—¡Vaya! Ojalá pudiera yo recargar las baterías tan rápidamente como ellos —murmuró Cameron y Serena se echó a reír.

—Esperemos que te quede suficiente energía para ocuparte de nuestro hijo. Nosotros hemos empezado algo más tarde que Terry.

Siguió a sus palabras un asombrado silencio, hasta que Teresa preguntó:

—¿Quiere eso decir que¼?

Serena asintió, sonriendo. Riley miró a Marjorie.

—Ya me parecía que hoy estabais todos muy contentos.

Con expresión radiante, Marjorie le dio unas palmaditas en el brazo a su hija.

—Nada me ha costado más que guardar este secreto. Pero sabía que Serena quería hacer el anuncio en el momento adecuado, cuando ella lo decidiera.

—¡Dios mío! ¡Y te has pasado todo el día cargando con cajas y bolsas! —Teresa lanzó a su amiga una mirada cargada de reproche —. Si hubiera sospechado que tú¼

—Evidentemente, no habéis notado la estrecha vigilancia a la que me ha sometido Cameron durante toda la mañana. No hacía más que pasarme cosas ridículamente ligeras.

Riley tampoco lo había notado. Dado que solía sentirse muy orgulloso de su talento para la observación, lo molestaba haberse dejado distraer tanto por Teresa. Había decidido que la única relación que podía existir entre ambos era la de una simple amistad. No obstante, a pesar de esas buenas intenciones, seguía sintiéndose terriblemente atraído por ella.

Incluso en ese instante, mientras la veía recogerse un mechón dorado que había escapado de su cola de caballo, ansiaba enterrar los dedos en su pelo. Era como una princesa en vaqueros y zapatillas, pensó fascinado. Y una vez más había dejado que aquella fascinación lo distrajera de todo lo que lo rodeaba. Mientras él había estado contemplando a Teresa, los otros habían seguido celebrando la buena noticia de Serena y de Cameron. Dándose cuenta de que necesitaba contribuir de alguna forma a la conversación, levantó su lata de refresco a modo de brindis.

—Por Serena y Cameron —dijo cuando los demás se quedaron en silencio—. Que el cielo los bendiga con la sabiduría, la paciencia y el coraje que necesitarán durante al menos, los próximos¼ dieciocho años o algo así.

Marjorie se echó a reír.

—Como si todos los problemas que dan los hijos terminaran al cumplir los dieciocho años.

—¿Qué tal está tu hija mayor? —le preguntó Riley.

—Dice que está viviendo el período más feliz de su vida — respondió, maravillada—. Pierce y ella duermen cada noche en una ciudad diferente, en una especie de tour vertiginoso por todo el

país. Me dice que todavía se pone a llorar de felicidad cada vez que oye cantar a Pierce en la radio¼

La hija mayor de Marjorie, Kara, estaba constantemente de viaje acompañando a su novio, Pierce Vanness, cantante de profesión. Acababa de grabar su primer disco y estaba empezando a triunfar en los círculos de la música country. Kara había creído en él desde la primera vez que lo había oído cantar en un pequeño bar. Había renunciado a todo lo que tenía en Edstown para seguirlo, incluido su puesto de administradora del Evening Star, un trabajo para el que había pasado años preparándose. Algunas personas pensaban que era una locura haber asumido semejante riesgo, pero casi todo el mundo creía que el fulgurante éxito de Pierce se debía precisamente al constante estímulo y apoyo de su novia.

Riley podía identificarse fácilmente con el sueño de Pierce, porque él también tenía uno. La diferencia residía en que no necesitaba que nadie lo empujase o animase. Cuando estuviera listo, conseguiría sus objetivos solo, sin ayuda.

Suspirando, Cameron se levantó de la mesa.

—Bueno, todavía quedan algunas cajas esperándonos —le recordó a Riley.

Después de apurar su refresco, Riley también se levantó.

—Vamos. Cuanto antes se instale Teresa, antes empezará a pagarme la renta.

Todos los demás se echaron a reír¼ excepto la aludida.

Riley se preguntó si habría cometido un error al alquilar la mitad de su casa a una mujer que ya encontraba demasiado¼ misteriosa.

Capítulo 5

Los ayudantes de Teresa estaban decididos a terminar el trabajo antes de irse. Y para cuando se marcharon, justo después de que oscureciera ya estaba instalada en su nueva casa.

—No sé cómo agradecéroslo —dijo por enésima vez mientras Serena, Cameron y Marjorie se disponían a retirarse—. Sobre todo teniendo en cuenta que ya es la segunda vez que me habéis ayudado.

Cameron se encogió de hombros, sonriendo.

—Podrás recompensarme con uno de esos pasteles que nos hiciste la última vez. ¡Dios mío, qué buenos estaban!

—Te haré dos —le prometió.

Serena se echó a reír y le dio unas palmaditas a su marido en su vientre plano, sin un gramo de grasa.

—Hazlo y se pondrá tan gordo como pienso estarlo yo dentro de unos meses.

Riley se aclaró la garganta para llamar la atención de Teresa:

—Bueno yo sólo te he ayudado en una mudanza, pero también me gustan los pasteles.

—Tú también tendrás, descuida —no pudo disimular una sonrisa al ver su esperanzada expresión.

—Ya te lo recordaré yo.

Ella se apresuró a desviar la mirada. Había algo en su sonrisa que la hacía estremecerse por dentro. Y no tenía ningún sentido dejarse alterar así por Riley O'Neal.

Los dos salieron a la puerta para despedir a los demás. Una vez que Serena, Cameron y Marjorie partieron en su coche y cuando Teresa ya se disponía a agradecer a Riley la ayuda prestada, una vieja y renqueante camioneta se detuvo frente a la casa. Un anciano vestido con vaqueros, chaqueta de camuflaje y gorra salió de la cabina.

—Hola, Riley —el visitante se dirigió hacia ellos, con los pulgares enganchados en las trabillas de los pantalones—. Vaya, vaya —dijo después de mirar a Teresa—. Te has convertido en una casero con mucha suerte¼

Riley suspiró.

—Teresa Scott, te presento a mi tío, Bud O'Neal.

—Encantado.

—Yo también me alegro mucho de conocerlo, señor O'Neal —le tendió la mano.

El anciano se la estrechó. Su mano, de palma callosa, hablaba de

una larga vida de trabajo duro y sufrido.

—Llámame Bud, por favor. Todo el mundo lo hace. Así que acabas de instalarte¼

—Sí, ahora mismo.

—No dudes en avisarme si Riley te da algún problema. Yo soy el único aquí que puede mantenerlo a raya.

—Gracias —sonrió Teresa—. Lo tendré en cuenta.

—¡Mamá! Tenemos hambre otra vez . ¿Podemos comernos un bocadillo?

Mark y Maggie salieron a la puerta al mismo tiempo.

—Primero tenéis que saludar al señor O'Neal, el tío de Riley. Estos son mis hijos, Maggie y Mark.

—¿Hijos? —las espesas cejas de Bud estuvieron a punto de desaparecer bajo la gorra y solo se recuperó de su sorpresa al ver la mirada que le lanzó su sobrino. De inmediato concentró su atención en los niños—: ¿Os gusta vuestra nueva casa?

—Está bien —respondió Mark—. En la otra no teníamos escaleras.

—Mi habitación es la mejor —declaró Maggie—. Tiene un ventilador blanco y una ventana y¼

—No empecemos otra vez con esa discusión —la interrumpió su madre, viendo que Mark parecía dispuesto a replicar.

—¿Te gusta pescar, Mark? —le preguntó Bud.

—No lo sé. Nunca he pescado.

—¿Que nunca has pescado? —repitió, escandalizado—. ¿Cuántos años tienes?

—Diez.

—Pues entonces ya va siendo hora de que lo pruebes.

Riley le comentó a Teresa.

—Para Bud, la pesca es como una religión. A mí empezó a llevarme a pescar en cuanto aprendí a andar.

Siempre consciente de la dolorosa falta de un padre o de un abuelo en la vida de su hijo, Teresa no pudo menos que admirar la estrecha relación que parecía unir a Riley con su tío.

—Mi padre me llevó también a pescar unas cuantas veces cuando era niña —murmuró—. Apenas me acuerdo, pero sí recuerdo que disfrutaba mucho con el agua.

—¿Vive todavía tu padre? —le preguntó Riley.

—No. Mi madre y él murieron en un accidente de coche cuando yo tenía diez años. Era su aniversario de boda y habían salido para celebrarlo.

Aunque lo había dicho con un tono de voz deliberadamente inexpresivo, Riley la miró con un brillo de compasión en los ojos.

—Lo siento.

Teresa asintió con la cabeza, viendo cómo Mark charlaba con Bud acerca de la mudanza, de su habitación, del colegio¼ La gran sociabilidad de su hijo llegaba a ser preocupante. Era tan confiado, sentía tanta curiosidad por todo¼

De repente, una ráfaga de brisa nocturna la despeinó y Teresa se dio cuenta de lo tarde que era.

—Será mejor que entréis —les dijo a los niños, con una mano en el hombro de Maggie—. Es la hora del baño. Ha sido un placer conocerle, señor O'Neal.

—Bud —le recordó él.

Los críos se despidieron de Riley y de su tío antes de desaparecer en el interior de la casa.

—¿Has dejado la puerta abierta? —le preguntó Bud a Riley.

—Sí. Anda, entra. Hay soda en la nevera.

—Ya voy. No te des prisa en volver, que no te necesito —le dijo en tono bromista y se despidió de Teresa—. Hasta la vista.

—Adiós.

Riley se volvió hacia Teresa una vez que se quedó a solas con ella.

—Bueno, si necesitas algo más¼

—Gracias. Me las arreglaré bien —se apresuró a asegurarle.

—Oye, no te estaba ofreciendo mis servicios. Sólo quería decirte que si necesitabas algo más¼ en la cocina tienes una guía de teléfonos.

—¡Ah, vaya! —Teresa no pudo evitar reírse de su ocurrencia—. Gracias.

Por la satisfecha expresión de Riley resultaba evidente que lo complacía mucho hacerla reír.

—Gracias de nuevo por toda la ayuda que me has prestado hoy —insistió—. Estoy segura de que tenías cosas mejores que hacer.

—Ha sido un placer. Pero te recordaré lo de ese pastel que me prometiste.

—Tendrás tu pastel, no te preocupes.

A Riley no se le ocurría ningún motivo para prolongar su presencia allí. Y a ella tampoco. Pero ninguno de los dos se movió. Entonces él se aclaró la garganta.

—Bueno¼

Teresa hundió las manos en los bolsillos de los vaqueros.

—Buenas noches, Riley.

Se sobresaltó al notar que él extendía una mano y le retiraba delicadamente un mechón de cabello detrás de la oreja. Sus dedos le rozaron apenas la mejilla, provocándole un nuevo y delicioso estremecimiento.

—Buenas noches, Teresa. Que duermas bien.

Indudablemente se había acercado demasiado. Y le había sonreído con demasiada ternura. Teresa se humedeció los labios, decidiendo que lo mejor era dejar claras las cosas desde el principio¼ para evitar los malentendidos.

—Riley me gustaría que este alquiler durase, quedarme en esta casa durante algún tiempo. Y para eso creo que deberíamos establecer desde el principio algunas reglas.

Incluso bajo la débil luz del farol de la entrada pudo ver que arqueaba una ceja en respuesta a sus palabras.

—¿Reglas?

—Sí —afirmó—. Tengo intención de dejarles meridianamente claro a mis hijos que tú y yo somos buenos vecinos, nada más. No consentiré que te molesten ni que te visiten sin permiso y procuraré que hagan el menor ruido posible cuando estén jugando fuera.

—Son niños. Déjalos que se diviertan.

—Yo no he dicho que no vayan a divertirse. Sólo que no permitiré que se pasen de la raya.

—¿Alguna otra regla?

—Sí. Sé que estuviste bromeando conmigo en la cafetería; ya sabes, cuando flirteabas conmigo y me pedías que saliéramos alguna tarde, pero¼

—¿Qué te hace pensar que estaba bromeando?

—Estoy segura de ello —respondió Teresa, sin dejarse confundir ni por la pregunta ni por el tono con el que la había formulado—. Pero incluso aunque no fuera así, por fuerza tendrás que darte cuenta de que ahora eso no sería apropiado. Después de todo, eres mi casero.

Riley cruzó los brazos sobre el pecho mientras se apoyaba en uno de los postes de la entrada.

—¿Es que vas a acusarme de acoso sexual si te guiño un ojo?

—Mira, no quiero molestarte pero¼

—Quieres advertirme que mantenga las manos quietas. Es eso, ¿verdad? Dejarme muy claro que mi plan de arrastrarte hasta mi casa para poder tenerte a mi merced no funcionará¼

—No hay necesidad de que te burles —protestó, ruborizada.

—¿Nunca te han dicho que a veces tiendes a ponerte muy melodramática?

—Lo único que estoy intentando decirte es que¼

—Sé lo que estás intentando decirme —se apartó del poste—. Bien, creo que será mejor que te desee buenas noches y me vaya de una vez.

«*Entiendo*», se dijo Teresa. Había terminado su primer día en su nueva casa ofendiendo a su casero¼ y eso después de la generosa ayuda que él le había prestado.

—Escucha, Riley, yo¼

—No te preocupes. Estoy convencido de que disfrutaremos de una cordial relación entre casero e inquilina. Avísame si tienes algún problema con la casa.

Y entró en su casa antes de que ella pudiera añadir nada. Sacudiendo la cabeza con expresión disgustada, Teresa entró en la suya y cerró la puerta con llave. Se sentía fatal. Lo único que había pretendido era hacerle saber a Riley de la manera más clara y discreta posible, que no estaba dispuesta a mantener con él ningún tipo de relación demasiado personal.

Después de aquel horrible episodio, desde luego, esa posibilidad quedaba absolutamente descartada. Ahora sí que estaba segura de que Riley jamás volvería a pedirle que salieran juntos. Ni en broma ni en serio.

Eso estaba bien, por supuesto, porque era exactamente lo que deseaba. Pero no explicaba en absoluto por qué se sentía tan deprimida cuando se reunió con sus hijos en la cocina para cenar.

Riley estaba hirviendo de furia por dentro. Durante todo el día, su comportamiento con Teresa había sido intachable. Casi fraternal.

Evidentemente, no había sido indiferente a algunos detalles, como el brillo de sus ojos azules cuando reía, o la manera que tenía de arrugar la nariz cuando estaba concentrada en algo, o el contoneo de sus caderas cuando caminaba.

Pero¼ ¿Había reaccionado de forma visible ante cualquiera de aquellas observaciones? No. ¿Le había dicho algo que la hiciera sentirse incómoda? Rotundamente no, aunque a veces había tenido que morderse la lengua para no hacerlo. La única ocasión en que había cedido a un impulso fue cuando extendió una mano para retirarle aquel mechón de cabello detrás de la oreja¼ ¿Y de qué manera le había recompensado ella? Pues con un sermón acerca de las relaciones entre caseros e inquilinos. Con sus malditas reglas.

Era él quien habitualmente establecía las reglas. Por ejemplo: que nunca salía con mujeres que tuvieran niños. Que no estaba interesado en compromisos a largo plazo. Que protegía celosamente su tiempo, su espacio, su intimidad. Y si eso lo convertía en un egoísta, pues entonces eso era justamente lo que era: un egoísta.

En otras palabras, que debería haberse sentido aliviado, en vez de irritado, por el sermón que le había echado Teresa. Pero por alguna razón, no había sido así. Quizá porque prefería ser él quien estableciera las reglas del juego.

Sentado en el sofá de Riley delante del televisor y con una lata de soda en la mano, Bud alzó la mirada cuando su sobrino entró en el salón.

—¿Cómo puedes traer esa cara de mal humor después de haber

estado con una chica tan guapa?

—Sólo me estaba despidiendo cortés y educadamente de mi inquilina —repuso Riley frunciendo el ceño.

—Te ha vuelto a dar calabazas¼

Bud sonrió maliciosamente.

—No me ha vuelto a dar calabazas, porque esta vez ni siquiera lo he intentado.

Bud seguía sonriendo mientras tomaba otro trago de soda.

—Así que no has querido intentarlo¼

—Vamos, Bud, sé razonable. ¿Realmente crees que quiero llegar a algo con Teresa?

—Bueno, veamos. Es guapa, buena, inteligente¼ ¿Por qué no habrías de querer salir con ella?

—Por dos motivos que se llaman Mark y Maggie.

—¡Ah! ¿Es que no te gustan los niños?

—Por supuesto que me gustan. Pero yo no salgo con mujeres solteras con hijos.

—Es bastante más inteligente que hacerlo con madres casadas.

Sin hacer caso del sarcástico comentario de Bud, Riley tomó un trago de soda e hizo a un lado la lata.

—No salgo con mujeres con hijos y punto. No tengo el menor interés en ser el padrastro de nadie.

—¿Y qué me dices de ser el padre de alguien? Con treinta y un años ya no eres tan joven, ¿sabes?

—Esto no tiene nada que ver con la edad. No estoy hecho ni para el matrimonio, ni para la paternidad, ni para los compromisos a largo plazo.

—¿No querrás terminar como yo, verdad? ¿O quieres acabar viviendo en una caravana sin otra perspectiva que envejecer en soledad?

Sorprendido por la vehemencia de aquella réplica, Riley se volvió para estudiar el perfil de su tío. Nunca lo había oído hablar de aquella manera. Siempre había pensado que Bud estaba satisfecho con la vida que llevaba.

Jubilado recientemente como electricista, Bud siempre parecía tener tiempo para pescar, pasear o ver a sus amigos, cada vez que quería hacerlo. Se había divorciado dos veces, un dato que confirmaba su constante comentario de que él no era «*carne de matrimonio*». Con el tiempo, Riley había sacado la impresión de que Bud había querido mucho a sus dos mujeres, pero que nunca se había enamorado profundamente de ellas. Por eso resultaba tan desconcertante descubrir que todavía albergaba resentimientos y sueños nunca alcanzados.

—Bueno yo¼

De repente, Bud pareció sacudirse aquel extraño momento de melancolía.

—Oye, no te creas yo tuve suerte. Cuando quería tener al lado un crío, pedía permiso a tus padres y te tenía a ti. Cuando me cansaba de ti, te devolvía a tus padres. Pero bueno, a lo que íbamos: no siempre vas a ser joven y guapo. Así que será mejor que comiences a pensar en lo que querrás hacer cuando tengas mi edad.

Bud mantenía la mirada fija en su lata de soda mientras hablaba. Por primera vez, Riley pensó que su tío parecía viejo. Percibió que algo malo le estaba pasando y nuevamente se preguntó si ese algo estaría relacionado con la muerte de Traman Kellogg. Pero antes de que pudiera pensar en alguna manera de preguntárselo, Bud se levantó del sofá.

—Me voy a casa. Sólo pasaba por aquí para saludarte y beberme una lata de soda gratis —dijo con una media sonrisa.

—¿Estás seguro de que no quieres quedarte un rato? Podemos ver el partido en la tele¼ —sugirió su sobrino.

—Bah, no. Esta noche quería ordenar mis aparejos de pesca. Oye, ¿qué te parecería si tú y yo nos lleváramos a ese chico a pescar? Un niño de su edad ya debería saber cómo se echa un anzuelo.

A Riley no lo sorprendió aquella sugerencia. Había previsto que desde el momento en que Mark admitió que no había pescado nunca, Bud sentiría la necesidad de remediar la situación. Por lo que a él se refería, no quería implicarse en la vida diaria de Mark, pero tampoco le importaba llevarse al niño a pescar. Sobre todo, si eso volvía a encender aquel brillo de ilusión que había visto en los ojos de Bud.

¿Pensaría Teresa que estaba rompiendo sus reglas si él y su tío se llevaban a Mark a pescar? Sería mejor dejar que Bud le hiciera la invitación cuando llegara el momento.

Minutos después su tío se marchó. Y Riley se quedó solo en su apartamento, todavía intrigado por la extraña reacción de Bud y furioso por el sermón que antes le había lanzado Teresa. Miró su reloj. Todavía era relativamente temprano. No había nada de particular interés en la televisión, así que muy bien podría ponerse a trabajar. Podría escribir otra columna para el periódico, o algunas páginas más de su novela. Volver, en suma, a su rutina habitual. La rutina que tanto disfrutaba. Por supuesto que la suya era una existencia egoísta, no tenía ningún sentido negarlo. Total libertad para hacer lo que quería y cuando quería.

De repente se sorprendió a sí mismo imaginando lo que podría ser aquella misma rutina cuarenta años después. No tuvo más remedio que desechar aquellos pensamientos sobre su futuro y

sentarse frente al ordenador¼ decidido a disfrutar del resto de aquella solitaria tarde.

Cerca de dos semanas después, un viernes por la tarde, Serena y Cameron invitaron a cenar en su casa a Teresa y a sus hijos. Marjorie también se reunió con ellos y la conversación transcurrió en un ambiente cálido y afable. Mark y Maggie no cesaron de hablar del colegio y de sus amigos. Después de la cena, Cameron se los llevó a jugar con los videojuegos y las mujeres se quedaron charlando y tomando café en la cocina.

—A Cameron le encanta tener a alguien con quien jugar a los videojuegos —comentó Serena, sonriendo—. A veces vienen a jugar Dan y Riley y la verdad es que se ponen más contentos que un crío con un juguete nuevo. Tendríais que ver lo concentrados que están delante de la pantalla, no hay quien los mueva de ahí¼

—Será un padre maravilloso —comentó Marjorie, enternecida.

Teresa bajó la mirada a su taza para disimular la tristeza que con toda seguridad, debía de reflejarse en sus ojos. Ella también había pensado que su difunto marido sería un buen padre¼ y él lo había intentado. El problema era que no le había sido posible realizar sus buenas intenciones. Había muerto antes de poder cumplir las últimas promesas que le había hecho a ella y a sus hijos.

Por lo que Serena le había contado, Teresa sabía que Cameron había evitado durante años cualquier tipo de compromiso afectivo, argumentando que no era un hombre hecho para el matrimonio. Procediendo como procedía de un hogar desgraciado y problemático, había sido testigo de muy pocos ejemplos de relaciones firmes y duraderas. Enamorarse de Serena lo había hecho cambiar. Le había enseñado a creer en los finales felices. Y estaba dispuesto a trabajar muy duro para ganarse a pulso su felicidad y la de su esposa.

Esa era la clave, pensó Teresa con nostalgia. Poder anticiparse con sentido realista a las dificultades. Comprometerse a superarlas cuando surgieran. Anteponer el bienestar familiar a todo lo demás.

Quizá Darren lo hubiera conseguido¼ aunque lo dudaba. Confiar en que Darren podría cambiar había sido un error que ambos habían cometido.

—¿Terry? ¿Te encuentras bien?

Teresa se obligó a sonreír en respuesta a la pregunta de Marjorie.

—Sí, claro. Sólo estoy un poquitín cansada.

—Trabajas demasiado en la cafetería. ¿Sabes? Creo que deberías descansar más. Shameka, Justine y yo podemos hacer de vez en cuando tu trabajo, al igual que tú nos sustituyes a veces.

—No, no trabajo demasiado. Sólo trabajo siete horas al día,

cinco días a la semana¼

—En la cafetería sí —afirmó Marjorie—. Pero luego vuelves a casa a limpiar, lavar la ropa y cocinar para tus hijos. Tú no tienes un trabajo: tienes media docena. No me extraña que estés cansada.

—Bueno, cuidar a mis hijos no es un carga¼ sino el placer mayor que tengo. De hecho, si ahora estoy cansada es porque me he pasado media noche leyendo. Empecé una nueva novela cuando los niños se fueron a acostar y fui incapaz de dejarla.

—Bueno, al menos mañana podrás quedarte durmiendo —dijo Serena.

—Tú no conoces a mis hijos —rió Teresa—. Los días de colegio prácticamente tengo que sacarlos a rastras de la cama, pero los sábados se despiertan al amanecer con un hambre canina. Es el único día de la semana que les permito que desayunen viendo la televisión.

—Parece que los niños se están adaptando muy bien a la nueva casa —comentó Marjorie.

—Les encanta. En el barrio hay varios críos de su edad y un parque estupendo muy cerca. Ya hemos pasado dos tardes allí, aprovechando el buen tiempo que ha hecho últimamente.

—Cuesta creer que estemos ya otra vez a mediados de octubre —exclamó Marjorie—. Las cosas han cambiado tanto en el último año¼ Serena y Cameron acaban de celebrar su primer aniversario de boda y ya están esperando un bebé. Kara y Pierce están haciendo planes de boda y a él parece que le va muy bien con su carrera musical. Dan y Lindsey se casaron¼ como predijeron algunas el año pasado por estas fechas. Y ahora Mark, Maggie y tú formáis parte de la comunidad.

—El año pasado trajo cambios para todo el mundo —convino Serena—. Excepto para Riley por supuesto. Riley nunca cambia. Sigue trabajando en aquella novela que nadie ha visto todavía y dedicando al periódico la cantidad de horas justa para mantener su empleo.

Teresa no sabía por qué se había ruborizado al oír hablar de Riley. Resultaba exasperante que la simple mención de su nombre la afectara tanto, sobre todo teniendo en cuenta que vivía al lado y los dos tenían un buen número de amigos comunes. La verdad era que no lo había visto demasiado desde el día de la mudanza. Si no lo conociera, habría sospechado que la estaba evitando a propósito¼

No había aparecido por la cafetería desde que se había convertido en su casero. Teresa lo había visto menos que a su tío. Bud, por lo menos, tenía la deferencia de entrar a saludarla a ella y a los niños cada vez que se pasaba por la casa de su sobrino.

Intentando aparentar un tono tan despreocupado como el de Serena, anunció:

—Mañana Riley y su tío se llevarán a Mark a pescar. Mi hijo está tan entusiasmado con la idea que apenas puede contenerse.

—Ya, he oído a Mark contarle a Cameron lo de la excursión de pesca. No me sorprende nada. A Bud le encantan los niños tanto como salir a pescar. Es como el tío adoptivo de un montón de niños de esta ciudad. Siempre he pensado que fue una verdadera pena que no llegara a tener hijos.

—Riley y él parecen estar muy unidos.

—Siempre lo han estado, sobre todo desde que los padres de Riley se jubilaron y se marcharon a Florida. Riley sigue en contacto con ellos y los visita un par de veces al año, pero le encanta tener a su tío tan cerca —Marjorie tomó un sorbo de café antes de añadir —: No tienes que preocuparte por tu hijo cuando esté con ellos. Lo cuidarán perfectamente.

Teresa se preguntó si Marjorie le habría leído el pensamiento. Le había costado dar el visto bueno a aquella excursión de pesca¼ por varias razones. Una era que no quería quitarle a Riley más tiempo del estrictamente necesario. Aunque había sido él, junto con Bud, quien le había hecho la oferta¼

—Me temo que tiendo a ser demasiado protectora con mis hijos —admitió—. Pero sé que Mark echa de menos una figura paterna en su vida. Le encantará pasar una tarde con Riley y Bud.

—Puedes creerme cuando te aseguro que tu hijo estará completamente a salvo con esos dos —insistió Marjorie—. Si tuviese alguna razón para sospechar lo contrario, te lo diría.

—Gracias. Ya estaba decidido, pero siempre viene bien que alguien confirme tu decisión. Y ya sabes que no hay nadie cuyo juicio me importe más.

De repente oyeron una explosiva carcajada procedente de la habitación en la que Cameron estaba jugando con los niños. Las tres mujeres se sonrieron.

—Son un poquito escandalosos¼ —comentó Teresa.

—Ni la mitad que Riley cuando juega con Cameron y con Dan —dijo Marjorie y de inmediato inquirió—: Por cierto, ¿cómo te va con Riley?

Teresa se puso alerta; la sonrisa de casamentera que había esbozado su amiga resultaba demasiado evidente. Pero tenía que tratarse de una broma. Marjorie no podía pensar que Riley O'Neal sería una pareja adecuada para una persona como ella.

—Nos va muy bien —contestó, desenfadadamente—. Siempre que nos encontramos, nos saludamos muy cortésmente.

Pero aquella respuesta no pareció satisfacer en absoluto a

Marjorie.

—Yo pensaba que os veríais algo más, siendo vecinos como sois¼

—Los dos estamos muy ocupados —explicó vagamente Teresa—. Riley tiene su trabajo y yo el mío. Me aseguro de que los niños no lo molesten ni entren en su jardín, aunque a menudo él sale a charlar con ellos cuando los ve jugando en el patio.

—¿Y sale también a charlar contigo?

—Mamá¼ —murmuró Serena, amonestando a su madre.

Marjorie abrió mucho los ojos, como siempre hacía cuando quería hacerse la inocente.

—Sólo estaba preguntando¼

—Sé perfectamente lo que estás haciendo. Y Terry también. Déjala en paz.

Marjorie suspiró con expresión nostálgica.

—Pero hacen tan buena pareja los dos¼ Y Riley parece tan¼

Serena sacudió la cabeza y miró divertida a Teresa.

—No tiene vergüenza —afirmó refiriéndose a su madre.

—Más bien anda bastante equivocada —Teresa suavizó su comentario con una sonrisa, pero hablaba en serio.

Marjorie pretendía decir algo en su defensa cuando fue interrumpida por la brusca irrupción de Mark en la cocina.

—Mamá, tenías que haber visto esta partida. Cam es el mejor jugador que he visto nunca.

Aliviada por aquella distracción, Teresa salió al patio con las demás.

Sólo esperaba que Marjorie hubiera captado el mensaje. Aunque tenía el molesto presentimiento de que aquella no sería la única ocasión en que intentaría enredarla con Riley.

Capítulo 6

Al día siguiente, poco después de mediodía, Mark estaba sentado en el escalón de la entrada cuando Riley salió de casa.

—¡Hola, Riley! ¿Ya es la hora?

Riley no pudo disimular una sonrisa ante la impaciencia del niño.

—Casi. En cuanto venga Bud, nos vamos. ¿Cuánto tiempo llevas ahí sentado?

—Sólo un rato. Mamá se estaba cansando de que yo le preguntara si ya era la hora, así que me dijo que podía sentarme aquí y esperar a que salieras.

Riley advirtió que el chico iba vestido adecuadamente para la excursión, con vaqueros, zapatillas, suéter y cazadora. Sin olvidar la gorra que lo protegía del sol.

—¿Qué harán tu madre y tu hermana mientras nosotros pescamos?

—Van a ir a ver una película. Una película infantil. Yo no quiero verla.

Riley asintió con falsa gravedad, disimulando su diversión. Bud y él se habían planteado llevarse a los dos niños a pescar, pero al final habían optado por llevarse solamente a Mark en aquella primera excursión. Ya le tocaría el turno a Maggie y Teresa les había asegurado que la mantendría entretenida. También para ella era una buena oportunidad de estar a solas con su hija.

De repente, se abrió la puerta y Teresa asomó la cabeza.

—¿Mark? ¿Estás¼? ¡Ah, hola, Riley!

—Hola —no pudo menos que preguntarse por qué, nada más verla, se ponía en tensión de una manera tan automática. Y por qué la sonrisa de Teresa, nada más verlo a él, parecía congelársele en la cara—. Me he enterado de que Maggie y tú vais a ir al cine.

Teresa arrugó la nariz, probablemente una reacción inconsciente a la mención de la película. Riley no la envidiaba: habría preferido limpiar servicios durante las dos horas siguientes antes que soportar uno de esos filmes infantiles que tanto se prodigaban últimamente.

—Sí, tenemos unas ganas tremendas de ver esa película —repuso y Riley no pudo evitar sonreírse.

—Ya, no me extraña. No te preocupes por Mark. Nos lo vamos a pasar genial.

—¿Hay algo más que pueda necesitar?

—No, va vestido perfectamente. Bud y yo le facilitaremos todo lo demás.

—¿Tienes un chaleco salvavidas para él?

Riley se preguntó si sería consciente de que parecía muy nerviosa.

—Sí, claro. Y de tamaño infantil. Bud se lo pidió prestado a un vecino. No dejaré que Mark se lo quite ni un momento. Te lo juro.

Aquel juramento tan solemnemente pronunciado le arrancó una sonrisa.

—Gracias.

De repente, la camioneta de Bud hizo su aparición y Mark comenzó a dar saltos de alegría.

—¡Ya está aquí! ¡Ya podemos irnos!

Riley apoyó una mano en el hombro del niño.

—Tranquilo —sonrió—. Si sigues saltando así vas a hacer un agujero en el suelo.

—Es que tengo muchas ganas de salir.

—¿Ah, sí? No lo había notado —repuso, complacido por su entusiasmo. Le encantaba ser, al menos parcialmente, responsable de hacer tan feliz a aquel niño.

Bud se dirigió hacia ellos, sonriendo a Teresa y extendiendo las manos hacia Mark con los pulgares hacia arriba.

—¿Preparado para salir de pesca, chico?

—¡Sííí! —y corrió hacia él, alborozado.

Bud le lanzó una irónica mirada a su sobrino.

—¡Vaya, parece que ya está listo¼!

Riley advirtió que Teresa se estaba mordiendo el labio inferior, preocupada.

—Tranquila. Lo cuidaremos bien.

—Estoy segura —afirmó, intentando adoptar un tono ligero y desenfadado.

Todavía podía ver las leves marcas que se había hecho con los dientes en el labio. Y como podía imaginarse perfectamente a sí mismo lamiendo aquellas marcas con la punta de la lengua y borrando luego todo rastro con un largo y apasionado beso, retrocedió un paso para alejarse de ella.

—Yo, eh¼ te veré después. Que os divirtáis con la película.

La mirada de leve asombro que le lanzó Teresa indicaba que debía de haber advertido algo extraño en su expresión. Ella se marchó antes de que pudiera ponerse más nerviosa de lo que ya estaba.

Aquella noche Teresa se acercó a la cama de su hijo, observándolo mientras dormía. En su sueño, sonreía. Se preguntó si estaría reviviendo su primera excursión de pesca.

Se lo había pasado maravillosamente bien. No dejó de hablar de ello desde el momento en que llegó a casa, hasta que finalmente se

acostó y de inmediato se quedó dormido. Teresa no pudo resistirse a acariciarle levemente el cabello. El niño no se inmutó.

Estaba creciendo tan rápido¼ Tenía la sensación de que apenas el día anterior todavía lo estaba amamantando, meciéndolo en sus brazos, consolándolo cuando se despertaba llorando en mitad de la noche. Sabía que era algo muy egoísta por su parte, pero no quería que sus hijos dejaran de ser niños. Quería guardarlos para ella, retrasar el inevitable momento en que tuvieran una vida propia, autónoma.

Porque cuando llegara ese momento, ¿qué tendría ella? ¿Qué sería cuando ya no fuera la sufrida madre de Mark y de Maggie? Disgustada por la melancolía que la estaba consumiendo, sacudió la cabeza y se alejó de la cama de Mark. Solo tenía diez años y Maggie ocho. Todavía le quedaban muchos años de ser madre. Que Mark hubiera pasado un día alejado de casa, disfrutando de una actividad que albergaba muy escaso interés para ella, en compañía de dos amables figuras masculinas, no significaba que hubiera dejado de necesitar a su madre. Todavía faltaba mucho para que empezara a afeitarse o a pedirle prestado el coche. Y Teresa necesitaba paladear cada instante de su infancia y no desperdiciarlo preocupándose por lo que le depararía el futuro.

Salió de la habitación y fue a echarle un vistazo a Maggie, que ya se había destapado. La arropó cuidadosamente antes de recoger del suelo su muñeca favorita y ponérsela al lado. Tras darle un tierno beso en la mejilla, se marchó con el mayor sigilo.

Todavía no eran las diez. Demasiado temprano para acostarse ya que no tenía nada de sueño. No había nada interesante en la televisión y además ya había terminado el libro que había estado leyendo la noche anterior.

El apartamento estaba limpio; la ropa, lavada, seca y guardada en su sitio. Por una vez, no tenía absolutamente nada que hacer. Deseó tener alguna tarea pendiente, mientras caminaba por la casa presa de una inusual inquietud. Terminó en la cocina, donde picó un par de galletas. Suspirando, se dio cuenta de que estaba comiendo por puro aburrimiento.

Miró por la ventana. No tardaría en venir el invierno. Halloween, el Día de Acción de Gracias, Navidad y luego otro año más. Maldijo en silencio. ¿Qué diablos le estaba pasando aquella noche? Se dejó llevar por un impulso, abrió la puerta trasera y salió al patio. La temperatura era lo suficientemente alta como para que estuviera cómoda con la camisa vaquera que llevaba, sin que necesitara abrigarse.

—¿Problemas para dormir?

La voz de Riley aunque baja, la sobresaltó. Se volvió hacia el

patio contiguo, con los ojos muy abiertos y una mano sobre el corazón.

—No te había visto.

Riley salió de entre las sombras. Se había cambiado de ropa y en aquel instante llevaba una camiseta blanca y unos holgados pantalones de pijama. Tenía el cabello húmedo, como si acabara de salir de la ducha.

—No pretendía asustarte.

A pesar de que los separaba una valla de madera, Teresa aún sintió el cobarde impulso de apartarse cuando lo vio acercarse.

—He salido un momento para disfrutar de la noche tan buena que hace —explicó, nerviosa.

—Sí. Cuesta creer que el invierno esté tan cerca.

—Precisamente estaba pensando en eso.

Riley se apoyó sobre la valla con los brazos cruzados.

—¿Los niños ya están dormidos?

—Sí. Estaban muy cansados. Mark se lo pasó maravillosamente. Desde que lo trajiste a casa, no paró de hablar hasta que se durmió.

—Me alegro de que se haya divertido. Bud y yo también disfrutamos mucho de su compañía.

—Dudo que pescarais mucho con Mark por en medio. El caso es que volvió entusiasmado con los dos peces que logró pescar.

—Aprende muy rápido. Y le gusta.

—Yo, eh¼ espero que no os volviera locos. Es un parlanchín.

Riley se echó a reír.

—Desde luego, le gusta hablar.

—No hace falta que lo jures.

—Mmm¼ Así que trabajaste como bailarina de strip-tease en un club antes de instalarte aquí, ¿eh? Dice que utilizabas el seudónimo de *Diamante Le Flash*.

Teresa se quedó mirándolo de hito en hito.

—¿De qué diablos estás hablando?

—Sólo estoy repitiendo lo que nos contó Mark. Yo lo encontré muy interesante.

Teresa sacudió la cabeza, suspirando.

—Mark no ha podido decirte esas cosas.

—¿Estás segura?

—Ni siquiera sabe lo que es un strip-tease. O al menos eso espero¼

—Ya, bueno —rió él— yo no estaría tan seguro. En estos tiempos, los niños crecen mucho más rápidamente que antes.

«*Estupendo*», pensó Teresa. Hacía tan solo unos minutos, estaba preocupándose precisamente por ese tema: el paso del tiempo y la fugacidad de la infancia.

—Sólo prométeme que no has estado hablando de bailarinas de strip-tease con mi hijo de diez años.

—Sólo era una broma. Fue de peces de lo que estuvimos hablando.

—Gracias.

—De nada.

Bromas aparte, Teresa pensó que seguramente Mark se habría mostrado lo suficientemente discreto durante la excursión. Tampoco había grandes secretos que revelar sobre su pequeña familia, pero la molestaba imaginarse a su hijo comentando sus intimidades con otras personas. Y principalmente, con el propio Riley.

De pronto se dio cuenta de que él parecía estar escrutando su rostro, como si quisiera desentrañar algo en su expresión.

—¿Qué pasa? —le preguntó sin pensar.

Riley arqueó las cejas.

—Perdona. ¿Me había quedado mirándote fijamente?

—Sí.

—Lo siento. Es que¼

Se sorprendió a sí misma dando un paso hacia él, esperando ansiosa lo que tuviera que decirle.

—¿Qué?

Riley sonrió levemente. Casi con timidez.

—Estás muy hermosa a la luz de la luna.

Teresa sintió que se ruborizaba ante aquel inesperado cumplido.

—¡Ah!

—Por supuesto, también estás muy hermosa a la luz del día —añadió—. Pero la de la luna hace que te brillen los ojos de una manera especial.

—Creía que habías dejado de hacer eso —lo miró frunciendo el ceño.

—¿Hacer qué? —inquirió, haciéndose el inocente.

—Flirtear conmigo.

—Sólo estaba constatando unos hechos. No tengo la culpa de tener tanto encanto.

Teresa alzó los ojos al cielo.

—Ya. Y tanta modestia¼

—Esa es otra de mis virtudes.

—¿Es que nunca puedes dejar de bromear?

—Hay cosas que me tomo muy en serio —la miró con inequívoca avidez—. ¿Quieres que te lo demuestre?

—Eres incorregible. Y además, convinimos en que mantendríamos una relación estrictamente amable y cordial.

—Yo puedo llegar a ser muy amable.

—Para ya —por alguna ridícula razón, Teresa se sonrió.

Probablemente porque el tono de Riley era más cómico que insinuante. Pero se recuperó de inmediato—. No era eso lo que quería decir.

—Lo sé —suspiró con expresión de exagerado arrepentimiento —. Pero eso no me impide seguir soñando despierto.

Sacudiendo la cabeza, Teresa dio un paso hacia la puerta.

—Se está haciendo tarde. Me voy dentro.

—¿Temes pasar más tiempo a solas conmigo a la luz de la luna?

—Exacto —mantuvo un tono seco mientras le espetaba la respuesta—: Temo sentirme demasiado tentada de escalar esta valla y mandar al diablo todas mis precauciones.

—Por mí no te reprimas —esbozó una sonrisa ridículamente esperanzada.

—Buenas noches, Riley.

—Buenas noches, Teresa. Que sueñes con los angelitos.

Riley se las arregló para cargar aquella inofensiva frase del sentido más malicioso posible. Como si sospechara que pudiera jugar algún tipo de papel en sus sueños.

Teresa entró rápidamente en la casa y cerró la puerta a su espalda. Ahora sí que estaba desvelada del todo. Abrió la despensa y empezó a sacar todos los ingredientes necesarios para hacer tortitas. Se dijo que no había nada de malo en preparar el desayuno con varias horas de antelación.

Porque aquella noche no estaba de humor para enfrentarse a sus propios sueños.

El teléfono de Riley sonó a las dos y media de la madrugada del martes, sacándolo de un profundo sueño.

—¿Quién es? —gruñó, desorientado.

—Soy Lindsey. Alguien acaba de intentar matar a R. L. Hightower.

Aquella concisa frase lo obligó a sentarse rápidamente en la cama, espabilado del todo.

—¿Dónde estás?

—En la puerta de la casa de R. L. Bud está aquí. Bastante nervioso, por cierto.

—Voy para allá —nada más colgar el teléfono se puso rápidamente los vaqueros.

La escena que apareció ante sus ojos no podía ser más patética. Aquel era un vecindario habitualmente tranquilo, de casas de estilo ranchero con amplios jardines. El sendero de entrada estaba lleno de vehículos, entre ellos un camión de bomberos, una ambulancia y dos coches de la policía. Riley reconoció de inmediato algunos rostros entre los grupos de gente.

La escena le recordó los incendios que meses atrás habían

trastornado la vida de la comunidad, incluido aquel que había acabado con la vida de Truman, el amigo de R. L. Pero el presunto incendiario ya había sido capturado y se encontraba en la cárcel. Desconcertado, Riley se preguntó qué diablos podría haber sucedido.

Mientras se dirigía hacia uno de los grupos, se fijó en los daños que había sufrido la casa. Los cristales de varias ventanas estaban rotos, sobre todo los de la fachada. Como había visitado varias veces la casa del amigo de su tío, Riley sabía que eran las del dormitorio de R. L. Observó cómo la ambulancia maniobraba para salir del sendero atestado de gente, con las luces encendidas y desaparecía a toda velocidad.

—Riley —lo llamó Lindsey—. Tu tío está aquí.

Lindsey estaba acompañada de su marido, el jefe de policía, Dan Meadows. Dan se hallaba hablando con Bud, que no dejaba de mirar hacia la casa con una expresión de absoluto desconcierto.

—Bud —Riley le puso una mano en el hombro—. ¿Estás bien?

—Es R. L. quien está herido, no yo.

—¿Cómo está?

—Se recuperará —fue Dan quien respondió a su pregunta—. Ha tenido suerte. Si hubiera estado durmiendo en su cama, muy probablemente ahora mismo estaría muerto. Pero esta noche le dolía la espalda y decidió dormir en el suelo. Tiene algunas contusiones y rasguños, pero se pondrá bien. Enseguida llamó a Bud, antes incluso de llamarnos a nosotros. Llegamos aquí al mismo tiempo, hará unos veinte minutos. Se han llevado a R. L. al hospital para dejarlo en observación.

—¿Qué fue exactamente lo que sucedió? —le preguntó Riley a Dan ya que aparentemente Bud seguía demasiado afectado para responder.

—Alguien disparó contra la habitación de R. L. a través de las ventanas. La cama ha quedado más agujereada que un queso suizo. Todo está destrozado. Como te dije antes, si hubiera estado acostado en la cama¼

—¿Habéis capturado al autor de los disparos?

—No. Ahora mismo tengo varios agentes peinando todo el barrio.

La atención de Riley se vio dividida entre obtener más detalles sobre el atentado y atender a su tío, que continuaba sumido en un extraño silencio, nada característico en él.

—R. L. se pondrá bien, Bud. Dan dice que las heridas que tiene no son serias.

Bud se limitó a asentir con la cabeza.

—Quizá deberías llevártelo a casa —le sugirió Lindsey a Riley en

un murmullo.

—Sí. ¿Te encargarás tú de cubrir la historia?

—¡Claro! Encárgate tú de tu tío.

—Vamos, Bud, te llevo a casa —cariñosamente, Riley le pasó un brazo por los hombros—. Puedes dejar la camioneta aquí. Ya la recogeremos mañana.

—Yo, eh¼ —masculló, pero al instante volvió a quedarse callado. Parecía abatido, avejentado.

Riley estaba cada vez más preocupado por el aspecto que presentaba.

—Quizá deberíamos pasar antes por el hospital para que el doctor Frank te echara un vistazo.

Pero Bud negó con la cabeza.

—Estoy bien. Quiero irme a casa.

—Necesita descansar —terció Dan—. Es natural que algo así le haya afectado.

—Quiero irme a casa —repitió Bud.

Aunque seguía todavía convencido de la conveniencia de una visita al hospital, Riley cedió al deseo de su tío. Y en medio del ruido y la confusión reinantes, lo sacó de aquel inquietante escenario.

A la tarde siguiente, Teresa vaciló por un momento ante la puerta de Riley. Acababa de regresar a casa del trabajo y faltaba todavía una hora para que volviera el autobús del colegio con los niños. Nunca antes había llamado a su puerta, ni había tenido razón para hacerlo, pero esa vez no pudo resistir el impulso.

Ya estaba empezando a pensar que no iba a responder a sus llamadas cuando la puerta se abrió de golpe. Vestido con una camiseta y tejanos, descalzo, parecía que acabara de levantarse de la cama en aquel mismo momento. Estaba despeinado, tenía los ojos medio cerrados y no se había afeitado. Ciertamente no ofrecía un aspecto nada atractivo, pero aun así Teresa tuvo que humedecerse los labios resecos antes de hablar.

—Lo siento. Estabas durmiendo. No pretendía molestarte¼

—No pasa nada —se pasó los dedos por el pelo—. Me había quedado dormido en el sofá.

—Me he enterado de lo que le pasó al amigo de tu tío. Todo el mundo estaba hablando de eso en la cafetería. Alguien me comentó que tu tío parecía muy afectado. ¿Está bien? ¿Necesitáis algo?

—Me quedé con él durante la mayor parte de la noche y también de la mañana —explicó Riley muy serio—. No podía conciliar el sueño. No hacía más que pasear por la casa o quedarse sentado muy quieto, sin hablar, con la mirada perdida. No comió nada y casi no respondía a mis preguntas. Al final llamé al doctor

Frank y me aconsejó que le suministrara un calmante. Yo quería traérmelo a casa conmigo, pero se negó en redondo. Decía que quería quedarse en su propia casa.

—Así que tú tampoco has dormido gran cosa. Necesitas descansar¼

Ya se disponía a retirarse cuando Riley la detuvo.

—Espera. ¿Por qué no entras un momento? Los críos todavía tardarán un poco en llegar, ¿verdad?

—Sí, pero¼

—Prepararé un poco de café. Me gustaría saber lo que se ha estado comentando hoy en la cafetería. Estoy algo desconectado últimamente.

—¿No quieres descansar?

—Si me vuelvo a dormir ahora ya no podré pegar ojo en toda la noche. Y bien, ¿qué dices? ¿Me aceptas ese café?

Quizá fuera por lo cansado y abatido que parecía, pero el caso fue que Teresa terminó aceptando su oferta.

Capítulo 7

Teresa nunca había estado en casa de Riley y la decoración la sorprendió. Había esperado el típico apartamento de soltero, pero en lugar de ello se encontró con un cuidado estilo rústico, country con toques étnicos. Grabados de paisajes colgaban en las paredes junto a reproducciones de objetos antiguos. Mullidos cojines de varios colores se amontonaban en los sillones y en el sofá, añadiendo un toque cálido y acogedor.

—Tienes una casa muy bonita.

—Esperabas algo mucho más desastroso, ¿verdad? —sonrió.

—No estoy muy segura de lo que esperaba. Pero me gusta.

—Pasa a la cocina. Voy a preparar el café.

La primera palabra que asaltó la mente de Teresa, cuando entró en la cocina, fue «*eficiente*». Todo era de acero y níquel, con los electrodomésticos más avanzados.

—Vaya cambio con respecto al salón, ¿no? —comentó Riley mientras manipulaba la moderna cafetera.

—Desde luego.

—Siéntate. El café estará enseguida.

Teresa tomó asiento en una silla de respaldo curvo, frente a una mesa de roble redonda. Advirtió que los cojines de las sillas hacían juego con las cortinas de la única ventana que se abría encima del fregadero.

—¿Contrataste a algún decorador?

—No —contestó mientras seguía preparando el café—. Recurro a mis amistades cuando las necesito.

«*Mujeres, seguro*», pensó Teresa, imaginando que un buen número de mujeres solteras se habrían mostrado más que encantadas de poder ayudar a Riley a decorar su casa. Como los rumores corrían fácilmente en el Café Rainbow ya sabía que había salido con unas cuantas chicas del pueblo. Y que ninguna de aquellas relaciones lo había arrastrado cerca del altar, a pesar de que varias de sus «novias» se habían esforzado a fondo.

—¿Leche? ¿Azúcar? —le preguntó Riley al tiempo que le servía una taza.

—No, solo. Gracias.

—Tengo galletas caseras. ¿Te apetecen?

—No, gracias. Tú¼ eh¼ ¿haces galletas?

—Me las han traído —se sentó frente a ella, al otro lado de la mesa de roble.

«*Otra amiga*», pensó Teresa. Riley O’Neal debía de ser un tipo

muy popular.

—Muy sabroso el café —comentó después de tomar un sorbo.

—¿Seguro que no quieres acompañarlo con algo?

—No, de verdad. ¿Cómo se encuentra el amigo de tu tío?

—Llamé al hospital justo antes de dejar a Bud en su casa, hará un par de horas. Estaba bastante bien. Asustado, claro está, pero se recuperará del todo. Quieren mantenerlo en observación¼ y de paso, protegerlo hasta que Dan logre averiguar quién fue el autor del atentado.

—¿Nadie sabe todavía quién pudo ser y por qué lo hizo?

—Así es. R. L. no entiende lo ocurrido. Y no hubo testigos del atentado. Los vecinos estaban dormidos.

—La gente está asustada —murmuró Teresa, recordando las sombrías conversaciones que había escuchado en la cafetería—. Dicen que nunca antes había pasado nada parecido en Edstown.

—Con la excepción de los incendios de Eddie Stamps, aquí nunca han proliferado los delitos serios —convino Riley—. De hecho, la delincuencia prácticamente no existía.

—Yo me trasladé aquí precisamente para proteger a mis hijos de la violencia de las ciudades —le confesó Teresa, con la mirada fija en su taza de café—. ¿Sabes? Espero que no se la encuentren aquí.

—En estos tiempos, no creo que exista ningún lugar que esté completamente a salvo de ese tipo de problemas —reflexionó Riley —. A Edstown ha tardado un poco más en llegar. Aun así, dudo que exista un motivo fundado de alarma general. Alguien debe tener una inquina particular a R. L. Alguien que sabía dónde dormía y que disparó a propósito contra su cama.

—¿Cómo puede alguien tener un enemigo y no saber quién puede ser? —inquirió Teresa, perpleja—. Si alguien lo odia lo suficiente como para intentar matarlo, ¿cómo es que el señor Hightower no puede ni imaginarse de quién se trata?

—Si lo sabe, no ha dicho nada. A Dan le dijo que no tenía ni una sola pista.

—¿Y Bud? ¿Crees que sospecha de alguien?

—Me dijo que no sabía quién ha podido ser, que R. L. no tiene enemigos.

—¿Tú lo crees?

Riley vaciló por un momento antes de responder:

—No lo sé. Lo único que sé es que Bud lo está pasando realmente mal con todo este asunto. Este año ya ha perdido a un amigo. No soportaría perder a otro.

—¿Uno de sus amigos murió?

—Sí, en enero, en un incendio. Nadie sabe todavía si el incendio se produjo de manera accidental o si fue provocado. Fue en una

cabaña de pescadores totalmente aislada, que ardió por completo antes de que alguien pudiera ver el humo y avisar a los bomberos.

—Sí, he oído hablar de ese incendio —repuso Teresa—. Se especuló mucho sobre aquel adolescente que había sido responsable de otros incendios, pero que negaba la autoría del de la cabaña.

—Estuve viendo a Eddie durante el interrogatorio al que fue sometido. Confesó haber sido el responsable de todos excepto de dos: el de la cabaña de Traman y el de la oficina de seguros de R. L.

—¿Y a ti qué te parece?

—No lo sé —Riley volvió a dudar antes de responder—. Pero no había suficientes evidencias para endosarle también esos dos incendios. El fiscal retiró las acusaciones a cambio de que reconociera los demás.

—Tú no crees que Eddie fuera al autor de esos dos incendios —adivinó Teresa, escrutando su expresión.

—Tenía mis dudas —se pasó una mano por el pelo—. Me parecía demasiada coincidencia que los únicos incendios que negaba Eddie fueran los relacionados con dos de esos tres viejos amigos. Traman, R. L. y Bud se conocieron en el instituto y desde entonces, se convirtieron en amigos inseparables. Siempre conservaron la amistad, a pesar de las distintas vicisitudes que pasó cada uno. Y ahora Traman está muerto; R. L. no sólo ha visto arder su empresa, sino que además le han disparado y alguien¼

—Y tú temes que después de esto, algo malo pueda sucederle a tu tío.

Teresa terminó la frase por él.

—Probablemente sea una preocupación absurda —suspiró Riley—. Lo de Traman pudo ser un accidente, quizá incluso por estar fumando en la cama. Los problemas de R. L. probablemente estaban relacionados con algún cliente descontento con su empresa de seguros. Y entonces nada de eso tendría que ver con Bud.

—Tal vez tengas razón. ¿Por qué alguien querría atentar contra esos tres viejos amigos?

—Exacto. No tiene ningún sentido. Los tres han pasado la vida entera en Edstown, sin salir a ningún sitio. Nunca causaron el menor problema a nadie, ni tuvieron un solo enemigo. Todos eran grandes trabajadores. R. L. tenía su compañía de seguros, Traman poseía un concesionario de venta de coches y Bud tenía una pequeña empresa de reparaciones eléctricas hasta que se jubiló hace unos años. Los tres triunfaron, cada uno a su manera. Tenían suficiente dinero para pescar y viajar un poco y seguían llevando una vida modesta, sin alardes de ningún tipo. Sencillamente, no puedo concebir por qué alguien habría podido tener una inquina particular contra mi tío, o contra cualquiera de sus amigos. Lo

lógico es que la muerte de Traman se debiera a un accidente, o a un incendio deliberado de Eddie¼ y que el atacante de R. L. fuera algún cliente airado. Es la única explicación razonable.

—Sí, claro —convino Teresa.

—Pero entonces¼ ¿por qué tengo la molesta sensación de que se me escapa algo?

La preocupación y frustración que denotaba su voz la impulsaba a tranquilizarlo de alguna forma. A tomarle la mano y consolarlo, de la misma manera que habría hecho con su hijo. Y sin embargo, nada había de maternal en las reacciones que Riley suscitaba en ella.

—Estoy segura de que tu amigo el policía investigará a fondo el atentado y descubrirá al culpable. Tengo entendido que es muy bueno.

—Sí que lo es. Si alguien puede encontrar una respuesta a este misterio, ese es Dan.

—¿Lo ves? —le dijo con tono consolador—. Lo mejor que puedes hacer es relajarte y dejar que la policía se encargue de todo. Estoy convencida de que una vez que tu tío haya descansado y vuelva a ver a su amigo, se sentirá mucho mejor¼ y tú también.

—Creo que tienes razón.

Teresa sabía que había hecho un esfuerzo por hablar con tono confiado, pero la preocupación se distinguía aún en sus ojos grises.

—Gracias por haberme escuchado. O soportado —añadió Riley forzando una sonrisa.

—Sé lo encariñado que estás con tu tío. Entiendo perfectamente tu preocupación.

—Hoy he tenido una sensación muy extraña mientras lo cuidada. Generalmente ha sido Bud quien siempre me ha cuidado a mí.

—Para eso está la familia, ¿no? Para cuidarse unos a otros —repuso Teresa. O al menos eso era lo que tenía entendido.

Con el codo sobre la mesa, Riley apoyó la barbilla en un puño mientras la miraba fijamente.

—¿Tú tienes familia, Teresa? Sé que perdiste a tu marido y a tus padres, pero¼ ¿te queda todavía alguien? ¿Abuelos, tíos, primos¼?

—Algunos primos, pero no cercanos. Mi abuela se hizo cargo de mí después de la muerte de mis padres, pero hace unos cuantos años que falleció. Y he perdido el contacto con mis tíos y tías —no añadió que Darren había sido el responsable de su alejamiento de la mayor parte de su familia. A él no le gustaba ninguno de sus parientes y había terminado por convencer a Teresa de que no la apreciaban.

Sólo cuando su matrimonio se estaba desmoronando, Teresa

descubrió lo que se ocultaba detrás del encanto y las promesas de Darren¼ Hasta que al fin se dio cuenta de que deliberadamente la había separado de su familia y de los amigos que había tenido antes de casarse. Sus propias inseguridades lo habían impulsado a monopolizarla, a intentar convertirla en un ser absolutamente dependiente y desvalido.

—¿Y la familia de tu marido?

Teresa no se sentía nada cómoda hablando de Darren con Riley. De hecho, nunca hablaba de su ex marido con nadie. Pero aun así, respondió a su pregunta:

—Tiene una hermana que vive en California. No la he visto desde que nació Maggie. Su madre sigue viviendo en Tennessee, en las afueras de Memphis.

—¿Los niños ven a menudo a su abuela?

Teresa vaciló, tentada de contestar con un cortante monosílabo, pero Riley había sido tan amable y sincero con ella que sencillamente no pudo hacerlo.

—Mi suegra es una de las razones por las que me vine aquí. Es una mujer neurótica y amargada que reparte su tiempo entre fingir enfermedades, discutir con sus vecinos y amenazarme con arrebatarme la custodia de mis hijos. A ellos no les gusta su compañía y a mí tampoco. Ya no podía soportarla más.

Se mordió el labio para no continuar con sus explicaciones. Riley le había hecho una simple pregunta y ella le había contestado con mucho más detalle de lo que había pretendido en un principio.

—¿Te amenazaba con quitarte la custodia de tus hijos? —le preguntó él, muy serio.

—Sí. Periódicamente. Cada vez que me negaba a satisfacer sus caprichos.

—¿Apoyándose en qué acusación?

—En la de que era una mala madre, por supuesto.

Teresa nunca había visto a Riley tan furioso. La imprecación que brotó de sus labios la hizo parpadear de asombro.

—¿Has hablado de esto con Serena?

—Claro. Se comprometió a asesorarme y a defenderme en el hipotético caso de que Edna hiciera algo en ese sentido. Me ha asegurado que no existe forma humana alguna de que pueda arrebatarme a mis hijos. Pero todo este asunto terminó por convertirse para mí en algo¼ molesto.

—¿No puedes demandarla? ¿Acusarla de amenazas, por ejemplo?

—Supongo que podría¼ pero preferiría no hacerlo, a no ser que me viera obligada. Al fin y al cabo, es la abuela de mis hijos. Es una persona amargada y desagradable, pero en el fondo eso no es más

que el reflejo de una vida frustrada, la de una mujer que acabó perdiendo a su marido y a sus hijos. No me interesa la venganza. Y además, desde que me he venido a vivir aquí, no he vuelto a saber nada de ella. Supongo que se habrá dado cuenta de que los niños y yo estamos ya fuera de su alcance y habrá concentrado su atención en alguna otra víctima. Sus vecinos, probablemente.

—Eres más generosa de lo que lo habría sido yo en esas mismas circunstancias —masculló Riley.

—Yo prefiero evitar los enfrentamientos siempre que sea posible —replicó Teresa antes de apurar su café.

—¿Te importa que te pregunte cómo perdiste a tu marido?

Cada vez más incómoda con el rumbo que estaba tomando la conversación, esa vez su respuesta fue mucho más breve.

—No. Murió en un accidente —miró su reloj—. Los chicos no tardarán en llegar. Será mejor que vuelva a casa.

Riley se levantó al mismo tiempo que ella.

—Gracias por preocuparte.

—De nada. Para eso están los vecinos, ¿no? —repuso con tono desenfadado, dirigiéndose hacia la puerta—. Avísame si necesitas algo.

—Estoy convencido de que debes de sentirte tremendamente decepcionada —le comentó Riley ya en el umbral.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, te he tenido en mi casa¼ y estaba tan sumamente cansado que he desaprovechado la oportunidad de hacerte siquiera una sola insinuación. La próxima vez intentaré hacerlo mejor.

No sabía si sentirse ofendida o aliviada por la sonrisa que volvió a asomar a sus ojos. Era agradable pensar que lo había ayudado a desahogarse, pero no tenía intención de llegar más lejos. Y ciertamente Riley no carecía de amistades femeninas, añadió para sí al recordar las galletas caseras que le había ofrecido.

—Inténtalo otra vez y tendrás que beberte el café con pajita.

Riley se echó a reír y Teresa se sintió extrañamente complacida al escuchar aquella risa.

—Lo tendré en cuenta.

Instantes después, se descubrió a sí misma sonriendo cuando entraba en su propia casa.

R. L. Hightower se marchó del pueblo tan pronto como salió del hospital. No dejó dicho a nadie dónde iba, aunque Riley sospechaba que su tío seguía en contacto con él.

—Tu tío nos oculta algo —afirmó Dan el sábado por la tarde, con tono frustrado—. No lo admitirá, pero creo que sabe muy bien quién pudo disparar contra R. L.

—Si Bud sabe quién intentó matar a su mejor amigo, ¿por qué

habría de callárselo? —inquirió Lindsey con expresión escéptica—. Por fuerza querría asegurarse de que ese tipo fuera capturado, para que R. L. pudiera volver sano y salvo a casa.

Dan y Lindsey estaban cenando con Riley y con sus anfitriones, Serena y Cameron. Siempre se reían mucho cuando se juntaban, pero aquella noche la conversación era mucho más seria. Dan había estado preocupado desde que llegó y todos sus amigos sabían muy bien por qué. Se había cometido un crimen muy grave en la ciudad. Y Dan no descansaría hasta que el culpable fuera capturado.

En respuesta a la pregunta de su esposa, Dan negó con la cabeza.

—No sé por qué Bud se resiste a hablar. Quizá no esté seguro de sus sospechas y no quiera acusar a nadie que luego pueda resultar inocente. O quizá sepa demasiado —añadió desviando la mirada hacia Riley.

—¿Crees que tiene miedo de hablar? —le preguntó Serena.

—Es una posibilidad —afirmó Dan—. Riley necesito tu ayuda. Bud me evita cada vez que intento hablar con él. ¿Te ha dicho algo a ti?

—A mí también me rehuye —explicó después de tomar un sorbo de té con hielo—. Y eso es algo que nunca había hecho antes. No sé cómo voy a conseguir que me cuente algo si no quiere hacerlo.

—¿Le has preguntado si sospecha de alguien como autor de los disparos? —le preguntó Cameron.

—Varias veces. Se limita a encogerse de hombros y a menear la cabeza. Y cuando insisto un poco más, se queda callado con la mirada perdida, como si ni siquiera me estuviera oyendo.

—Eso es mucho más de lo que hace conmigo —musitó Dan.

—Si tengo que ser sincero, todo esto me asusta un poco —admitió Riley—. Esa reacción es tan poco propia de él¼ El caso es que dejé de hacerle preguntas. Siempre y cuando no le mencione lo de los disparos, por lo menos me dirige la palabra. Aunque sigue más callado de lo normal, siempre distraído.

—Todo esto debe de estar afectándote mucho —comentó Lindsey cubriéndole una mano con la suya.

—Me encantaría descubrir qué diablos está pasando, para que todo volviera a la normalidad.

—Ojalá fuera pronto —deseó Dan, frunciendo el ceño—. Pero con R. L. fuera del pueblo y Bud empeñado en guardar silencio, no estamos haciendo ningún progreso.

—Es posible que Bud no sepa más de lo que sabemos nosotros —sugirió Cameron.

—Sí. Es posible —pero Dan no parecía muy convencido.

—¿Cuándo piensa volver a casa R. L.? —inquirió Serena.

—No tengo ni idea —respondió Dan—. Ni siquiera me avisó de

que se marchaba.

Riley se encogió de hombros. No sabía dónde se encontraba R. L. ni cuándo volvería.

Durante los minutos siguientes se dedicaron a disfrutar de la excelente comida que habían preparado Serena y Cameron. Marjorie había salido con su grupo de amigas, como tenía por costumbre los sábados por la noche. Aquella cena había sido planificada por lo menos hacía dos semanas. Como siempre, Serena había intentado convencer a Riley de que se presentara con una pareja y como siempre, él se había negado.

—¿Qué tal te va con tus nuevos inquilinos? —le preguntó Dan.

—No me dan ningún problema. La mitad del tiempo ni siquiera me doy cuenta de que están —lo cual era, por supuesto, mentira. Riley era muy consciente de que Teresa estaba viviendo al lado.

—Los niños son encantadores, ¿verdad? —sonrió Lindsey.

—Sí, son estupendos —aseguró Serena—. Yo los conozco desde que nacieron y por eso no puedo ser muy objetiva, pero creo que están maravillosamente bien educados.

—Entonces debiste de conocer al marido de Teresa.

—Pues claro —respondió—. Estuve en su boda.

Riley se preguntó si los demás habrían advertido el súbito cambio que había experimentado el tono de voz de Serena. Lindsey tal vez lo notó, pero eso no la disuadió de preguntarle:

—¿Cómo era?

—La verdad es que yo no lo conocía muy bien —admitió después de intercambiar una mirada con su marido—. Teresa y yo prácticamente no nos veíamos mientras estuvo casada. Yo estaba estudiando Derecho cuando ella tuvo a sus hijos¼ así que cada una tenía diferentes asuntos de los que ocuparse.

Rotunda como siempre, Lindsey concluyó:

—Lo odiabas, ¿verdad?

—Lindsey —la reconvino Dan, sacudiendo la cabeza con actitud resignada.

—No lo odiaba —aclaró Serena—. Lo que pasa es que no me caía especialmente bien.

—¿Era tonto? ¿Violento?

—Lindsey —la recriminó de nuevo Dan.

—¿Qué pasa? Sólo estoy preguntando. Ahora Teresa forma parte de nuestra comunidad. Es natural que sienta curiosidad por ella.

—Estás cotilleando —la acusó Cameron.

—En efecto, lo que constituye una antigua y saludable tradición en Edstown —replicó Lindsey—. Bueno, Serena, ¿por qué no te caía bien el marido de Teresa?

—Me niego —sacudió la cabeza—. No pienso cotillear acerca del

difunto marido de mi amiga. Ya he admitido que no me caía bien Darren, pero eso es simplemente una opinión mía. No veo por qué tengo que profundizar en las razones.

Pero la joven periodista era especialmente aficionada a los interrogatorios, como todo el mundo en la mesa sabía muy bien.

—¿Cómo murió?

—Estaba podando las ramas de un árbol cuando accidentalmente tocó un cable de alta tensión. Teresa lo encontró al volver a casa con los niños.

Riley se quedó consternado al escuchar a Serena. Una vez conocidos los detalles de la muerte del marido de Teresa, de pronto fue mucho más consciente de todas las desgracias que había tenido que sufrir: la pérdida tan temprana de sus padres, el descubrimiento del cadáver de Darren, la dura tarea de criar sola a sus hijos, las discusiones con su amargada suegra¼ Era un milagro que siguiera siendo una mujer tan positiva. Y ya no le extrañaba que fuera tan independiente y que se mostrara tan recelosa a la hora de relacionarse con gente nueva.

—¿Cuánto hace que pasó eso? —preguntó Lindsey después de un breve y tenso silencio.

—Cuatro años y medio. Mark estaba en la escuela infantil y Maggie todavía era un bebé.

—Y desde entonces los ha educado ella sola.

—Sí —afirmó Serena—. Es una buena madre¼ a la que pienso pedir más de un consejo.

—Me sorprende que Marjorie no la haya emparejado todavía con nadie —Lindsey sonrió—. A tu madre le encanta hacer de casamentera.

Cameron gruñó, molesto, al igual que Dan y Riley: no en vano los tres habían tenido ocasión de comprobar en carne propia, de una forma u otra, las habilidades casamenteras de Marjorie. En los dos primeros casos, sus esfuerzos habían conducido al matrimonio. Lo de Riley en cambio, era diferente.

—De hecho —confesó Serena, algo avergonzada—, mamá ya ha empezado a elaborar listas de solteros sin compromiso como posibles candidatos. Creo que se está inclinando por Neal McClain y por Bill Jungkind. Yo he intentado frenar esos intentos suyos, pero como tú misma has dicho, a mi madre le gusta demasiado hacer de casamentera¼

Riley frunció el ceño. Por mucho cariño que le tuviera a Marjorie, aquello lo estaba sacando de quicio. Había dejado de intentarlo con él, por supuesto y eso era algo de lo cual se sentía muy contento, pero no veía ninguna razón para que siguiera acosando de aquella forma a la pobre Teresa.

—Neal McClain es un buen tipo —comentó Lindsey pensativa—, pero¼ ¿no es un poco mayor para Teresa? Debe de tener cerca de cincuenta años.

—Mi madre dice que le convendría porque es una persona segura, establecida y con posibles. Y además, le gustan los niños.

—Ya es abuelo —musitó Riley—. Su hija mayor acaba de tener su primer hijo. ¿Por qué habría de querer liarse Teresa con un abuelo?

—Bill está más cerca de la edad adecuada —reflexionó Lindsey —. Treinta y tantos. Comparte con su ex esposa la custodia de sus tres hijos, así que Teresa y él estarían rodeados de un montón de niños.

Riley perdió bruscamente el apetito y dejó caer su tenedor en el plato.

—¿Sabéis una cosa? Creo que a Teresa no le gustaría nada que estuvierais hablando de ella así.

—Tienes razón —convino Serena, avergonzada—. Ojalá hubiera podido reunirse con nosotros esta noche, pero les había prometido a los niños que los llevaría a la fiesta del colegio.

Cambiando de tema, Cameron pasó a hablar de la acogida que había tenido en el pueblo la última columna de Riley en el Evening Star. Y los demás aceptaron ese nuevo rumbo de la conversación, para alivio del propio Riley.

Lo único que le faltaba ya era encontrar alguna forma de dejar de pensar en las actividades de Marjorie. Y en sus esfuerzos por lanzar a Teresa a los brazos de alguno de los solteros sin compromiso que había mencionado Serena.

Capítulo 8

Teresa no estaba muy segura de cómo ella y sus hijos habían acabado aquella tarde de domingo en el apartamento de su casero, viendo una carrera de coches en la televisión¼ en compañía de Bud y del propio Riley. Sospechaba que Mark se las había arreglado para hacer que lo invitaran. Y como Maggie no había querido que la excluyeran por segunda vez, también se había hecho invitar. Bud, por su parte, había insistido en que Teresa se uniera a ellos. Lo cual había terminado por hacer, a pesar de su negativa inicial.

Sólo había visto a Bud unas cuantas veces durante los diez días transcurridos desde la noche del atentado contra R. L., pero aun así aquellos encuentros habían sido suficientes para que descubriera los cambios operados en su comportamiento. Parecía más callado, más retraído. Y más envejecido. Podía entender perfectamente por qué Riley estaba tan preocupado por él.

Pero al observar a Bud en aquel preciso instante, sentado como estaba en el sofá entre Mark y Maggie, explicándoles los detalles de la carrera con su lata de soda en la mano, pensó que se parecía mucho más al hombre que había conocido en un principio. Se reía mientras contestaba pacientemente a las numerosas preguntas de Mark y le dejaba a Maggie que apoyara la cabeza en su rodilla cuando ésta se cansaba de ver la televisión.

Desviando la mirada del televisor, Teresa le preguntó a Riley que se hallaba sentado a su lado en su sillón:

—¿Eso es lo que querías hacer tú hace años?

Se refería a los mecánicos de los coches de carreras, que aparecían en la pantalla trabajando afanosamente para ahorrar tiempo a sus respectivos pilotos.

—Es difícil de imaginar, ¿verdad? —rió él.

Teresa observó como uno de los mecánicos cambiaba un neumático en menos de diez segundos.

—A ti te llevó bastante más cambiarme la rueda.

—Ya. Pero lo hice con más elegancia.

—Si tú lo dices¼ —sonrió.

Riley extendió una mano para agarrar su lata de soda y sacudió la cabeza.

—Vacía. Vaya. Ahora tendré que levantarme para ir a buscar otra a la cocina.

—¿Sabes? Creo que fue una suerte para ti que al final no acabaras convirtiéndote en un mecánico de esos.

—Y yo creo que tienes razón —repuso, divertido.

—De todas formas, si no quieres dejar de ver la carrera, puedo ir yo a buscarte esa lata de soda —se ofreció Teresa.

—Gracias, pero prefiero café. Podrías hacerme compañía mientras me lo preparo.

Teresa advirtió enseguida que deseaba hablar con ella y se levantó.

—Claro.

—¿Alguien necesita algo de la cocina? —preguntó Riley.

Bud sonrió mientras miraba a la pequeña, que dormitaba plácidamente sobre su rodilla.

—Creo que Maggie no necesita nada. ¿Y tú, Mark?

—¿Un helado? —propuso el niño, esperanzado.

—Mark¼ —lo amonestó Teresa.

—Pero, mamá, me ha preguntado¼

—Supongo que quedará algo de helado en la nevera —dijo Riley riendo.

—Bud y tú estáis peligrosamente cerca de maleducar a mis hijos a fuerza de mimos —le comentó Teresa tan pronto como se quedaron solos en la cocina.

—No lo dudes. ¿Has visto la cara que tiene Bud esta tarde?

—Sí, lo he estado observando. Parece que está disfrutando a fondo.

—Es la primera vez que lo veo sonreír de verdad desde que R. L. se marchó del pueblo. Bud se ha encariñado mucho con los chicos, Teresa.

—Y ellos también se han encariñado mucho con él. Bud encaja perfectamente en la idea que tienen de lo que debería ser un abuelo.

Después de preparar el café, Riley abrió la nevera y sacó un bote de helado.

—Hoy se lo ha pasado genial. Desde que comenzó la carrera, no creo que haya pensado ni una sola vez en R. L.

—¿No han progresado las investigaciones sobre la autoría del atentado?

—No. No hay ni una sola pista.

—¿Cuándo crees que volverá a casa el señor Hightower?

—No hasta que se sienta a salvo, imagino. Pero no sé cómo podrá sentirse a salvo mientras no haya sido detenido el autor de los disparos. Y tampoco sé cómo se puede capturar a ese tipo mientras alguien no le diga a Dan quién diablos puede tener algo en contra de R. L.

—¿Sigues pensando que tu tío sospecha algo?

—Sí. Pero no creo que comparta esas sospechas con nadie¼ incluido yo. Y he dejado de hacerle preguntas para no irritarlo más.

—Entonces probablemente deberías dejarlo descansar —afirmó Teresa—. Ya te lo dirá cuando esté preparado para hacerlo¼ si es que ese momento llega alguna vez.

—Ya. ¿Crees que Maggie querrá helado?

—Claro que sí. A Mark y a ella les encantan los helados.

—¿Y tú?

—No, gracias.

—¿Seguro? Es de chocolate —añadió para tentarla.

—Bueno, solo una cucharada —aceptó al fin.

—Creo que podríamos tomarlo todos —Riley alineó cinco platos sobre el mostrador y fue sirviendo el helado—. ¿Querrías traerme una bandeja? Está en el armario, a la izquierda del horno.

Teresa encontró la bandeja y se la llevó. A su lado, se dedicó a colocar los platos mientras él los iba llenando. El sabroso aroma del café recién hecho llenaba la cocina y desde allí podía oír a Mark y a Bud charlando en la otra sala.

«*Una escena muy doméstica*», pensó con una punzada de nostalgia. Iba a resultarle muy difícil impedir que sus hijos, Mark sobre todo, se encariñasen demasiado con aquellos dos hombres. Por muy tentador que fuera para ellos tener a Bud como una especie de abuelo adoptivo, necesitaban comprender que en realidad no existía ninguna relación, ni obligación alguna por parte de Bud y de Riley de frecuentar su compañía.

Eso era algo que tendría que recordarse de vez en cuando, pensó Teresa en el instante en que Riley le rozó la mano al ir a entregarle el último plato de helado. Aquel contacto le provocó un delicioso estremecimiento, al igual que la cálida y tierna sonrisa que él le lanzó.

Los O'Neal eran demasiado atractivos. Sobre todo aquel. Sería muy fácil para una mujer desprevenida caer en sus redes.

Sobre todo para una mujer como ella, con una debilidad casi crónica por hombres encantadores¼ e irresponsables.

Maggie amaneció enferma al día siguiente. Tenía un poco de fiebre, náuseas y dolor de cabeza. Como a Teresa la habían advertido de que un virus contagioso estaba haciendo estragos en el colegio, no le resultó difícil diagnosticar la enfermedad. Una conversación telefónica con el doctor que la había estado atendiendo desde que llegó a Edstown confirmó sus sospechas. Le dijo que Maggie debería descansar y tomar mucho líquido mientras durara el proceso de medicación. Según el médico, aquel virus no presentaba ninguna complicación, más allá de la molestia de tener que pasar unos cuantos días en cama.

Una vez tranquilizada al respecto, Teresa empezó a preocuparse por lo que haría con Maggie. Iba a llegar tarde al trabajo. Sabía que

a Marjorie no le importaría que se tomara un día libre para cuidar a su hija enferma, pero aquel en concreto era el de la comida mensual de uno de los clubes del pueblo. Y el asunto se complicaba todavía más porque Shameka se encontraba ausente por un asunto familiar. Probablemente, Marjorie podría recomendarle alguna niñera, al menos para que la sacara del apuro ese día. Conocía a todo el mundo en Edstown, así que por fuerza tendría que saber de alguien.

—Si te sientes lo suficientemente cómoda como para dejar a Maggie al cuidado de alguien mientras está enferma, me gustaría contar con tu ayuda. Ya sabes el trabajo que tenemos —le confesó Marjorie cuando Teresa le telefoneó—. Abundan más las niñeras competentes que las camareras eficaces. Aun así, si crees que deberías quedarte con Maggie, intentaré arreglármelas. Tu hija es lo más importante, desde luego.

—Creo que iré para allá —anunció Teresa al cabo de un momento de vacilación—. ¿Conoces a alguna niñera que esté dispuesta a trabajar sólo por unas horas?

—Creo que sí. Haré unas cuantas llamadas, te enviaré a la niñera y luego me pondré en contacto contigo. Pero de verdad, Terry, quédate en casa si lo prefieres¼

—No, podré trabajar al menos unas cuantas horas, mientras dure la comida del club, si es que puedes recomendarme a alguien para que se quede con Maggie.

—Ahora te llamo —repitió Marjorie y colgó.

Después de hacer una breve llamada al colegio, Teresa pasó el siguiente cuarto de hora preparando a Mark para que se fuera a la escuela y vistiéndose para ir a trabajar. Maggie, mientras tanto, seguía durmiendo. No podía evitar sentirse algo nerviosa ante la perspectiva de dejar a su hija con una desconocida, pero confiaba por entero en Marjorie.

—¿Por qué no puedo quedarme en casa yo también? —inquirió Mark mientras desayunaba.

—Porque tú no estás enfermo. Y además, querías terminar tu cuadro en la clase de arte que tienes hoy ¿recuerdas?

—¡Ah, es verdad! ¿Seguro que la colgarás en la pared?

—Por supuesto. Me muero de ganas de verlo allí.

—Es muy bonita. Soy el mejor artista de la clase.

Distraída por el timbre de la puerta, Teresa decidió que hablaría más tarde con su hijo sobre la necesidad de ser un poco más modesto.

—Lávate los dientes y ponte los zapatos. Voy a ver quién es.

La verdad era que no había esperado encontrar a Riley en el umbral.

—He oído que necesitabas una niñera. O un niñero —declaró,

sonriendo.

—¿Marjorie te llamó?

¡Y pensar que había confiado a ciegas en el buen juicio de Marjorie!

—Sí. Sabía que no me importaría echarle un ojo a Maggie.

—¿Pero no tienes que trabajar?

—Hoy estoy trabajando en casa, escribiendo una columna. No tengo que ir a ninguna parte hasta las tres de esta tarde.

—Pero¼

—No pasa nada, Teresa. Marjorie me dijo que te necesitaba esta mañana en la cafetería y yo le debo unos cuantos favores, así que me llamó. Estaba deseoso de ayudar en algo.

—¿Has cuidado alguna vez a un niño enfermo?

—No —admitió él—. Pero Marjorie me dijo que lo de Maggie no es nada serio. Que sólo tenía un poco de gripe.

—Y es verdad. Es un virus que se ha extendido por el colegio. Pero como se siente mal, está muy gruñona y quejica. Y muy exigente. Me temo que te va a dar bastante trabajo cuando se despierte.

—Podré arreglármelas, Teresa. Anda, vete a trabajar.

Dudó por un momento, no muy convencida de que fuera una buena idea. Todavía encontraba difícil de creer que Marjorie hubiera recurrido a Riley¼ incluso sabiendo que estaba disponible. No se trataba de que no confiara en él para que se hiciera cargo de su hija. Era más bien que le disgustaba deberle favores.

—Sólo estaré fuera unas cuantas horas —aceptó al fin—. Volveré a casa tan pronto como haya terminado la reunión del club. Por cierto, eh¼ ¿no deberías cubrirla tú para el periódico?

—La cubrirá Lindsey. ¿Maggie está durmiendo?

—Sí.

—Bien. Voy a buscar mis notas y mi ordenador portátil y vuelvo ahora mismo.

El teléfono sonó casi en el preciso instante en que Teresa cerraba la puerta. Levantó el auricular sabiendo quién era. No se equivocaba.

—Te he encontrado a alguien —anunció Marjorie.

—Sí, ya lo sé. No puedo creer que hayas llamado a Riley.

—¿Por qué? —inquirió la mujer, toda inocencia—. ¿Te preocupa dejar a Maggie con Riley sólo por unas horas?

—Claro que no. Lo que es pasa es que yo nunca se lo hubiera pedido.

—No se lo has pedido tú, querida, sino yo. Como un favor personal hacia mí.

—No quiero molestarlo, Marjorie. Cuando me mudé a esta casa,

me prometí a mí misma que no le causaría ningún problema.

—¿Qué problema? Me dijo que de todas formas, hoy iba a quedarse en casa trabajando. Echarle un ojo a Maggie no es tanta molestia.

—Aun así¼

—No le importa hacerlo, Terry. Pensé inmediatamente en él cuando me dijiste que necesitabas a alguien para que se hiciera cargo de la niña. Al fin y al cabo, vive en la puerta de al lado y a menudo se queda a trabajar en casa. Era lógico que recurriera a él.

Teresa no lo veía de la misma manera, pero no tenía ningún sentido ponerse a discutir con Marjorie. Después de todo, su jefa sólo había intentado ayudarla. Prometiéndose que saldría para el trabajo tan pronto como dejara a Mark en el colegio, colgó y subió a la habitación de su hija.

Maggie seguía tumbada en la cama, con la carita enrojecida. Poniéndole una mano en el hombro, Teresa se inclinó y susurró:

—Maggie¼ Necesito que te despiertes un momento.

Parpadeando, la niña miró a su madre.

—¿Mami?

—Tengo que ausentarme durante un rato. Pero Riley se quedará contigo hasta que yo vuelva.

La primera reacción de Maggie fue de protesta ante la perspectiva de que se marchara. Pero al oír el nombre de Riley cambió inmediatamente de actitud.

—¿Riley se quedará conmigo?

—Sí. Por un rato. ¿Te parece bien?

—Me gusta Riley.

—Ya lo sé. Él te cuidará bien y yo regresaré pronto. Tiene el número de teléfono de la cafetería, así que me llamará si me necesitas y quieres que venga a casa, ¿de acuerdo?

—¿Cuándo vendrá?

—Ahora mismo. Yo me iré en seguida.

—Bien —Maggie se arrebujó bajo el edredón, soñolienta—. Adiós, mami.

Preocupada, Teresa se apartó de la cama. Se alegraba, por supuesto, de que Maggie hubiera aceptado tan bien aquella situación. Pero en el fondo, le habría gustado que hubiera ofrecido algo más de resistencia¼

Mark, en cambio, no estaba tan contento.

—¿Maggie se va a quedar con Riley? ¡No es justo!

Con el bolso ya en la mano, Teresa había hecho pasar a Riley. En respuesta al exabrupto del niño, Riley le había acariciado cariñosamente el pelo.

—Sólo me quedaré un rato con tu hermana porque está enferma.

No vamos a hacer nada divertido sin ti.

—Yo podría quedarme en casa para ayudarte a cuidar a Maggie.

—Gracias, amiguito, pero podré arreglármelas solo. No me gustaría que echaras de menos a tus compañeros del colegio para quedarte aquí sentado viéndome a mí trabajar y a tu hermana dormir.

Teresa podía ver que Mark seguía sin estar del todo convencido, pero ya no tenía tiempo para discutir. Eran casi las ocho menos cuarto y se suponía que su hijo tenía que estar en el colegio a las ocho. La comida del club estaba programada entre once y media y doce menos cuarto, lo que significaba que podría estar de regreso en casa a la una y media como muy tarde.

—Sube al coche, Mark —le dijo con tono perentorio—. Riley, Maggie necesita tomar mucho líquido: encontrarás zumos en la nevera. También hay refrescos si no quiere tomar nada sólido. El número de la cafetería es¼

—Lo sé perfectamente —la interrumpió Riley—. Será mejor que te vayas si no quieres que Mark llegue tarde al colegio. No te preocupes por Maggie.

—¿Me llamarás si se empeña en que venga?

—Te llamaré. Anda, vete ya.

Todavía dudó un momento antes de dirigirse hacia la puerta. Se prometió que se marcharía de la cafetería tan pronto como Marjorie pudiera arreglarse sin ella. Y se aseguraría en lo sucesivo, de no volver a pedirle ningún otro favor a Riley.

Por su experiencia con Maggie, Riley llegó a la conclusión de que cuidar de un niño enfermo era la tarea más fácil del mundo. Hacía más de una hora y media que Teresa se había marchado y todavía no había tenido ningún problema.

Se había instalado con su ordenador en la mesa del salón, con las notas a un lado y su lata de soda al otro. Había entrado a ver a Maggie varias veces y le había dado a beber un poco de zumo. Sin querer levantarse en ninguna ocasión, la niña había seguido durmiendo. Y pensar que al principio había temido no poder estar a la altura de las circunstancias¼

Cuando aquella mañana la llamada de Marjorie lo había despertado a una hora ridículamente temprana, lo primero que pensó Riley fue que había perdido el juicio.

—¿Me estás pidiendo que haga de niñero de una niña enferma?

—Sólo por un rato —había replicado Marjorie, con tono desenfadado—. Hoy necesito a Teresa en la cafetería a toda costa. Detesto tener que separarla de Maggie aunque sólo sea por unas horas, pero la verdad es que no sé cómo podría arreglármelas hoy sin ella. El club Rotario celebra su comida anual y ya sabes cómo

son estas cosas. Estaremos hasta arriba de trabajo.

—¿Entonces por qué no me pides que vaya a ayudarte?

—Lo siento, cariño, pero no quiero exponerme a que le tires encima el café a uno de los notables de la ciudad. Lo único que te pido es que le eches un ojo a Maggie durante unas pocas horas. Y sólo por esta vez.

—¿Sabe Teresa que me has llamado?

—Sabe que estoy llamando a alguien —había respondido Marjorie.

—Ya, pero no a mí. Y no le va a gustar nada.

—Seguro que convendrá conmigo en que es una idea fantástica. Maggie te conoce y confía en ti y Teresa lo mismo. Y además vives al lado, así que no hay ningún problema.

Por muy testarudo que fuera Riley siempre le había resultado especialmente difícil negarse a una petición de Marjorie¼ como a todo el mundo en Edstown. Se había mantenido firme ante a sus intentos de emparejarlo con alguna mujer, pero aquello era diferente. Sin embargo, se daba cuenta de que no había sido para tanto. Tampoco quería convertirlo en una práctica regular, por supuesto, pero le satisfacía mucho comprobar que era capaz de cuidar a un niño enfermo sin mayores problemas.

Aquella autocomplaciente reflexión fue interrumpida por una llamada procedente del piso de arriba. De Maggie.

—Riley¼

—Voy enseguida —le dijo.

Probablemente querría beber algo. O quizá incluso comer. Podría arreglárselas. No era tan grave. Pero nada más llegar al umbral, percibió el olor. Maggie estaba sentada en la cama, con el rostro muy colorado y la ropa desarreglada.

—He vomitado —lo informó antes de echarse a llorar.

Riley sintió una punzada de ansiedad en el estómago, pero se obligó a reaccionar.

Quizá, después de todo, cuidar a un niño no era tan fácil como había pensado en un principio.

Capítulo 9

Era exactamente la una y media cuando regresó a casa aquella tarde. Se había escapado de la cafetería lo antes que había podido. Y había llamado a casa dos veces para saber cómo estaba Maggie. En las dos ocasiones, Riley le había asegurado que se encontraba bien.

Pero algo en su voz durante la segunda llamada le había parecido extraño, diferente. Había sido aquella diferencia lo que la había impulsado a volver rápidamente, casi a la carrera.

Riley estaba sentado en un sillón de la sala con Maggie acurrucada en su regazo, envuelta en una manta. Con expresión algo nerviosa, enseguida se llevó un dedo a los labios.

—No la despiertes —le dijo en un susurro—. Acaba de quedarse dormida.

Teresa atravesó rápidamente el salón y se acercó a su hija. Estaba muy pálida, a excepción de las mejillas, levemente enrojecidas.

Tenía el pelo algo húmedo, probablemente a causa de la fiebre. Llevaba un pijama distinto del que tenía puesto cuando ella se marchó.

En cuanto a Riley, su aspecto no era mucho mejor. Estaba despeinado y tenía unas profundas ojeras.

—Ha sido peor de lo que me dijiste por teléfono, ¿verdad?

—Digamos que hemos tenido unos cuantos momentos¼ interesantes —esbozó una mueca—. No ha podido retener el zumo. ¡Ah! Y se te ha acabado el ambientador. He terminado el último que tenías.

—Riley, lo siento. No tenía náuseas cuando me marché esta mañana. No me imaginaba que iba a ponerse peor¼ No me hubiera marchado.

—Llamé al médico la segunda vez que vomitó, estaba un poco preocupado por ella. El doctor Frank me dijo que las náuseas son normales en esta gripe. Me recomendó también que la mantuviera bien hidratada con líquidos y me aseguró que al cabo de unas horas se pondría mejor. Añadió que si empeoraba, deberías llevarla a urgencias, pero que dudaba que eso sucediera.

Arrodillada frente al sillón, Teresa acarició la frente de Maggie, húmeda de sudor. Sintió una fuerte punzada de culpa.

—No estaba tan mal cuando la dejé esta mañana. No debería haberme ido¼

—No te culpes más por eso —murmuró Riley—. No lo ha pasado

tan mal. Lo malo es el desastre del piso de arriba. Intenté limpiarlo, pero no quería separarme de Maggie hasta que se quedara dormida¼

—Yo lo limpiaré. Te agradezco enormemente lo que has hecho hoy Riley. Te lo debo.

Antes de que él pudiera contestar, Maggie se desperezó y abrió los ojos.

—¿Mami?

—Estoy aquí, corazón.

—He vomitado.

—Ya lo sé. Siento no haber estado aquí para cuidarte.

—Me ha cuidado Riley —dijo al tiempo que daba un largo bostezo—. Es muy bueno, pero a veces se pone nervioso.

En otras circunstancias, Teresa se habría sonreído al oír eso. Riley sí que lo hizo.

—Tienes toda la razón —repuso con tono divertido antes de besarle tiernamente la cabecita.

—Bueno, ya me encargo —extendió los brazos para tomar a su hija—. Sé que tienes cosas que hacer y no quiero quitarte más tiempo del que ya has perdido.

No discutió con ella. Le entregó cuidadosamente a Maggie antes de levantarse.

—Avísame si necesitas cualquier cosa, ¿de acuerdo?

Sentada en el sillón con la niña en el regazo, Teresa sonrió.

—Descuida, estaremos bien. Tú ya has hecho suficiente.

—Ha sido muy¼ interesante —comentó Riley mientras recogía sus cosas. Se marchó cerrando la puerta a su espalda.

«*Pobre Riley¼*». Nunca había imaginado que podría llegar a pensar eso, pero no pudo evitarlo al recordar el aspecto que tenía cuando ella entró en casa. Agotado, exhausto.

Aquella experiencia tenía que haber sido terrible para un soltero poco habituado a los niños. Sobre todo a niños enfermos. Se había preocupado tanto que había llamado al médico. Pero entonces, ¿por qué no le había dicho nada cuando lo llamó por teléfono?

Por orgullo masculino. No había querido admitir su incapacidad para desenvolverse en aquella situación.

Cada vez que empezaba a flirtear con ella, como lo había hecho la tarde anterior en la cocina de su casa, sucedía algo. De modo que no podía imaginar que quisiera profundizar la relación que los unía, sabiendo ya todo lo que conllevaba. Y especialmente después de lo que había sucedido esa mañana.

Mark empezó a sufrir los síntomas del virus durante la noche y Teresa se despertó. Afortunadamente, Shameka había vuelto a trabajar y no había más reuniones especiales en la cafetería, de

modo que Marjorie pudo asegurarle que serían capaces de arreglarse sin ella durante unos días.

—Tú cuida de tus hijos —había añadido con su habitual tono de ternura.

Teresa tuvo un martes muy ocupado, pues ambos niños reclamaban su atención, pero se alegró enormemente de poder quedarse en casa para estar con ellos. Necesitaban a su madre¼ y ella necesitaba cuidarlos y alimentarlos durante su enfermedad.

Aquella tarde Riley la llamó para preguntar por los niños y Teresa le aseguró que se encontraba bien y que no necesitaba ayuda. Se quedó en casa todo el día, así que no llegó a verlo.

El miércoles Maggie se sintió ya mucho mejor, pero Mark seguía cansado y soñoliento. Ese día Teresa volvió a quedarse en casa con el permiso de Marjorie. No tuvo noticias de Riley aunque sabía que estaba en casa porque su coche continuaba aparcado frente a la entrada.

Los niños eran capaces ya de tomar y retener una comida ligera, así que aquella tarde les preparó una sabrosa sopa de pollo. Recordaba vagamente que su madre siempre le hacía esa sopa cuando se ponía enferma. Aquel antiguo recuerdo le provocó una punzada de nostalgia.

Dejándose llevar por un impulso, llenó un cuenco de sopa y lo cubrió con una tapa. Luego lo llevó con cuidado al salón, donde sus hijos estaban tumbados sobre mantas extendidas en el suelo, bien arropados, viendo un vídeo.

—Voy a llevarle esta sopa a Riley —les dijo—. Vosotros quedaos aquí hasta que vuelva, ¿me habéis oído?

—Sí, mamá —respondió Mark sin apartar la mirada del televisor.

—Muy bien, mamá —dijo Maggie, tan absorta en los dibujos animados como su hermano.

Riley tardó tanto en abrir que Teresa llegó a pensar que no estaba en casa.

—¡Ay, no! —exclamó nada más verlo—. Tú también estás enfermo.

—¿Cómo lo has adivinado? —estaba casi tan pálido como la camiseta blanca que llevaba.

—¿Te ha visto algún médico?

—No hay necesidad. Sé lo que tengo que hacer —se tambaleó levemente mientras hablaba.

—Necesitas tumbarte, o al menos sentarte, antes de que te caigas al suelo¼

Lo acompañó de vuelta al salón, observando preocupada que tenía dificultades para caminar. Riley se dejó caer pesadamente en

el sofá.

—Te he traído un poco de sopa —señaló el recipiente que llevaba en la mano, pero al advertir su expresión, se apresuró a añadir—: Te la guardaré en la nevera. Ya te la calentarás cuando estés en condiciones de comer algo.

—Creo que podría pasar mucho tiempo hasta entonces —se llevó una mano al estómago.

—Ahora mismo vuelvo.

Su habitualmente impoluta cocina estaba llena a rebosar de vasos sucios, pañuelos de papel usados y latas de soda vacías. Dejó la sopa en la nevera y volvió enseguida con un vaso de agua. Sentándose a su lado, se lo acercó a los labios.

—Toma, bébete esto. Tienes que estar bien hidratado.

—Ahora mismo no tengo sed.

—Bébetelo de todas formas. Tienes que tomar mucho líquido hasta que seas capaz de comer algo.

Riley suspiró, pero tomó un par de tragos de agua antes de dejar el vaso sobre la mesa.

—¿Y los niños?

—Están viendo un vídeo. Tengo que volver con ellos. ¿Puedo hacer algo por ti antes de irme?

—No, nada. Estoy bien, de verdad.

Casi sin ser consciente de ello, Teresa extendió una mano para tocarle la cara. Estaba demasiado caliente.

—Pues a mí no me lo parece.

Riley agarró su mano, se la llevó a la mejilla por un instante y se la apretó ligeramente antes de soltarla. Fue un gesto absolutamente natural, pero tan dulce que no pudo conmoverla más. «*Este hombre es peligroso incluso cuando está enfermo*», no pudo evitar pensar mientras se levantaba apresuradamente.

—¿Quieres que llame a alguien? ¿A tu tío?

—No. Esta gripe es demasiado contagiosa.

—Entonces¼ ¿me llamarás si necesitas algo? Prométeme que lo harás.

—Te llamaré si necesito algo. Eh¼ ¿Cómo es que tú no estás enferma?

—¿No sabes que las madres nunca se ponen enfermas? —sonrió—. No tenemos tiempo para eso.

—Ya, claro. Esa debe ser la explicación. Vete a casa con tus hijos, Teresa. Te necesitan.

Quizá se debiera a su instinto maternal, pero no le gustaba dejarlo solo, tan enfermo como estaba. Mientras salía sigilosamente de su apartamento, se preguntó si Riley O'Neal necesitaría realmente a alguien¼ y si sería capaz de admitirlo, llegado el caso.

Con la sorprendente resistencia de la infancia, Mark y Maggie se recuperaron rápidamente de su enfermedad. Para el jueves, Maggie ya estaba de regreso en el colegio y Mark volvió al día siguiente. Teresa también se reincorporó a su trabajo. Sabía que Riley también se sentía mejor, porque había pasado a verlo varias veces durante el último par de días.

Se alegraba enormemente de no haberse puesto también enferma. A pesar de las precauciones que había tomado y de lo que le había dicho a Riley sí que había tenido miedo de contagiarse. Aparentemente, aquella vez, la suerte había estado de su lado.

El viernes hubo mucho ajetreo en la cafetería. Por muy cansado y estresante que fuera en ocasiones, Teresa disfrutaba con su trabajo. Le gustaba atender a los clientes, preguntarles por sus cosas, escuchar las conversaciones que circulaban fluidamente de una mesa a otra.

Le propuso a Marjorie trabajar el sábado para recuperar los días perdidos, pero esta le dijo que no era necesario. Como aquella semana había pasado varios días en casa ya tenía hecho todo el trabajo doméstico que se reservaba para los sábados. Así que aquella mañana se despertó con sus dos hijos rebosantes de salud y actividad y un día entero libre por delante.

—¿Qué vamos a hacer hoy mamá? —le preguntó Mark después de desayunar.

—Podríamos salir de compras. Los dos necesitáis algo de ropa.

—Yo necesito unos tejanos nuevos. Los que tengo se me están quedando cortos.

—Sí, ya lo he notado —repuso Teresa, consciente de que su hijo estaba creciendo a toda prisa.

—¿Me podrías comprar un suéter rojo, mami? —le pidió Maggie —. Vanessa tiene un suéter rojo con cremallera y yo quiero uno igual.

—Ya veremos si podemos encontrar uno que te guste.

Afortunadamente sus hijos no padecían la manía de las marcas. Eso era algo que de momento no les importaba y Teresa estaba decidida a que siguiera siendo así.

—Venga, moveos —sonrió—. Saldremos en cuanto estéis vestidos.

Corrieron escaleras arriba. Mientras ordenaba la cocina, Teresa reflexionó sobre lo fácil que era hacer felices a sus hijos. En realidad era una madre muy afortunada.

Sonó el teléfono cuando estaba terminando de limpiar.

—¿Diga?

—Hola, soy Riley. ¿Cómo está todo el mundo hoy?

El simple sonido de su voz hizo que los dedos de Teresa se

tensaran sobre el auricular. Tuvo que hacer un deliberado esfuerzo para responder con un tono ligero y desenfadado:

—Aquí todo ha vuelto a la normalidad. ¿Y tú?

—Algunos dirían que yo nunca he sido normal. Pero estoy cerca, en todo caso.

—Supongo que eso es bueno.

—Ya. Oye¼ bueno, el motivo de mi llamada es¼ En fin, esta noche la Cámara de Comercio celebra una cena para homenajear al ciudadano del año de Edstown. La comida será insulsa, el programa aburrido y todo el mundo estará tenso y estirado. De modo que¼ ¿querrás acompañarme?

Teresa frunció el ceño, intentando descifrar lo que acababa de oír.

—¿Estás vendiendo entradas?

—No —repuso, riendo—, no estoy vendiendo entradas. Tengo entradas. Dos. Pensé que quizá te gustaría usar la segunda.

Aunque estaba hablando con naturalidad, su tono resultaba altamente sospechoso. Como si le estuviera pidiendo que saliera con él. Pero no, tenía que estar equivocada.

—Mmm¼

—Bueno, de hecho, la idea ha sido de Bud —añadió Riley—. Yo le dije que se suponía que tenía que asistir a esa cena y él me sugirió que tal vez a ti te gustaría ir también, sobre todo después de haberte pasado media semana encerrada en casa cuidando a los niños. Incluso se ofreció a ir a tu casa con una pizza y un par de vídeos para hacer de niñero durante la velada¼

—Riley, yo¼

Teresa no sabía qué decir.

—No es realmente una cita, si es eso lo que te preocupa —la interrumpió—. Seremos simplemente un par de amigos asistiendo juntos a un acto social. Y de paso le haríamos un favor a Bud. Ya sabes que le encantaría pasar unas horas con tus hijos en vez de quedarse solo en su caravana.

Teresa se dijo que aquello sí era un golpe bajo. Absolutamente desvergonzado.

—Bueno, yo¼

—Ya sé que es muy precipitado. Para serte sincero, durante toda esta semana me sentía tan mal que no estaba seguro de poder ir a este acto. Por eso no te avisé antes. De todas formas, si tienes otros planes o simplemente no quieres ir, no hay problema, lo comprenderé.

Quizá se sintiera culpable de que Riley se hubiera contagiado por haber estado cuidando a Mark y Maggie. O quizá fuera por compasión hacia Bud. O tal vez por la sensación que tenía de que

habían pasado siglos desde la última vez que había podido salir a disfrutar de una velada sin sus hijos. Fuera por lo que fuera, terminó aceptando.

—De acuerdo. Iré.

—Estupendo. El acto empieza a las siete, así que¼ ¿podríamos salir a eso de las seis y media?

—Bien. Estaré lista para esa hora.

—Llamaré a Bud.

—De acuerdo. Entonces¼ hasta luego —nada más colgar el teléfono, se golpeó la frente con la palma de la mano.

¿Qué estaba haciendo? Después de todas las promesas que se había hecho de no enredarse con Riley, de conservar su relación en los términos de una estricta amistad¼ y al final iba a salir a cenar con él.

Se sintió tentada de llamarlo para decirle que había cambiado de idea. Pero eso sería algo terriblemente grosero y probablemente a esas alturas ya habría avisado a Bud. Cuando levantó de nuevo el teléfono, fue el número de Serena el que marcó.

—Soy Teresa —dijo al oír la voz de su amiga—. Dime, ¿vas a asistir esta noche a la cena de la Cámara de Comercio?

—Sí. Voy todos los años.

—Bueno, entonces podrás decirme qué diablos tengo que ponerme.

—¿Vas a ir?

—Eso parece —suspiró—. Con Riley. Pensó que me gustaría asistir.

—Entiendo.

—Sólo he aceptado como un favor hacia Riley para que no tenga que ir solo —se sintió obligada a dar explicaciones al detectar el tono suspicaz de su amiga—. Después de todo, se lo debo, por las molestias que le ha causado cuidar a Maggie mientras yo estaba trabajando.

—Eres muy amable¼

Definitivamente Serena sospechaba de ella. Daba la impresión de que estuviera sonriendo al otro lado de la línea.

—Bueno, ¿qué es lo que tengo que llevar?

—Allí verás de todo, desde lentejuelas hasta vestidos de domingo. Muchas mujeres ven ese acontecimiento como una oportunidad para vestirse por todo lo alto. Yo llevaré un traje de chaqueta y pantalón, de terciopelo negro. Cameron un traje oscuro, formal, con corbata. Riley¼ bueno, nadie sabe lo que llevará. Es imprevisible y no se caracteriza precisamente por su formalidad.

Teresa no pudo evitar sonreírse. Rara vez lo había visto vistiendo otra cosa que no fueran jerséis y vaqueros.

—De acuerdo, con lo que me has dicho me hago una idea. Ya encontraré algo.

—¿Quién se quedará con los niños?

—Bud se ha ofrecido voluntario. Todavía no se lo he contado a ellos, pero les encantará la idea. Están muy encariñados con Bud.

—Tengo entendido que el afecto es recíproco. Riley me dijo que Bud está loco por ellos.

—Seguro que los cuidará muy bien.

—Pues claro —afirmó Serena—. Bud es maravilloso con los niños. Para Riley fue como un segundo padre. Será un estupendo niñero.

Minutos después Teresa se despidió de su amiga, esperando volver a verla en la cena de aquella noche. Cuando fue hacia la puerta, sus hijos ya la estaban esperando en el umbral, preparados para salir.

—Ya estamos listos, mamá —anunció Mark.

—Muy bien. Vamos. Creo que yo también aprovecharé para comprarme algo¼

Riley le había pedido a Teresa que lo acompañara a la cena de la Cámara de Comercio de manera impulsiva. Y no porque hubiera sido, como le había dicho por teléfono, una idea concebida enteramente por Bud. La noche anterior había cenado con él en su restaurante favorito y el asunto había surgido en la conversación. Riley le había mencionado que tenía un par de entradas y Bud le había preguntado a quién pensaba llevar. El propio Riley había pensado en invitar a Teresa antes de que su tío le sugiriera que lo hiciera.

—Dudo que acepte —le había dicho.

—¿Por qué no habría de aceptar? —había replicado Bud, sacudiendo la cabeza—. Probablemente le encantará disfrutar de una agradable velada sin sus hijos. Y además yo haré de niñero. Todo arreglado.

Riley estaba casi convencido de que ella rechazaría su oferta. Por eso se sorprendió tanto cuando aceptó.

«*No es una cita*», se recordó mientras abría su armario aquella tarde. Como disponía de una entrada de más, simplemente había pensado que a Teresa le gustaría la idea de asistir a aquella cena. No tenía muchas oportunidades de salir sin sus hijos.

Y realmente había estado casi convencido de que se negaría.

Mientras colocaba sobre la cama la ropa que había elegido, repasó mentalmente la conversación telefónica que había mantenido con ella. ¿Le había dejado claro que sólo le había pedido que lo acompañara como amigo? ¿Acaso le había dejado algo claro? Por alguna extraña razón, se había puesto a balbucear y a

tartamudear como un adolescente solicitando su primera cita. Y una vez más tuvo que recordarse que no se trataba de ninguna cita.

Ninguno de los dos quería ese tipo de compromiso. No se trataba de que no se sintiera atraído por Teresa. En realidad, era justamente lo contrario. Si las cosas hubieran sido distintas, habría dedicado todos sus esfuerzos a seducirla, como de hecho lo había intentado antes de enterarse de que tenía dos hijos.

Las cosas habían cambiado desde entonces. Se había aferrado a su firme regla de no relacionarse con mujeres con hijos¼ o al menos esa había sido su intención. No podía haber previsto que Teresa acabaría convirtiéndose en su inquilina. O que su tío llegaría prácticamente a adoptar a los niños. O que él mismo terminaría haciendo también de niñero, una penosa experiencia de la que todavía no se había recuperado completamente. Y a pesar de todo, allí estaba, disponiéndose a pasar una velada en compañía de Teresa.

No era una cita, se repitió mientras se ponía la camisa. Quizá Teresa tuviera eso muy claro, pero al parecer él sentía la necesidad de recordárselo a sí mismo continuamente¼ por alguna razón.

Capítulo 10

Fue Bud quien abrió la puerta cuando Riley llamó al apartamento de Teresa a la hora señalada. Después de mirarlo de arriba abajo, alzó sus espesas cejas con expresión de asombro.

—¡Estás fantástico!

—No me fastidies, Bud —Riley pasó al salón, donde fue recibido con verdadero entusiasmo por los hijos de Teresa.

—Hola, Riley —Maggie se le colgó literalmente de un brazo—. Estás muy guapo.

—Gracias, Mags. Tú también. Me gusta ese suéter rojo que llevas.

—Es nuevo.

—Hola, Riley —lo saludó Mark—. El tío Bud nos ha traído pizza y vídeos.

—Dejadme adivinar¼ La pizza de pepperoni y los vídeos de Jerry Lewis.

—Así es —asintió Bud—. Los niños de hoy ya no ven cosas realmente divertidas. Hoy he traído películas cómicas de verdad, para ver en familia.

—No puedo menos que felicitarte a ti también —repuso Riley sonriendo.

—Gracias. Y he reservado las de la pareja Lewis y Martin para futuras sesiones.

Riley no pudo evitar reflexionar sobre lo confiado que parecía Bud en que volvería a pasar ese tipo de tardes «*familiares*» con Mark y Maggie.

En aquel preciso instante entró Teresa y él tuvo que hacer un esfuerzo para no quedarse mirándola embobado. Hasta ese momento, sólo la había visto vestida con el uniforme de trabajo y con la ropa que solía llevar habitualmente: jerséis, camisas amplias, tejanos¼ Pero en esa ocasión era distinto. Parecía realmente una princesa.

Lucía una chaqueta azul ajustada con un acusado escote y una falda del mismo color que resaltaba sus largas y bien torneadas piernas. Se había recogido la melena rubia en un elegante moño de estilo antiguo.

—¡Guau! —exclamó.

Maggie se echó a reír.

—Te ha dicho que estás preciosa, mami.

—Tú también estás muy bien —le dijo Teresa a Riley en un murmullo—. No sabía que tuvieras corbata¼

—De hecho, tengo varias. Lo que pasa es que no me las pongo muy a menudo.

—Casi nunca —terció Bud.

Riley vestía un traje negro, de corte clásico, con camisa gris pálido y corbata granate. No se oponía a vestir bien ocasionalmente¼ Lo que no le gustaba era que se lo dijeran cuando lo hacía.

—Y ahora que nos hemos admirado mutuamente¼ ¿podemos irnos ya?

—Sí, estoy lista. Mark y Maggie, quiero que os portéis bien con Bud, ¿habéis oído?

—Sí, mami —contestaron al unísono.

—Estaremos muy bien los tres juntos —le aseguró Bud—. Y ahora idos de una vez y que paséis una buena velada. Aunque no sé cómo vais a divertiros tratándose de una de esas aburridas cenas de la Cámara de Comercio.

—Es verdad —Riley lanzó una nostálgica mirada a las pizzas y los vídeos—. Quizá deberíamos saltarnos la cena y quedarnos aquí¼

—¿Y desperdiciar una ropa tan bonita? De eso nada —Bud fue prácticamente empujándolos hasta la puerta—. Vamos. A disfrutar.

—Creo que quería que nos marcháramos —le comentó Teresa a Riley una vez que estuvieron fuera, con la puerta cerrada a sus espaldas.

Riley se echó a reír.

—Y yo me temo que tenías tantas ganas de saborear esas pizzas y de ver esas películas como tus hijos. Si no más¼

—Es el niñero más entusiasta que he conocido.

—¿Sabes? —dejó de sonreír—. Lo de quedarse con tus hijos le ha llenado de alegría. Y eso es algo que no había sucedido desde que R. L. se marchó del pueblo.

—Espero que Mark y Maggie no le den muchos problemas.

Riley sonrió de nuevo mientras le abría la puerta del coche.

—Un día pídele que te cuente lo de aquella vez que se quedó conmigo cuando mis padres estaban fuera y me metí una canica dentro de la nariz. Tuvo que llevarme a toda prisa al doctor Frank para que me la extrajera.

—El doctor Frank lleva bastantes años atendiendo a la gente de este pueblo, ¿verdad?

—Fue el médico que me trajo al mundo —la informó Riley mientras se disponía a sentarse al volante.

Nada más poner en marcha el motor se encendió al aparato de música del deportivo, con una estridente melodía de heavy metal. Riley vio que Teresa esbozaba una mueca de desagrado y se

apresuró a apagarla.
—Lo siento —dijo—. Normalmente viajo solo en el coche.
—¿No temes por tus oídos?
—Bueno, de vez en cuando me gusta escuchar la música, sobre todo este tipo de música, a todo volumen.
—Entiendo.
Mientras se dirigían al club de campo donde iba a celebrarse la cena, Riley le preguntó con tono ligero:
—¿No te pasa a ti lo mismo?
—No tengo muchas oportunidades de oír música a todo volumen.
—Demasiado ocupada con los niños, supongo.
—Sí. La verdad es que mis hijos ocupan una gran parte de mi vida.
—Mi caso es diferente —Riley sacudió la cabeza—. ¿Sabes? Una vez tuve una planta en casa, pero se me murió por falta de cuidados. No mucho después de aquello me ofrecieron un cachorro de perro¼ pero tuve miedo de aceptarlo. No sabía si podría hacerme cargo realmente de él.
Teresa se echó a reír, como Riley había esperado que hiciera, pero fue una carcajada muy corta. Le resultaba difícil identificarse o incluso comprender el tipo de vida que él había elegido vivir, responsabilizarse únicamente de sí mismo. En todo caso, tampoco había albergado ninguna ilusión al respecto. Desde el principio había sido consciente de lo diferentes que eran. Siguió un breve silencio que Teresa rompió al preguntarle:
—Por cierto, ¿quién es el ciudadano del año de Edstown?
—¿No te lo había dicho? El doctor Frank.
—¿El médico que asistió a tu madre en el parto y que no ha dejado de cuidarte desde entonces? No me extraña que quisieras asistir a la cena.
—Sí. Es un gran tipo. ¿No lo conoces?
—Aún no he podido apreciar su talento profesional. Ha estado unas cuantas veces en la cafetería. Al principio le llamaba doctor Purtle, pero en seguida me dijo que aquí todos le llamaban doctor Frank.
—Eso es porque su hermano mayor también solía ejercer aquí. Dos doctores Purtle inducían a confusión, así que pronto la gente empezó a llamarlos doctor Fred y doctor Frank.
—¿El doctor Fred está jubilado?
—Murió hace unos años. Era diez o doce años mayor que su hermano.
El club de campo apareció a la vista y se situaron a la cola de una fila de coches que esperaban su turno para aparcar.

—Parece que ha venido mucha gente —comentó Teresa, algo nerviosa.

—Sí. Probablemente conozcas a la mayor parte, de haberlos visto en la cafetería. Casi todo el mundo en Edstown ha desayunado o comido alguna vez en el Café Rainbow.

—Sí, pero es un poco diferente atenderlos allí que cenar con ellos.

—Nos lo pasaremos bien —le aseguró Riley y enseguida se sintió impulsado a añadir—: Bueno, tanto como es posible en este tipo de actos, claro.

—¿No crees que algunas personas encontrarán extraño que¼ que nos presentemos aquí juntos?

—Teresa, la gente de este pueblo encuentra extraño casi todo lo que hago. ¿Es que todavía no te has dado cuenta?

—Ya sabes lo que quiero decir¼ —replicó ella, arrugando la nariz.

Riley aparcó el coche, apagó el motor y se volvió para mirarla.

—Creo que pensarán simplemente que he traído a mi amiga y vecina, una recién llegada a nuestro pueblo, para que conozca y trate a los miembros más destacados de nuestra comunidad.

Vio que Teresa inspiraba profundamente, quizá para darse ánimos. Habría apostado cualquier cosa a que no era consciente del efecto que tuvo aquella honda inspiración en el pronunciado escote de su chaqueta. Desviando la mirada antes de que pudiera descubrir que la tenía clavada en la blanca y aterciopelada piel de sus senos, se estiró para abrirle la puerta. Y se recordó que los amigos no se quedaban absortos contemplando los bustos de sus amigas.

Volvió a advertir signos de nerviosismo en ella mientras se aproximaban a la entrada. Tomándola del brazo, le preguntó:

—¿Preparada para montar un escándalo?

—No hagas nada que pueda avergonzarme —le ordenó entre dientes al tiempo que forzaba una sonrisa.

—Nunca he podido resistirme a un desafío.

—Riley¼

Riendo, se perdió con ella entre los invitados. Quizá después de todo, aquella velada no se presentara tan aburrida como había creído en un principio¼

Aunque no lo esperaba, Teresa terminó disfrutando de la cena. Los invitados, a la mayoría de los cuales conocía de la cafetería, se mostraron extremadamente amables y simpáticos con ella. La comida no era mala, al menos no tan insulsa como había predicho Riley. Se divirtió con las graciosas anécdotas que los locutores contaron sobre el popular doctor Frank. El coro del instituto cantó durante la cena y lo hizo estupendamente bien. Riley por su parte,

desplegó todo su encanto. Hizo reír a sus compañeros de mesa, Teresa incluida, con cómicas e irónicas observaciones sobre todo lo que iba sucediendo en el acto.

Aparentemente nadie se sorprendió demasiado de verlos juntos. Tal vez Riley tuviera razón, quizá todo el mundo pensaba que habían ido allí como los amigos y vecinos que eran. Conociéndolo como lo conocían, probablemente eran muy conscientes de que ella no pertenecía al tipo de mujeres con el que él solía relacionarse sentimentalmente. Teresa era una mujer con demasiadas responsabilidades, algo que Riley solía evitar casi por sistema. Porque¼ ¿acaso no había evitado incluso hacerse cargo de un cachorro? A menudo tenía que recordarse aquel fundamental rasgo de su carácter. Era como si su atractivo rostro y su sonrisa seductora la privaran periódicamente de todo pensamiento racional.

La única persona de toda la cena que parecía mirarlos con particular interés, especulativamente, era Marjorie Schaffer. Marjorie, que con muy escasa sutileza había intentado enredarla con la mayoría de los hombres solteros del pueblo, a pesar de las repetidas protestas de la propia Teresa. Pero era imposible que se hubiera planteado juntarla con él. Ni siquiera a una inveterada y compulsiva casamentera como ella se le habría podido ocurrir algo semejante.

En aquel instante, Riley y ella se encontraban en el elegante salón del club de campo, charlando con Marjorie, Serena y Cameron, cuando se vieron abordados por un matrimonio mayor al que Teresa solo había visto una vez antes, cuando estuvieron comiendo en la cafetería. No le pasó desapercibida la fría expresión que asomó a los ojos de Marjorie y tampoco le extrañó. Beatrice Herter era una de las clientes más difíciles y exigentes que había encontrado Teresa en la cafetería.

—Bueno, Riley¼ —le dijo con tono seco, nada más verlo— parece que has vuelto a darnos problemas con esa columna tuya que tienes en el periódico¼ No me gustó nada esa broma de mal gusto que hiciste sobre mi hotel.

—Lo siento, Beatrice —replicó Riley—, ¿pero cómo puedo evitarlo si todos me dais tantos motivos para ello?

Indignada, la mujer se volvió hacia Cameron:

—¿Es que tú, como director del periódico, no tienes ningún control sobre este hombre?

—La verdad es que es muy difícil de controlar —replicó, disimulando sin mucho éxito una sonrisa.

—Beatrice, Charles¼ —se apresuró a intervenir Marjorie—, ya conocéis a nuestra amiga Teresa Scott, ¿verdad?

Beatrice estudió a Teresa a través de sus aristocráticas gafas.

—Lo dudo mucho.

—Claro que sí. Trabaja para mí en la cafetería.

—¿La nueva camarera? —alzó la barbilla—. Por supuesto. ¡Qué generoso por tu parte haberla traído contigo esta noche, Marjorie!

—En realidad Teresa ha venido conmigo —dijo Riley acercándose a ella—. Y yo me sentí muy, pero que muy honrado de que aceptara mi invitación.

—Entiendo¼ —Beatrice sonrió a Teresa de la misma forma, en que habría sonreído a una niña pequeña—. ¿Te estás divirtiendo?

—Sí, gracias.

—Debe de haberte resultado particularmente emocionante cenar con los miembros más distinguidos de la sociedad de Edstown esta noche. En lugar de servirles en la cafetería, quiero decir¼

Teresa percibió la tensión de Riley a su lado y supo, más que adivinó, que iba a contestarle con un comentario especialmente agresivo. Por eso se apresuró a tomarlo del brazo, apretándoselo ligeramente.

—Sí, ha sido muy agradable estar con los nuevos amigos que he tenido oportunidad de hacer en la cafetería —comentó antes de que Riley pudiera decir algo.

Para entonces, sin embargo, la atención de Beatrice se había visto distraída por otra persona.

—¡Oh, Charles, allí está el alcalde! Quiero hablar con él antes de que se vaya —y sin despedirse siquiera, se retiró precipitadamente.

—Ya se puede ir preparando, porque mi próxima columna va a ser todavía más corrosiva —dijo Riley lo suficientemente alto como para que lo oyera Beatrice mientras se retiraba. Teresa vio que la mujer se tensaba por un momento, pero finalmente su marido la empujó hacia el alcalde.

—¡Esa vieja bruja! —Marjorie se volvió hacia Teresa con un brillo de furia poco habitual en sus ojos azules—. No le des ninguna importancia, querida. Trata a todo el mundo como si fueran seres inferiores. Como si yo no supiera que tuvo una infancia más pobre que un ratón de iglesia y que fue la amante de Charles Herter durante dos años enteros, antes de que finalmente pudiera convencerlo de que se divorciara de su primera mujer y se casara con ella, hace ya treinta años¼

Serena le puso a su madre una mano en el hombro, con gesto tranquilizador.

—Ten cuidado, mamá. No digas nada de lo que puedas arrepentirte después.

—¡No puedo creer que haya sido tan deliberadamente grosera con Teresa!

—Es conmigo con quien está enfadada, por la columna que

escribí —musitó Riley tan furioso como Marjorie—. Así que atacó a Teresa porque no podía atacarme a mí. Esperad a que lea la columna que le voy a dedicar¼ —repitió.

—Riley, basta ya —intervino Teresa con tono firme, avergonzada de ser el centro de atención—. No te enfades por eso. Después de todo, simplemente me recordó que estoy acostumbrada a servir a la gente y no a que la gente me sirva a mí y eso es cierto.

—Es la manera de decirlo y el hecho mismo de que te lo recordara —mascculló Riley—. Como si por trabajar en una cafetería fueras inferior a ella.

—Bueno, dado que me gusta mi trabajo y lo hago porque quiero, no pienso dejar que sus opiniones me afecten. Y tú deberías hacer lo mismo.

Pero la mirada que Riley volvió a lanzar a Beatrice indicaba que no había quedado en absoluto aplacado por aquellas palabras.

Como no estaba dispuesta a consentir que aquella mujer le arruinase una velada tan agradable. Teresa se olvidó completamente de ella y cambió de tema.

—Será mejor que nos vayamos. Sólo Dios sabe en qué condiciones encontraremos a tu pobre tío después de haber pasado una tarde entera con mis hijos.

Después de lanzar una última mirada a su alrededor, Riley se volvió hacia ella.

—Quizá deberías preguntarte por las condiciones en que encontrarás a tus hijos después de haber pasado una tarde entera con mi tío y con Jerry Lewis.

Cameron sacudió la cabeza, simulando una expresión consternada.

—¡Dios mío, qué tortura! Lo digo por Jerry Lewis, no por Bud.

—Creo que tenéis razón —repuso Teresa, divertida—. Rápido, volvamos a casa.

Se sintió aliviada al ver que el estallido de furor de Riley se había evaporado. Nunca había sospechado que podía reaccionar con tanta rabia; ante la gente solía adoptar una actitud de distante desenfado, como si nada pudiera preocuparlo lo suficiente. Además, que hubiera perdido la compostura de aquella forma le resultaba igual de asombroso.

—Ha sido una noche estupenda —le comentó una vez dentro del coche, cuando se estaban abrochando los cinturones de seguridad —. Gracias por haberme traído.

—Sólo espero que Beatrice no haya estropeado esa sensación en el último momento.

—¿Quieres olvidar de una vez lo de Beatrice? —suspiró—. Yo ya ni me acuerdo.

—Lo siento. No soporto a ese tipo de gente.

—¡Bah! Algunas personas se sienten impulsadas a tratar a los demás como si fueran seres inferiores para parecer mejores. En el trabajo que tengo siempre te los encuentras y al final aprendes a soportarlos.

Mirando hacia el frente mientras conducía, Riley le preguntó:

—¿Realmente te gusta lo que haces?

—No lo haría si no me gustara. Podría trabajar en una oficina o como agente comercial, si quisiera, pero no dispondría de la libertad que me da Marjorie en la cafetería. Y tampoco podría volver a casa a tiempo de estar con mis hijos cuando regresan del colegio.

—Un día me dijiste que Serena y tú erais compañeras de apartamento en la universidad —le comentó Riley al cabo de una breve pausa—. Sé que ella se especializó en Ciencias Políticas y se graduó en Derecho. ¿Qué estudiabas tú?

—Educación primaria. Pero dejé los estudios para casarme. Pensaba terminarlos más adelante, después de que mi marido se estableciera profesionalmente, pero Mark nació diez meses después de la boda. Luego vino Maggie al cabo de dos años y¼ bueno ya sabes cómo son estas cosas.

—¿No te arrepientes de no haberte convertido en maestra?

—Creo que habría disfrutado enseñando —respondió—. Pero he disfrutado mucho más teniendo a mis hijos.

—¿A qué se dedicaba tu marido?

Como ya le había ocurrido una vez antes, se sintió incómoda hablando de Darren con Riley.

—Tuvo varios trabajos antes de que nos casáramos. El último fue en una compañía de seguros.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis casados?

—Seis años y medio. Mark cumplió los seis poco después de que Darren muriera en el accidente.

Como no quería en entrar en los detalles de aquel episodio, cambió bruscamente de tema. Durante el resto del trayecto estuvo hablándole de la cena y preguntándole por algunos de los invitados que habían asistido. Riley satisfizo su curiosidad sin oponerse y varias veces la hizo reír con anécdotas que sabía de varios de ellos, en su mayoría gente a la que conocía de toda la vida.

—¿Escribirás una columna sobre la gala de esta noche? —le preguntó ella cuando ya se acercaban al apartamento—. Con todos los personajes que había allí, supongo que habrás tomado nota mental de todo.

Antes de avanzar por el sendero de entrada, se volvió rápidamente para mirarla.

—Bueno, la verdad es que estuve prestando demasiada atención a mi encantadora pareja para fijarme en lo que estaban haciendo los demás¼

Teresa alzó los ojos al cielo, a modo de expresiva respuesta a aquel comentario.

—Adulador.

—Eres una mujer difícil de impresionar ¿eh? —rió él—. Esa frase era una de las mejores de mi repertorio.

—¿De veras? —sacudió la cabeza, chasqueando los labios—. Me decepcionas.

—Eso suena a desafío¼

—Sólo estaba bromeando —se apresuró a señalar Teresa, alzando las manos en un gesto conciliador. Si había algo que no necesitaba hacer en ese momento¼ ¡era precisamente desafiarlo a que intentara conquistarla!

Después de aparcar el coche, Riley apagó el motor.

—Siento una insaciable curiosidad por ver lo que ha pasado durante nuestra ausencia.

—Yo también.

Se dispuso a abrir la puerta, pero él la detuvo poniéndole una mano sobre el hombro.

—¿Seguro que estás bien después de lo que ha sucedido esta noche? Con Beatrice, quiero decir.

—Estoy muy bien —respondió con tono decidido—. Y no he vuelto a pensar en ello, de verdad.

—¿No dejarás que sus palabras te disuadan de volver a asistir a actos como estos en el futuro?

—Riley¼ ¿Te he dado acaso durante la velada la impresión de timidez, o de falta de seguridad en mí misma?

Reflexionó por un momento antes de contestar:

—No.

—Bien. Asistiré en el futuro a cualquier acto social que me interese¼ y contestaré a quien me pregunte, sin complejo alguno, que trabajo de camarera en el Café Rainbow. Y si Beatrice prefiere que yo le sirva a compartir mesa conmigo¼ ese será su problema, no el mío.

—Te felicito —dijo con tono aprobador.

Teresa esperaba que la soltara y se retirase. Pero no. En lugar de hacerlo se quedó donde estaba, con la mano firmemente apoyada sobre su hombro y el rostro a sólo unos centímetros del de ella. El interior del deportivo de Riley le resultó opresivamente pequeño. Era como si todo se hubiera paralizado de repente. Casi podía escuchar el acelerado latido de su propio corazón¼ un sonido nada tranquilizador. Se aclaró la garganta.

—Creo que deberíamos entrar.
—Sí —pero no se movió.
Tragándose el nudo que sentía en la garganta, Teresa lo intentó de nuevo.
—¿Vas a acompañarme hasta la puerta?
—Sí. Dentro de un momento.
—¿Hay algo que desees decirme antes?
—En cierto modo, sí —y la sorprendió por completo cuando deslizó una mano por su nuca para atraerla hacia él¼ y besarla en los labios—. Esto.
El beso no duró mucho, aunque no por ello resultó menos arrollador. Fuera por lo inesperado o simplemente porque procedió de Riley se quedó aturdida y mareada, con el corazón latiéndole a toda velocidad.
—¿Por qué has hecho eso?
—Llámalo impulso, si quieres. O quizá haya sido una respuesta a tu desafío.
—Yo no te he desafiado —le espetó, molesta—. Y habíamos acordado que mantendríamos nuestra relación en unos términos estrictamente amistosos.
—Lo sé. Pero tú podrías tentar hasta a un santo, Teresa. Y creo que los dos sabemos que yo no soy ningún santo.
¿La encontraba seductora? Teresa tenía suficiente ego femenino para sentirse secretamente encantada por aquel reconocimiento.
—No¼ no vuelvas a hacerlo.
—No estoy muy seguro de que pueda prometerte eso —sonrió maliciosamente—. Pero lo que sí te prometeré es que no volveré a besarte a no ser que tú quieras que lo haga.
Aquella respuesta la hizo levantar la barbilla, orgullosa.
—Pues ya puedes esperar sentado.
Riley le deslizó entonces un dedo por el labio inferior, todavía tembloroso.
—No tengo necesidad de hacerlo, porque ahora mismo quieres que te vuelva a besar. Pero esperaré de todas formas.
La arrogancia de aquel hombre era sencillamente escandalosa.
—Me bajo —declaró con tono decidido, abriendo la puerta.
—Probablemente sea una buena idea —salió a su vez del coche —. ¡Quién sabe lo que podría suceder si nos quedáramos aquí mucho tiempo más!
Evidentemente, pensó Teresa, estaba intentando provocarla. Pinchar y molestar a la gente era una de las aficiones favoritas de Riley¼ algo de lo que debería haberse acordado antes. Para dejarle meridianamente claro que ella no era un objetivo fácil, replicó con frialdad:

—No sé muy bien lo que habría podido suceder en ese caso, pero puedo asegurarte que sólo uno de los dos habría salido bien librado. Y ten por seguro que habría sido yo.

Riley se echó a reír y terminó de salir del deportivo. Sin esperar a que se reuniera con ella, Teresa se dirigió apresurada hacia la puerta de su casa. Durante aquella velada, se hubiera dado cuenta de ello o no, había estado jugando con fuego. Quizá Riley hubiera querido burlarse de ella, como una excentricidad más, pero había llegado la hora de poner fin a esa situación. La cita había terminado.

—La película está a punto de acabar, mamá —le dijo Mark nada más verla entrar—. Déjame que termine de verla, ¿quieres?

Con una sola mirada, Teresa abarcó la escena. Maggie se había quedado dormida en el sofá. Mark había apilado un montón de cojines en el suelo y estaba tumbado cómodamente sobre ellos, viendo el vídeo. Bud estaba recostado en un sillón, con una taza de café al lado. La habitación estaba tan ordenada como la había dejado.

—Claro que puedes terminar de verla —le aseguró, sonriendo—. Riley ¿te apetece un café?

—Desde luego, si es que Bud ha dejado algo.

—Acabo de hacer una cafetera —repuso su tío—. Supuse que a los dos os apetecería una taza cuando volvierais. Y es descafeinado, así que no tendréis problemas para dormir.

Teresa fue a la cocina y volvió con una taza para Riley que ya se había sentado al lado de Bud.

—Acostaré a Maggie mientras vosotros termináis de ver la película.

Los tres gruñeron apenas una respuesta, con la mirada clavada en la pantalla. Bostezando, Maggie no protestó lo más mínimo cuando Teresa la despertó. Antes de subir a su habitación, abrazó a Bud y le dio un beso, en un gesto que enterneció al anciano. A continuación se acercó a la silla de Riley.

—Buenas noches, Riley.

Dudó por un momento antes de besarla en la frente.

—Buenas noches, Maggie. Que duermas bien.

La soñolienta sonrisa que le lanzó la niña fue absolutamente angelical. Luego, de la mano de su madre, se volvió para despedirse de su hermano:

—Hasta mañana, Mark.

Teresa casi podía sentir la mirada de Riley fija en ella mientras subía las escaleras con su hija.

Capítulo 11

Efectivamente, Riley estuvo observando a Teresa y a Maggie mientras subían a la habitación. Componían un cuadro verdaderamente hermoso, madre e hija. Las dos rubias y esbeltas, de movimientos gráciles y fluidos. ¿Se habría dado cuenta el difunto marido de Teresa de lo afortunado que había sido al tener una familia así? ¿Por qué le había desagradado tanto a Serena? Era imposible que se hubiera portado mal con su esposa y con sus hijos. Sencillamente, Riley no podía imaginarse a Teresa casada con un hombre que la hubiera tratado mal y menos aún a Mark y a Maggie.

Antes, cuando estaban hablando, había intentado sacarle alguna información sobre su marido. Y la única conclusión a la que había llegado era que a Teresa no le gustaba hablar de él. De hecho, nunca hablaba de Darren y Riley no sabía por qué. Quizá su recuerdo le resultara aún demasiado doloroso.

Teresa era una mujer joven y atractiva. Riley se preguntó si alguna vez volvería a dejar entrar a un hombre en su vida. Luego intentó imaginarse a los hombres con los que podría haber tenido alguna relación y frunció el ceño, convencido de que ninguno de ellos había sido el adecuado ni para ella ni para sus hijos.

La película terminó por fin y Mark, entusiasmado, se dedicó a contársela a Riley¼ a pesar de que éste le había dicho que la había visto ya varias veces. Segundos después Teresa volvió al salón.

—No atosigues demasiado a Riley, Mark —le pidió a su hijo y sonrió a Bud mientras se sentaba en el sofá—. Parece que lo has tenido todo bajo control aquí¼

—No he tenido el menor problema —declaró Bud—. Tienes unos chicos estupendos, Teresa. Y listos también. Se rieron precisamente en los momentos de las películas en que había que reírse.

—Es la versión de mi tío de lo que debe ser un test de inteligencia —murmuró Riley.

Sin hacer caso a su sobrino, Bud le preguntó a Teresa:

—¿Te lo has pasado bien esta noche?

—Sí, muy bien. Gracias de nuevo por haber cuidado de estos dos.

—Ha sido un verdadero placer, de verdad —le confesó levantándose—. Bueno, será mejor que me vaya. Se me está haciendo tarde.

—Saldremos a pescar otra vez, ¿verdad, tío Bud? —le preguntó Mark, ansioso—. ¿El sábado que viene?

—Si a tu madre le parece bien, sí —respondió el anciano al

tiempo que miraba a Teresa.

—Por supuesto que me parece bien.

Riley se preguntó qué habría estado pensando Teresa durante el breve instante de vacilación que tardó en responder. Sabía que confiaba completamente en Bud en lo que se refería al bienestar de sus hijos. ¿La preocuparía acaso que Mark llegara a encariñarse demasiado con él? ¿Estaría quizá una pizca celosa de que otra persona hubiera llegado a ser tan importante para su hijo?

Mientras reflexionaba sobre esas posibilidades, se levantó para marcharse con su tío. Después de mandar a Mark a la cama, Teresa los acompañó hasta la puerta. Bud salió el primero, después de desearle buenas noches.

En el instante en que traspuso el umbral siguiendo a su tío, Riley advirtió la presencia de una camioneta aparcada al otro lado de la calle, con una figura envuelta en sombras sentada al volante. Extraño. Conocía los vehículos de todos los vecinos de aquella minúscula calle y aquel no era ninguno de ellos.

—Bud, ¿esa camioneta te resulta familiar?

Bud miró en la dirección que le señalaba y se quedó paralizado.

—No —respondió al cabo de un momento—. ¿Por qué?

—¿Y a ti, Teresa? —se volvió hacia ella antes de que cerrara la puerta—. ¿Habías visto esa camioneta antes?

—No, que yo recuerde.

El misterioso conductor de aquel vehículo no tardó en darse cuenta de que lo habían descubierto, porque arrancó de inmediato a toda velocidad y se perdió en la noche. Riley advirtió que no llevaba matrícula, lo cual confirmó sus presentimientos más sombríos.

También Bud parecía muy afectado por lo sucedido. Su humor jovial anterior se había evaporado, para ser sustituido por una expresión que se había hecho demasiado familiar para Riley durante las últimas semanas.

—Será mejor que entres en casa, Teresa —le dijo Bud—. Cierra bien la puerta y no te preocupes por nada. Tienes a Riley al lado por si necesitas cualquier cosa, así que puedes quedarte tranquila.

Teresa miró a uno y a otro, asombrada.

—¿Qué estaba haciendo ese tipo aquí? ¿Por qué se marchó tan rápido cuando se dio cuenta de que lo estábamos observando?

—¡Bah! Probablemente serían un par de adolescentes tomando cerveza —respondió Riley con tono ligero—. A veces aparcan en calles tranquilas como esta, esperando pasar desapercibidos.

Era una posible explicación, pero sinceramente, no creía en ella. Y sabía que Teresa tampoco. Intentó sonreírle con la expresión más tranquilizadora posible.

—Anda, sube a arropar a tu hijo. Aquí no hay ningún problema. También puedo llamar a Dan y pedirle que mande un coche patrulla a vigilar este barrio, si eso puede hacer que te sientas mejor¼

—No hace falta. A estas alturas, esa camioneta estará ya muy lejos de aquí —dijo ella, aparentemente más relajada—. Lo que pasa es que no me gusta ver desconocidos rondando esta zona a esta hora de la noche¼

—A mí tampoco me gusta nada —le aseguró Riley—. Estaré alerta. Ya sabes que puedes llamarme cuando quieras.

Asintiendo, Teresa se dispuso a cerrar la puerta.

—Muy bien. Ya nos veremos. Buenas noches.

—Buenas noches.

Sumido en sus pensamientos, Bud murmuró algo que Riley no consiguió entender.

Sólo cuando oyó el ruido de la doble cerradura de la puerta, se volvió hacia su tío.

—¿Por qué no pasas un momento a mi casa? —le sugirió—. Tenemos que hablar.

—Mira, estoy muy cansado y¼

—¡Maldita sea, Bud! Te pasa algo y quiero saber qué es. Vi la cara que pusiste cuando descubriste la camioneta. Estabas asustado. ¿Por qué?

—Tengo que admitir que me puse nervioso al pensar que alguien podía estar acechando aquí afuera¼ —no se atrevía a mirarlo a los ojos.

—Bud, sé que hay algo que no me has contado. Algo en lo que no has dejado de pensar desde que alguien disparó contra R. L., si no antes.

—Ahora mismo no quiero hablar de nada —le espetó con expresión sombría—. Pero te voy a decir sólo una cosa: no haré nada que te ponga a ti, ni a ningún ser querido, en peligro. Y eso incluye a los niños que están en esta casa —señaló la puerta de Teresa—. Probablemente dejaré de frecuentar su compañía por un tiempo. Si te dicen algo, invéntate una excusa¼ y procura que no se sientan heridos.

—Bud, quiero que entres en mi casa ahora mismo —dijo Riley en el tono más firme que había utilizado nunca con su tío—. Evidentemente hay algo que necesito saber a toda costa.

—Hablaremos en otra ocasión. Ahora tengo que irme a casa. He de hacer unas cuantas llamadas.

Por su tozuda expresión, Riley comprendió que no conseguiría nada insistiendo. Una vez que se le metía algo en la cabeza, era imposible hacerlo cambiar de actitud.

—Al menos permíteme acompañarte hasta casa.

—Llevo cuidando de mí mismo desde mucho antes de que tú nacieras —replicó, frunciendo ferozmente el ceño—. Así que déjame en paz, ¿entendido?

—Pero¼

—Estoy bien, Riley. Tú vigila a tu guapa inquilina y a esos maravillosos retoños que tiene. Y por cierto, si no estás haciendo verdaderos esfuerzos en esa dirección¼ me temo que no eres la mitad de listo de lo que creía.

Pero Riley no estaba más interesado en hablar de su relación con Teresa que el propio Bud de lo que tanto parecía inquietarlo.

—Ten cuidado —le dijo cuando ya su tío se alejaba hacia su camioneta.

Bud se despidió con la mano, sin volverse para mirarlo. Y poco después se marchó, dejando a Riley solo en la puerta de su casa, terriblemente preocupado.

Tomando una súbita decisión, entró para telefonear de inmediato a Dan.

—Lindsey soy Riley. ¿Está Dan por ahí?

—Sí. ¿Sucede algo malo? —le preguntó, inquieta.

—Simplemente tengo necesidad de hablar con él.

—De acuerdo, te lo paso.

Un momento después, la voz de Dan resonó al otro lado de la línea:

—¿Riley?

—Ya sé que es tarde, pero¼ ¿podrías venir a mi casa? Me gustaría ir yo a verte, pero ahora mismo no quiero dejar a Teresa y a los niños solos.

—¿Qué es lo que pasa?

—Probablemente no sea más que una monumental exageración por mi parte. Pero aun así me gustaría hablar contigo.

—Estaré allí en quince minutos. Ten preparado el café.

—Muy bien —todavía en el mismo momento de colgar el teléfono, no pudo evitar preguntarse si no habría cometido un error al llamar a Dan. A Bud no iba a gustarle nada. Pero había que hacer algo.

A pesar de la preocupación que sentía por su tío, sus pensamientos volvieron a Teresa mientras llenaba la cafetera. Besarla había sido un impulso que no había podido resistir. Una reacción instintiva. Una manera de desahogar la tensión y la excitación que había estado acumulando durante toda la noche, hasta que ya no había podido soportarlo más¼

Había pensado que un simple roce, el más leve contacto, habría sido suficiente. Un rápido beso y su curiosidad habría quedado satisfecha, su atención libre para moverse en otras direcciones. Pero

no. Casi en el preciso instante en que sus labios entraron en contacto con los de ella, comprendió que no iba a ser tan fácil. Ningún beso conseguiría satisfacerlo durante mucho tiempo. A no ser que hiciera un decidido esfuerzo por recordarse las numerosas razones que tenía para no besar a Teresa Scott.

Sonó el timbre de la puerta y de inmediato sacó aquel imprudente beso de su mente¼ o al menos intentó hacerlo. Sabía que el recuerdo seguiría al acecho, listo para surgir de nuevo más tarde, cuando estuviera acostado solo en su cama, separado de Teresa por un par de tabiques.

Su vida se estaba tornando mucho más complicada de lo que le habría gustado.

El lunes Teresa se enteró de la noticia en la cafetería. Bud O'Neal había abandonado el pueblo, tan silenciosa e inesperadamente como lo había hecho su amigo R. L. dos semanas atrás. Corría el rumor de que Riley estaba muy disgustado.

Corrió a casa tan pronto como terminó su jornada laboral y llegó una hora antes de que sus hijos regresaran del colegio. Al ver el coche de Riley aparcado frente a la entrada, se dirigió directamente a casa de éste.

Riley abrió la puerta inmediatamente después de que Teresa hubiera terminado de llamar. No fue exactamente decepción lo que se apoderó de su rostro cuando la vio, pero resultaba obvio que había estado esperando a otra persona.

—Supongo que no habrás sabido nada de tu tío¼ —adivinó ella.

—Y yo supongo que te habrás enterado de que se ha ido del pueblo —repuso Riley pasándose una mano por el pelo con gesto nervioso.

—Sí. ¿Te encuentras bien? —le preguntó con tono suave.

—No lo sé —como si de repente se hubiera dado cuenta de que ella seguía parada en el umbral, se hizo a un lado para invitarla a pasar—. Entra. ¿Te apetece tomar algo?

—No, gracias. Cuéntame lo de Bud.

Riley esperó hasta que estuvo sentada en el sofá y luego se dejó caer pesadamente a su lado, con las manos colgando sobre las rodillas.

—Me dejó una nota. No decía a donde iba ni cómo puedo localizarlo.

—¿Qué es lo que decía entonces?

—Que estaba bien, pero que necesitaba alejarse por un tiempo. Que se pondría en contacto conmigo de cuando en cuando, pero que no me preocupara por él. ¡Como si eso fuera posible!

—¿No te dejó ni una sola pista de dónde podría estar?

—Ninguna. Llamé a mis padres, pero ellos no habían vuelto a

hablar con él desde la semana pasada. Mi padre no se mostró demasiado preocupado. Me dijo que Bud sabía cuidar perfectamente de sí mismo y que ya aparecería de nuevo cuando estuviera listo.

—¿Crees que tu tío puede estar con su amigo¼ el señor Hightower?

—Es muy probable.

Como seguía teniendo un aspecto tan abatido, Teresa le cubrió una mano con la suya.

—Estoy segura de que se encuentra bien. Si existiera algún motivo de preocupación, Bud te lo habría dicho.

—Hubo un tiempo en que yo habría afirmado, rotundamente, que mi tío me lo contaba todo. Que no tenía secretos para mí. Pero ahora¼

—Creo que ahora mismo estás demasiado afectado por lo sucedido —le apretó la mano—. Tu tío y tú estáis más unidos que cualquier padre e hijo que haya conocido. Sabes perfectamente lo mucho que te quiere.

—Lo sé —Riley se aclaró la garganta—. Pero ojalá supiera qué diablos está pasando con Bud y con R. L¼ Y si la muerte de Traman tiene algo que ver en todo ello.

Teresa no había considerado esa posibilidad. Poco a poco estaba empezando a comprender por qué Riley parecía tan preocupado.

—¿Cuándo se marchó Bud?

—De madrugada, no sé el momento exacto. Hablé con él a eso de las seis. Cuando esta mañana me pasé por su caravana a visitarlo ya no estaba. Dejó la nota dentro de un sobre fijado a la puerta.

—Aparentemente le afectó mucho aquella camioneta que vio aparcada en nuestra calle. ¿Crees que eso tuvo algo que ver con su marcha?

—Es lo que pienso constantemente —admitió Riley—. Justo antes de que viéramos la camioneta, estaba muy contento. Incluso había hecho planes para salir a pescar de nuevo con Mark. Pero después de verla, volvió a retraerse de nuevo, a encerrarse a sí mismo.

—¿Tal vez pensó que quienquiera que estuviera en esa camioneta lo estaba vigilando?

—Eso parece. No quiso decirme por qué. Se mostró preocupado por ti y por los niños, como si temiera que corrierais algún riesgo por estar cerca de él.

Teresa se humedeció los labios, presa de una repentina punzada de pánico ante aquella insinuación de amenaza para sus hijos.

—¿Crees que¼ que tengo alguna razón para preocuparme?

—No. Bud parece pensar que la gente a la que quiere estará a salvo siempre y cuando él no esté cerca.

Teresa reflexionó sobre las implicaciones de aquella frase.
—Tu tío teme que el autor del atentado contra el señor Hightower vaya tras él.
—Eso creo.
—Pero no sabes por qué.
—No tengo ni una sola pista —respondió Riley sombrío—. Dan está investigando, intentando rastrear algún suceso problemático en su pasado, pero por ahora no tiene nada. Bud y R. L. han pasado toda su vida aquí y que se sepa, nunca se metieron en ningún lío.
—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Quieres buscar a tu tío o vas a optar por esperar hasta que él se decida a ponerse en contacto contigo?
—No hay mucho que pueda hacer —admitió, frustrado—. Ya he llamado a todo el mundo que pudiera darme alguna idea sobre dónde empezar a buscar, pero no he conseguido nada. Si alguien sabe algo, no me ha dicho ni palabra.
—Entonces tendrás que esperar hasta que Bud te llame. Y lo hará, ya sabes que sí¼ cuando esté listo para hacerlo.
—No estoy seguro de que pueda esperar hasta entonces.
—No creo que tengas otra opción.
—Soy periodista. Puedo buscar información. Investigar si existe algo en el pasado de Bud y en el de R. L. que pueda tener que ver con este asunto.
—Me temo que a tu tío no le gustaría que lo hicieras.
—No puedo quedarme sentado a esperar con los brazos cruzados.
—Entonces haz lo que tengas que hacer. Bud te quiere tanto que lo comprenderá.
—Eso espero —dijo Riley tras una pausa—. Porque no voy a parar de investigar hasta que descubra lo que está pasando.
Repentinamente consciente de que seguía tomándole la mano, Teresa intentó soltársela. Pero Riley se lo impidió entrelazando sus dedos con los de ella.
—Gracias, Teresa. Por haber venido a verme, quiero decir.
—Estaba preocupada por ti. Cuando me enteré de que Bud se había marchado del pueblo, pensé que estarías muy inquieto. Yo sólo¼ Bueno, ¿hay algo más que pueda hacer por ti?
—Te estás comportando como una gran amiga. Y eso es algo que valoro mucho.
Teresa tragó saliva, nerviosa, invadida por una ola de ternura. La intimidad que existía entre ellos estaba empezando a superar la barrera de la simple amistad¼ al menos para ella. Lo cual era demasiado peligroso.
—Creo que será mejor que me vaya. Los niños no tardarán en volver —impulsivamente, añadió—: Voy a preparar un pollo asado

para cenar. ¿Te gustaría reunirte con nosotros?

Tras una ligera vacilación, Riley asintió.

—Sí. Me encantaría. Gracias.

La sorprendía que hubiera aceptado su invitación. Al parecer, Riley no quería estar solo con sus preocupaciones aquella noche. Le soltó la mano y se levantó, asegurándose de nuevo de que su comportamiento entraba dentro de lo normal. Y que cualquier vecino hubiera hecho lo mismo en aquellas circunstancias.

—Generalmente cenamos pronto, a eso de las seis.

—Allí estaré.

Marcharse le resultó a Teresa más difícil de lo que había esperado. Riley siempre parecía tan seguro de sí mismo, tan autosuficiente¼ Por primera vez desde que lo conocía, estaba perdido, desorientado. Estremecido en lo más profundo de su ser. Quizá hasta entonces no se hubiera dado cuenta de lo importante que era Bud para su vida, de lo mucho que había significado para él tener a su tío allí, a su lado. Tal vez Riley no fuera el empedernido solitario que le gustaba fingir que era.

—Te veré a las seis —se despidió Teresa y se marchó. Usaría el tiempo que le quedaba hasta entonces para recordarse a sí misma que ya tenía bastantes preocupaciones en su vida¼ como para añadir los problemas de Riley O'Neal a su lista.

Al final, Riley terminó pasando la tarde entera con Teresa y los niños. No había pretendido hacerlo; sólo había querido cenar rápidamente con ellos antes de volver a su casa. Con el teléfono móvil por si su tío intentaba comunicarse con él, se fue distrayendo durante la cena con las correrías y anécdotas de Mark y Maggie en el colegio. Ambos le preguntaron por Bud, pero él simplemente les dijo que su tío se había marchado de vacaciones, una respuesta que pareció satisfacerlos.

—Estamos preparando una obra de teatro para el Día de Acción de Gracias y yo voy a hacer el papel de la peregrina Mary —le contó Maggie en los postres—. Y vamos a cantar canciones. Y todo el mundo preparará ponches y galletas. Se supone que tú tienes que hacer galletas, mami.

—¿Yo? —Teresa arqueó las cejas.

—Sí. El señor Cooper me entregó una carta para ti. Está en mi cartera del cole. Y también vamos a¼

Mientras la niña seguía hablando con entusiasmo, Riley observó a Teresa, que estaba escuchando a su hija con una leve sonrisa en los labios. Volvía a ser el ama de casa de siempre, con su cola de caballo y su delantal. Pero aun así, todavía podía imaginársela con el vestido de noche que había lucido en la gala de la Cámara de Comercio. Estaba igualmente bonita con cualquier cosa que se

pusiera.

De repente, como si hubiera sentido la fuerza de su mirada fija en ella, Teresa lo miró a su vez. Sus ojos se encontraron por un instante y Riley se preguntó si él sería el único en sentir aquella atracción que los unía inevitablemente, al modo de una corriente magnética. Teresa se humedeció los labios en un gesto aparentemente inconsciente que sólo sirvió para llamar su atención hacia su boca. Y para suscitarle el recuerdo del beso que habían compartido¼

—¿Riley? ¿Me estás escuchando?

Desviando su atención de Teresa, Riley se volvió para mirar a Maggie.

—Perdona, Mags¼ ¿Qué has dicho?

—¿Vas a venir a la obra de teatro? —repitió la niña—. Será la semana que viene, en el colegio.

—Bueno, yo¼

—Riley está muy ocupado, Maggie —se adelantó Teresa—. No puede comprometerse ahora mismo. Así que no insistas más por esta noche, ¿de acuerdo?

Después de haber esperado pacientemente durante el turno de intervención de Maggie, Mark ya no podía aguantar más para reclamar un poco de atención.

—Esta noche tengo que hacer un experimento de química después de cenar, Riley. Tengo que mezclar agua coloreada con aceite en una botella y ver lo que sucede. ¿Querrás ayudarme?

—Mark, acabo de decirle a Maggie, que Riley está muy ocupado —insistió Teresa, frunciendo el ceño.

—No lo estoy tanto como para no poder ayudar a Mark con su experimento —declaró Riley—. Creo que me gustará.

Teresa contempló su expresión por un momento y finalmente asintió.

—Puedes quedarte todo lo que quieras. Otro científico en esta casa nunca está de más.

—Yo también quiero ayudar —exigió Maggie.

—Claro que sí —aceptó su madre—. Y ahora termínate el postre para que tu hermano y tú podáis recoger la mesa.

Dos horas después, Riley todavía seguía allí. El experimento de química ya estaba terminado y los cuatro estaban viendo dibujos animados en la televisión. Teresa se hallaba sentada en el sofá con Maggie acurrucada a su lado. Riley y Mark ocupaban los dos sillones, con las piernas estiradas cómodamente.

Maggie y Mark estallaban de vez en cuando en ruidosas carcajadas y Teresa reía suavemente. Riley los miraba sonriendo, pensando en la familia tan feliz que formaban.

—Bueno, chicos, hora de acostarse —anunció Teresa cuando terminó el programa—. Decidle buenas noches a Riley.

Maggie se levantó inmediatamente, pero Mark protestó.

—¿No podría quedarme un poquito más? Todavía no tengo sueño.

—Lo tendrás tan pronto como estés acostado —repuso su madre con tono firme pero sin dejar de sonreír.

Mark suspiró, resignado.

—Buenas noches, Riley —musitó—. Y gracias por haberme ayudado con mi experimento.

—De nada. Espero que saques buena nota.

Maggie se subió a la silla de Riley le echó los brazos al cuello y le plantó un sonoro beso en la mejilla.

—Buenas noches, Riley.

—Buenas noches, Mags —respondió, levemente azorado—. Que duermas bien.

—Tú también —repuso con su angelical sonrisa.

—Gracias. Lo intentaré.

—Ahora mismo subo a arroparos —les dijo Teresa. Sin levantarse del sofá, vio cómo subían corriendo las escaleras y se volvió luego hacia Riley con una sonrisa—. Mark nunca se va a la cama sin protestar. Esta noche ha sido relativamente más fácil que otras veces.

—A mí me pasaba lo mismo —le confesó él.

—Apostaría a que eras un niño terriblemente revoltoso.

—Alguna gente diría que, de alguna forma, lo sigo siendo.

Estaban mirándose fijamente otra vez y Riley se preguntó si ella también recordaría el breve episodio del beso en el coche. Aclarándose la garganta y desviando la mirada, Teresa le dijo:

—¿Hay algo que pueda hacer por ti? ¿Te apetece tomar algo?

—No —se levantó del sillón—. Gracias por la cena. Estaba riquísima.

—Intenta no preocuparte demasiado por tu tío esta noche —lo acompañó hasta la puerta—. Estoy convencida de que te llamará pronto. Te echa demasiado de menos para no hacerlo.

—Tienes ya mucha gente a la que atender como para añadir una preocupación nueva a tu lista —le dijo Riley en el umbral—. Estoy bien.

—¿De veras?

—Sí. ¿Sabes? Lo de esta noche me ha ayudado mucho.

—Me alegro.

Guiado por un impulso que no pudo resistir, Riley le dio un rápido beso en los labios.

—Que duermas bien, Teresa. Y cierra bien la puerta.

Salió de la casa antes de que ella pudiera decir algo¼ y antes de que él se sintiera tentado de quedarse un poco más.

Una vez en su casa, encendió el televisor, no para ver nada en especial sino porque la casa le resultaba demasiado vacía y silenciosa. Con las risas de la familia Scott resonando todavía en sus oídos, subió a su despacho y se sentó ante su ordenador. En teoría, aquel era un momento tan bueno como cualquier otro para comenzar con sus investigaciones.

De hecho, tenía demasiadas cosas que hacer.

Capítulo 12

El martes por la tarde, durante todo el trayecto de vuelta a casa, Teresa estuvo debatiendo mentalmente si llamar a la puerta de Riley cuando llegara. No quería molestarlo y tampoco transmitirle ninguna idea equivocada acerca de su relación, pero lo cierto era que estaba terriblemente preocupada por él. Y sentía también una enorme curiosidad por lo que habría averiguado, si había descubierto algo nuevo sobre su tío.

Salió del dilema cuando vio que su coche no estaba aparcado frente a la entrada. No sabiendo si sentirse aliviada o decepcionada de que Riley no se encontrara en casa, entró en su vivienda. Tal vez podría hacer algo útil durante la hora que faltaba para que volvieran los niños del colegio. Después de poner una lavadora, abrió la nevera para comprobar que tenía todos los ingredientes necesarios para la cena de esa noche. Sí, de sobra. Incluso si Riley decidía hacerles una visita esa noche, no sería ningún problema.

De pronto, el periódico cuidadosamente doblado que estaba sobre la mesa llamó su atención. Era el Evening Star del día anterior. No había tenido tiempo de leerlo. Abrió una lata de soda, se sentó a la mesa de la cocina y se puso a hojearlo.

El artículo principal, firmado por Riley versaba sobre cierta disputa entre el alcalde y algunos empresarios locales. Algo acerca de un impuesto que recientemente había sido declarado inconstitucional por la Corte Suprema del Estado y que el alcalde pretendía volver a imponer. El tema no le interesaba mucho, pero lo leyó porque lo había escrito Riley. Pensó, no por primera vez, que era un periodista muy bueno. Tenía un estilo claro y conciso, riguroso y documentado. Muy distinto del que utilizaba para redactar su columna habitual, plagada de sátiras e ironías.

Le habría gustado leer la novela, que según le habían dicho, estaba escribiendo. Riley todavía no le había hablado de aquel texto y Teresa se preguntó por qué se dedicaría a escribir. ¿Sería simplemente una manera de entretenerse o se trataría más bien de un sueño largamente perseguido?

De pronto, el recuerdo de sus besos la atrapó. Sintió un cosquilleo en los labios. Sólo la había besado un par de veces, pero el efecto había sido arrollador. Por mucho que se hubiera esforzado en fingir que aquellos momentos no habían significado nada para ella¼ sabía perfectamente que se engañaba. Aquellos besos le habían recordado todo lo que echaba de menos en su vida, lo que se estaba perdiendo. Intimidad. Sensualidad. Romanticismo. Sexo.

A pesar de los problemas, su matrimonio había funcionado bien en esos aspectos. El joven atractivo y seductor que la había convencido de que abandonase la universidad un año antes de su graduación para casarse con él¼ había sido un maravilloso amante. Y si en ciertas ocasiones había llegado a sospechar que compartía demasiado generosamente aquellas aptitudes, se había guardado para sí misma esas sospechas por el bien de sus hijos. Después de haber perdido a su familia a una edad tan temprana, su prioridad no había sido otra que la de garantizar un hogar estable a sus dos hijos.

Pero el destino había tenido otros planes.

De repente alguien llamó a la puerta, devolviéndola bruscamente a la realidad. Miró su reloj. Faltaba todavía otra media hora para que volvieran sus hijos del colegio. De alguna forma, sin saber por qué, presintió de quién se trataba.

Vio confirmadas sus sospechas al asomarse a la mirilla. Esforzándose por adoptar una expresión de natural sorpresa ya que no quería que pensara que había estado pensando precisamente en él y en sus besos, abrió la puerta.

—Hola.

—Hola —Riley esbozó una leve y cansina sonrisa.

—¿Has sabido algo de tu tío?

—No —dejó bruscamente de sonreír.

—¿Quieres una taza de café o prefieres una soda?

—Estoy seguro de que tendrás cosas que hacer.

—Venga, pasa. Puedes ayudarme a doblar toallas.

—Es una perspectiva mucho más atractiva que la de quedarme solo en mi apartamento —se decidió a entrar—. Acepto la soda —la siguió hasta la cocina. Una vez allí le preguntó, al ver el periódico extendido sobre la mesa—: ¿Estabas leyendo algo interesante?

—Me estaba poniendo al día con las noticias locales —respondió mientras abría la nevera—. Aunque voy algo retrasada ya que es el ejemplar de ayer.

—Espera a ver el de hoy. El artículo principal versa sobre la ganadora del concurso de la Miss Edstown Infantil de la semana pasada.

Con una enorme fotografía de una niña de cuatro años ataviada con un vestido de lentejuelas.

—No me digas que te tocó a ti cubrir el concurso.

—Ni hablar. Antes habría dimitido y Cameron lo sabe. Envió a Lindsey. A ella le gustan esas cosas tanto como a mí, pero la sobornó a cambio de concederle el siguiente fin de semana libre. Por favor, dime que no permitirás que Maggie participe en espectáculos como ese, por mucho que se empeñe¼

—Descuida. Quiero que mi hija triunfe con su inteligencia y no con su cara o con su cuerpo.

—Te felicito.

Después de entregarle la lata de soda, Teresa se sentó frente a él.

—Es una suerte que tengas ese margen de elección en tu trabajo.

—¿Por qué crees que sigo en él? Desde luego, no es por el dinero. Y tampoco tengo muchas posibilidades de ganar el premio Pulitzer trabajando en un periódico local. Me gusta la libertad que me da.

—Y el tiempo libre que te permite trabajar en tu novela, supongo.

—Eso también —se encogió de hombros.

—¿De qué trata?

—Es una novela de fantasía —explicó Riley después de dar un sorbo de soda—. El Bien contra el Mal en un mundo poblado por brujas, espíritus y animales míticos.

—¿De verdad?

—Pareces sorprendida. ¿Qué creías que estaba escribiendo?

—Bueno, no lo sé. Quizá una novela de suspense. Con un detective duro como protagonista.

—Demasiado convencional. Yo prefiero cosas más raras.

Teresa no pudo evitar echarse a reír.

—¿Ah, sí? ¡No me digas!

—Espero que no me estarás llamando «*raro*».

—Yo no he dicho eso.

—Me temo que no has tenido necesidad de hacerlo.

—¿Sabes? —sonrió—. Me gustaría leer tu novela.

—Nunca le he permitido a nadie hacerlo.

—¿Por qué? ¿No es para eso para lo que escribes? ¿Para que la gente pueda leer y disfrutar con tu obra?

—Sí, pero cuando esté lista.

—¿Cuándo lo estará?

—Esa es una buena pregunta.

—¿No te gustaría que te reforzaran con un buen halago?

—Con un buen halago, sí. Porque no soporto nada bien las críticas.

—Pues entonces déjame leerla. Si no me gusta, te mentiré y te diré sólo lo que deseas oír.

Riendo suavemente, Riley sacudió la cabeza.

—Algo me dice que serías la peor mentirosa del mundo. Tus ojos te traicionarían.

Teresa batió las pestañas con un gesto de coquetería.

—¿Piensas que tengo unos ojos sinceros?

—Tienes unos ojos muy expresivos. No siempre puedo adivinar

lo que estás pensando, pero generalmente sí que puedo percibir en qué momento estás ocultando algo.

Como aquel comentario la hizo sentirse muy incómoda, desvió la mirada, temiendo que pudiera adivinar lo que sentía. Se levantó para acercarse al mostrador.

—Tengo unas estupendas galletas caseras que Marjorie les regaló a los niños —señaló el recipiente de cerámica donde las guardaba—. ¿Te apetece una?

—No, gracias.

No se había dado cuenta de que Riley se había levantado de la silla hasta que oyó su voz justo detrás de ella. Se volvió rápidamente, casi para chocar contra él. Riendo, él la sostuvo poniéndole las manos sobre los hombros.

—¡Eh, cuidado!

Teresa se aclaró la garganta, nerviosa.

—¿Quieres algo más¼?

Acercándose un poco más, Riley inclinó la cabeza hasta que su boca quedó a sólo unos centímetros de la de ella.

—Creo que ya conoces la respuesta a esa pregunta.

Teresa frunció el ceño en un intento por adoptar una expresión intimidatoria.

—No quiero que hagas esto.

Los penetrantes ojos grises de Riley escrutaron su rostro.

—Lo sabía. Mientes terriblemente mal.

—Mira, no creo que esto sea una buena idea¼

—Ahora sí que estás siendo sincera. Y razonable —rozó sus labios con los de ella, en un contacto tan leve como el de la caricia de una pluma—. Pero yo nunca me he caracterizado por ser un tipo razonable.

Teresa pensó que era una suerte que la estuviera sosteniendo, porque no podían flaquearle más las rodillas¼ al igual que su fuerza de voluntad.

—Entonces supongo que de los dos, me toca a mí jugar ese papel —susurró.

—Eso parece¼

La besó de nuevo, con mayor insistencia esa vez. Teresa alzó las manos hasta su pecho. Estaba absolutamente segura de que lo había hecho para empujarlo, pero en lugar de hacerlo, se apoyó todavía más en él.

Tenía que mostrarse razonable y poner punto final a aquella situación. «*Dentro de un momento*», se prometió a sí misma mientras aceptaba anhelante el segundo beso. Un beso cuyo ardor estaba borrando el recuerdo de los dos anteriores que había recibido y que tanto se había esforzado por olvidar.

Apretándose contra ella, Riley la acorraló contra el mostrador de la cocina. La intensidad de aquel beso no era la única evidencia de su deseo. Y fue esa evidencia la que le suscitó un estremecimiento de aguda excitación, un doloroso nudo que se cerró en lo más profundo de su ser. Aquello le recordó nuevamente todos los aspectos de la vida que se estaba perdiendo¼ y que, sospechaba, Riley podría proporcionarle. Al menos por un tiempo. Hasta que se cansara¼

Aquel pensamiento serio, trascendental, le facilitó la fuerza necesaria para interrumpir el beso. ¿O fue la triste voz de la experiencia?

—Tenemos que poner fin a esto.

Riley enterró los dedos de su mano derecha en el pelo de Teresa y sólo entonces ella se dio cuenta de que le había quitado la horquilla con la que se lo recogía. El hecho de que lo hubiera hecho sin que ella lo hubiera notado resultaba demasiado turbador¼

—Lo sé. Tus hijos no tardarán en volver a casa.

Estuvo a punto de gritar. Sus hijos. Llegarían a casa en cualquier momento¼ y ella ni siquiera había pensado en eso hasta que se lo señaló Riley.

—Sí, pero¼

—Estás pensando que yo soy el último hombre sobre la tierra con quien deberías relacionarte. Tengo fobia a los compromisos, soy un tipo imprevisible, irresponsable¼ ¿Me he olvidado de algo?

—Sí —impulsivamente, extendió una mano para limpiarle una mancha de carmín del labio inferior—. Ejerces una mala influencia sobre mi hijo. Esta mañana se iba al colegio sin ponerse los calcetines. Cuando le recordé que no se los había puesto, me replicó: «*Pero Riley nunca los lleva¼*».

—Si empiezo a ponerme calcetines¼ ¿te plantearías tener una tórrida y apasionada aventura conmigo?

Teresa intentó no sonreír. Intentó más bien adoptar una expresión severa y desaprobadora, pero al final no pudo evitarlo y soltó una carcajada.

—Eres incorregible.

—Ese es otro de mis defectos.

—Riley¼

—¿Vas a echarme otro sermón acerca de la conveniencia de que mantengamos una relación más profesional entre casero e inquilina?

—Creo que a estas alturas, eso sería una pérdida de tiempo —repuso resignada.

—Y yo creo que tienes razón.

Se dispuso a besarla de nuevo, pero Teresa fue más rápida y se

apartó.

—Pero, como tú mismo me has recordado, mis hijos están a punto de llegar.

Riley suspiró con gesto apesadumbrado y se apartó para dejarle más espacio. A Teresa le temblaron las manos cuando intentó recogerse el pelo con la horquilla que había descubierto sobre el mostrador. Aclarándose la garganta, intentó hablar normalmente:

—Voy a preparar un chile con pan de maíz para cenar, por si quieres acompañarnos.

—¡Ah, es una buena idea! Pero tengo algunas cosas que hacer primero.

—Tendré la cena lista para las seis y media. Si ya has terminado para entonces, podrás reunirte con nosotros.

—No lo dudes —probablemente con el único objetivo de burlarse un poco, extendió una mano para retirarle nuevamente la horquilla y soltarle la melena—. Hasta luego¼ Terry.

Era la primera vez que había usado aquel diminutivo con el que solamente sus amigos más cercanos solían llamarla. Mientras lo observaba marcharse, pensó en lo muy íntimo que había sonado aquel nombre tan familiar, pronunciado por sus labios.

Como antes no había tenido más remedio que admitir ya era demasiado tarde para fingir que nada había sucedido entre ellos. Riley pasaba cada vez más tiempo en su casa y ella también se estaba acostumbrando a visitarlo cada día. ¿Y no era precisamente eso lo que había pretendido evitar? ¿Acostumbrarse demasiado a la presencia de Riley en su vida?

Sería un golpe demasiado duro para sus hijos que Bud decidiera no regresar al pueblo, una vez que se habían encariñado tanto con él. Y tenía que recordarse que Riley era tan libre de desaparecer en cualquier momento como el propio Bud.

De repente, Maggie y Mark anunciaron estruendosamente su llegada al entrar corriendo en casa.

—¡Mami! ¡Ya estamos aquí! —gritó Maggie.

—¡Mamá! ¡Ven a ver el premio que me han dado por mi cuadro! —gritó Mark—. ¡He quedado en primer lugar!

Con una sonrisa en los labios, fue a su encuentro. Realmente tenía una vida plena, maravillosa, se recordó. Si existían ciertas lagunas y vacíos¼ bueno, quedaban sobradamente compensados. Debería tener eso en cuenta cuando Riley O'Neal la incitara a olvidarlo.

No fue fácil, pero por fin Riley consiguió convencer a Teresa de que contratara una niñera y pudieran salir juntos el sábado por la noche. Aunque había pasado casi cada tarde de aquella semana con ella y los niños, Teresa había vacilado en comprometerse con lo que

evidentemente era una cita.

No estaba muy seguro del motivo por el que terminó aceptando, si fue porque realmente quería salir con él o porque seguía teniéndole lástima por los nulos progresos que había hecho a la hora de localizar a su tío. Fuera cual fuera la razón, no perdió el tiempo en tomarle la palabra y se apresuró a hacer los preparativos antes de que pudiera cambiar de idea.

Mientras se vestía para aquella salida, Riley intentó analizar lo que estaba sucediendo entre ellos. Eran amigos, por supuesto. Teresa le gustaba y la respetaba. Pero también tenía muchas otras amigas y ninguna le había quitado el sueño tanto como aquella.

La deseaba. Eso desde luego, no era nada extraño ni escandaloso. Después de todo, era una mujer atractiva y deseable y había transcurrido ya bastante tiempo desde la última vez en que se había relacionado íntimamente con alguien. Riley era un hombre normal, joven, soltero y lo sorprendente habría sido que no hubiera deseado a Teresa. Pero no salía con mujeres con hijos. Esa había sido siempre su regla, una regla que nunca había roto¼ hasta ese momento.

Sus hijos eran encantadores, pero él no tenía mayor interés en convertirse en su padrastro que el que había tenido cuando los conoció la primera vez. Ahora que los conocía mejor, ahora que ya sabía de primera mano lo buena madre que era Teresa para ellos, era incluso más consciente de sus propias deficiencias como hipotético padre. Los padres eran personas pacientes, ordenadas, previsibles y desinteresadas. Sabían tratar a los niños cuando lloraban y se enfadaban, sabían lidiar con traumas, rabietas y fiebres. Y por supuesto, Riley no pertenecía a esa categoría humana.

Aun así, seguía sintiéndose irresistiblemente atraído hacia Teresa. Le había sido de gran ayuda durante la última semana. Era consciente de que a esas alturas, habría estado totalmente desquiciado por lo de Bud de no haber sido por ella. Teresa lo había convencido de que probablemente Bud sabía muy bien lo que estaba haciendo y de que su ausencia sería temporal. Cuando estuviera preparado para hablar con él, para contarle lo que le pasaba, llamaría por teléfono o se presentaría directamente en su casa.

Se miró por última vez en el espejo para asegurarse de que tenía un aspecto presentable. Se había cortado el pelo. Llevaba un suéter negro, una camisa a juego con rayas beige y pantalones caqui. Después de una ligera vacilación, se había puesto calcetines antes de calzarse sus mocasines de piel. Incluso se había puesto una pequeña cadena al cuello, con diminutas caracolitas pardas y negras. Sí, se había vestido de punta en blanco para una cita con

Teresa Scott.

Aunque salió de casa con diez minutos de antelación, vio el pequeño coche de Jenny aparcado frente a la entrada. Llamó a la puerta de Teresa con la esperanza de que ya estuviera preparada para salir. Le abrió Mark.

—Hola, Riley. Bonito collar.

—Gracias. Lo compré en Hawai el verano pasado.

—¿Hawai? —el crío abrió mucho los ojos, impresionado—. ¿De verdad?

—Compré varios mientras estuve allí. Tal vez a Maggie y a ti os gustaría tener uno¼

—¡Claro que me gustaría! Todos los chicos del colé llevan collares de caracolitas, pero no creo que sean de Hawai.

Sonriendo, Riley entró en la casa y saludó a Teresa y a Jenny que estaban conversando en el salón.

—Buenas tardes.

—Hola, Riley —sonrió Jenny.

—¿Qué tal está tu familia? —le preguntó a la niñera.

—Muy bien, gracias. Ya les diré que has preguntado por ellos.

Riley se volvió hacia Teresa. Estaba más hermosa que nunca. Se había vestido de manera informal, con un suéter de color azul y pantalones negros, pero aun así seguía siendo la princesa con la que Riley siempre la había asociado. Se había dejado el cabello suelto, algo que raramente hacía. Como una cortina de oro le caía lacio sobre los hombros, enmarcando su delicado rostro.

—Estás fantástica —le dijo, muy consciente de que tres pares de ojos lo estaban observando—. ¿Lista para irnos?

—Sí —recogió su bolso negro de piel—. Mark y Maggie, espero que os comportéis bien. Haréis lo que os diga Jenny ¿entendido?

—Sí, mamá —respondieron al unísono.

—Jenny tienes mi número de móvil. Lo dejaré conectado durante toda la tarde por si necesitas localizarme.

—No te preocupes, nos arreglaremos bien. Que os divirtáis.

Teresa vaciló un momento, pero al final se acercó a Riley. Le habría gustado que ella se hubiera mostrado un poco más entusiasta con la cita, pero suponía que estaría algo nerviosa por tener que dejar a los niños con Jenny. Le abrió la puerta y Teresa salió de casa procurando esquivar su mirada.

«*Está algo recelosa*», pensó Riley mientras cerraba la puerta. Aunque lo cierto era que no podía culparla por ello. Teresa esperó a que estuvieran instalados en el coche antes de romper el silencio:

—Me olvidé de preguntarte adonde íbamos a ir.

—Bueno, no hay muchas opciones, a no ser que dejemos el pueblo —repuso riendo—. ¿Has estado alguna vez en Gaylord's?

—¿El restaurante de comida cajún de las afueras? He oído hablar de él, pero nunca he entrado.

—Creo que te gustará¼ a no ser que prefieras otro sitio.

—No, me encantaría ir a ese.

—No te arrepentirás. La música es buena y la comida estupenda.

—Suena bien. A mediodía sólo he comido una ensalada, así que tengo un apetito verdaderamente voraz¼

Riley se alegró de que pareciera relajarse. Quizá se divirtieran mucho esa noche, después de todo. Y quizá para cuando terminara la velada volvieran a ser simplemente amigos y quedaran olvidados aquellos comprometedores momentos de intimidad que habían compartido. Según su experiencia, cuanto más trataba a una mujer, más rápidamente se reducía la atracción inicial, para posibilitar una fecunda amistad. Estaba seguro de que eso sería especialmente cierto con Teresa. Sí. La salida de aquella noche iba a ser, sin lugar a dudas, la mejor manera de superar aquella incómoda obsesión que últimamente estaba teniendo con ella.

Gaylord's era un local ruidoso, siempre atestado de gente y tan familiar para Riley como si se tratara de un segundo hogar. Habían transcurrido varias semanas desde la última vez que había estado allí y ahora se daba cuenta de cómo lo había echado de menos. Nada más entrar lo saludó todo el mundo, incluido Chuck, el orondo propietario que trabajaba también en la barra. Una conversación mínimamente íntima era imposible en un lugar semejante, debido al estruendo de la música, pero eso no parecía importarles a los clientes. No en vano iban allí no a hablar, sino a relajarse y a divertirse.

No había muchas mesas libres, pero Riley encontró una en una esquina, relativamente apartada de las demás. El espacio era tan estrecho que se rozaban las rodillas debajo de la mesa, pero al menos podían conversar sin arriesgarse a perder las cuerdas vocales. Como sabía que transcurriría todavía un buen rato antes de que alguno de los camareros los atendiera, se levantó para acercarse a la barra y pedirle directamente a Chuck lo que querían tomar.

—¿Quién es esa dama amiga tuya, Riley? No creo haberla visto antes.

—Se llama Teresa. Sólo lleva un par de meses en el pueblo.

—Te mueves rápido, ¿eh? No me extraña, es muy bonita. ¿Sabes a quién se parece?

—Sí. A la princesa Grace.

Chuck frunció el ceño, negando con la cabeza.

—A Margaret St. John.

—¿Quién?

—Mi profesora de inglés de séptimo —suspiró, nostálgico—.

Todos los chicos estábamos enamorados de ella.

Riley se echó a reír, divertido.

—Bueno, ¿vas a atenderme de una vez o qué?

—Te obsequiaré con una de las especialidades de esta noche. Te gustará. Dime, ¿qué va a querer beber esa preciosa chica tuya?

—Vino blanco. Y yo tomaré¼

—Una cerveza —terminó Chuck por él—. ¿Cuándo regresará tu tío? Hace tiempo que no lo veo.

Recogiendo su cerveza y la copa de Teresa, Riley se encogió de hombros.

—No creo que tarde mucho. Tarde o temprano tendrá que volver para probar tus nuevas especialidades.

Riendo como si Riley acabara de contarle un chiste increíblemente ingenioso, Chuck volvió a su trabajo y Riley se encaminó hacia su mesa. Desviando la vista de la animada pista de baile, Teresa aceptó la copa con una sonrisa.

—Parece que las cosas se están poniendo interesantes aquí.

Siguiendo la dirección de su mirada, Riley sonrió. Una pelirroja de voluptuosas curvas y ajustados vaqueros estaba bailando en el centro de la pista con dos hombres, repartiendo sus atenciones entre uno y otro. La conocía muy bien, aunque hacía tiempo que no la veía.

—A Lorrie le encanta llamar la atención.

—¿Lorrie?

—Una antigua amiga —se encogió de hombros.

—¡Ah! —deslizó lentamente un dedo por el borde de su copa—. Debes de tener muchas amistades.

—Supongo que sí, teniendo en cuenta mis tendencias solitarias.

—No creo que tú seas un solitario.

—Sólo lo soy cuando quiero serlo.

—He leído tu columna del periódico de ayer. Fuiste muy elogioso con la administración del instituto.

—Hay que reconocerle el mérito a quien se lo merece. Ese nuevo programa social de ayuda a estudiantes de familias desfavorecidas o con problemas en casa es una gran idea.

—Una de esas estudiantes está trabajando en la cafetería un par de horas al día antes de entrar a clase, sirviendo desayunos. Lo está haciendo muy bien¼ y Marjorie, por supuesto, la ha tomado bajo su protección. Es como una abuela para ella.

—Marjorie adoptaría a todos los niños y niñas de este pueblo, si la dejaran. Es una benefactora compulsiva.

—Sí. Marjorie es la persona más bondadosa que conozco.

De repente un joven camarero se acercó para servirles el primer plato junto con una fuente de fritos de maíz. Antes de marcharse a

toda velocidad, les dijo que no tardaría en volver con el segundo.

—Tenías razón —le comentó Teresa minutos después—. La comida está riquísima.

Había probado el guiso sazonado con picante sin pestañear. Cuando vio que se servía tabasco de Luisiana y más salsa picante todavía, Riley suspiró; sin lugar a dudas, estaba completamente identificado con aquella mujer. Sí, Teresa le había llegado al corazón. Un corazón que había estado protegiendo durante la mayor parte de su vida adulta.

Capítulo 13

Riley y Teresa disfrutaron enormemente de la cena. Hablaron de los niños, del programa para estudiantes con problemas que había reseñado en su columna del diario, de las próximas vacaciones¼

—Generalmente suelo pasar el Día de Acción de Gracias en Florida, con mis padres —dijo Riley en respuesta a una pregunta que le había hecho ella—. Pero este año me quedaré aquí.

—¿Por causa de Bud?

—En parte sí.

—Seguro que para esas fechas ya habrás tenido noticias suyas. Todavía falta más de una semana.

—Eso espero —repuso Riley bajando la mirada a su plato.

—¿Y si no es así?

—Entonces tendré que seguir haciendo investigaciones.

—¿Qué es lo que has encontrado hasta el momento?

—No mucho —admitió—. He estado revisando los fondos de la hemeroteca, en busca de alguna historia que pudiera haber tenido algo que ver con Bud y con R. L. En apariencia los dos han tenido unas vidas perfectamente normales, muy discretas y sin ningún acontecimiento extraordinario.

—No sé por qué, pero encuentro eso difícil de creer¼

—Digamos que sus «*hazañas*» nunca llegaron a saltar a la prensa. Por el momento, lo que sé de su pasado es que se graduaron en el instituto local junto con varios amigos más, con los que formaban un grupo muy unido. Un par de ellos se marchó del pueblo poco después de su graduación. Desde entonces, uno falleció de un ataque cardíaco, otro terminó en prisión y sólo Traman, R. L. y Bud conservaron la amistad. Los tres se casaron jóvenes, pero el matrimonio de Traman fue el único que duró. Su esposa murió de cáncer hace diez años. R. L. se divorció una vez y Bud, dos —se interrumpió por un momento antes de continuar—. Cada uno fundó su propio negocio y a todos les fue más o menos bien, pero ninguno se hizo rico. Traman se jubiló hace un par de años, Bud uno más tarde y R. L. se retiró después de que nuestro pirómano local le quemase la empresa. Los tres pasaban el tiempo libre pescando, jugando a los bolos, paseando¼ Hasta que Truman murió en aquel incendio de principios de año y alguien intentó matar a R. L. hace apenas una semanas. Por lo que sé, Bud no había recibido amenazas ni llamadas extrañas de ninguna clase. El único incidente particular fue el de aquella camioneta que estaba delante de casa.

—Y Bud se marchó al día siguiente.
—Y sin avisar —asintió Riley sombrío.
Apoyando los codos sobre la mesa, Teresa se inclinó ligeramente hacia él, absolutamente concentrada en la conversación.
—¿Todavía sospechas que existe una conexión entre el incendio que acabó con la vida de Truman y el atentado contra el señor Hightower?
—Sigo pensando que es una posibilidad.
—Un asesinato —se estremeció al susurrar aquella palabra.
—Quizá —reconoció él, reacio.
Como si su apetito se hubiera evaporado de pronto, Teresa dejó a un lado su tenedor y suspiró profundamente.
—Bueno, entonces¼ ¿cuáles son los motivos que se ocultan detrás de todo asesinato?
—Dinero —Riley había estado repasando la lista mentalmente al menos una docena de veces.
—Pero acabas de decir que ninguno de los tres se hizo rico.
—En efecto. Vivían con desahogo, pero no eran ricos.
—¿Qué más?
—Venganza.
—Los tres llevaban vidas muy tranquilas, sin sobresaltos. ¿Qué podrían haber hecho para suscitar la venganza de alguien?
—Nada que yo haya podido descubrir.
—Y¼ ¿qué más?
—Celos.
—¿Supongo que no cortejarían a la misma mujer al mismo tiempo, verdad?
—No que yo sepa —repuso Riley—. Siempre existe la posibilidad de que esta secuencia de sospechas esté equivocada. Truman Kellogg bien pudo haber fallecido en un incendio fortuito, o provocado por el mismo joven que reconoció la autoría de los demás. Y es muy probable que R. L. tuviera un enemigo personal, por causa de su trabajo en la empresa de seguros. Por último, aquella camioneta que estaba aparcada frente a tu casa tal vez estuviera ocupada por inofensivos adolescentes intentando pasárselo bien.
—Tal vez. Pero entonces¼ ¿dónde está Bud?
—Evidentemente, con su amigo. Quizá haciéndole compañía hasta que juzguen prudente y seguro regresar a casa —a partir de aquel instante fue Riley quien comenzó a formular preguntas—. Si R. L. y presumiblemente Bud, sabían quién fue el autor de esos disparos, ¿por qué no se lo contaron a Dan?
—A lo mejor no estaban seguros.
—¿Entonces por qué no compartieron al menos sus sospechas

con alguien?

—Quizá porque pretendían averiguarlo ellos solos.

—Dudoso.

—¿O tal vez¼?

—¿Qué? —le preguntó Riley al ver que se quedaba callada de repente, sin llegar a terminar la frase.

—No importa. Probablemente sea demasiado absurdo.

—Sigo queriendo escuchar lo que ibas a decir.

—¿Y si Bud y R. L. no sólo sabían quién fue al autor de los disparos, sino que además conocían bien sus motivaciones? ¿Y si no querían compartir toda esa información con el jefe Dan Meadows?

—¿Estás sugiriendo que escondían, o esconden algo¼ algo ilegal?

—Incómodo o comprometedor, al menos. Ya te dije que era una suposición muy descabellada.

—No —suspiró Riley—. De hecho, tiene mucho sentido. Y es una posibilidad sobre la que ya he estado reflexionando. El comportamiento de Bud, entre culpable y evasivo¼ Bueno yo sabía que me estaba escondiendo algo.

Teresa lo miró, compadecida.

—Ya te lo contará cuando esté en condiciones de hacerlo.

—Eso es lo que me dices siempre —sonrió.

—Sé que lo hará.

De repente, una pesada mano se posó sobre el hombro de Riley.

—Bueno, Riley ¿qué tal estaba la comida?

—Tan buena como me prometiste. Teresa, te presento a Chuck, nuestro anfitrión. Es decir, el propietario del local.

—La comida estaba deliciosa —le comentó ella, sonriendo—. No había comido nada parecido desde la semana que pasé en Nueva Orleans, hace cinco años.

Mientras Chuck respondía a sus cumplidos y les hablaba de sus restaurantes favoritos en la ciudad sureña, Riley pensó que probablemente Teresa habría realizado aquel viaje con su marido. Una salida romántica, quizás. No le gustaba nada imaginársela.

—¿Todavía no habéis tomado el postre? —inquirió Chuck. Mirando sus platos casi vacíos—. Permitidme que os sirva unos beignets.

—Yo estoy llena —protestó Teresa—. Ya he comido demasiado.

—Entonces deberías bailar para bajar la comida. Ya tomaréis después el postre.

—A mí me parece una buena idea —se apresuró a decir Riley—. ¿Te gustaría bailar, Teresa?

Se había preparado para recibir una negativa por respuesta. Pero en lugar de eso, ella respondió:

—Creía que no me lo ibas a pedir nunca.

Chuck se echó a reír y le dio otra palmada en el hombro a Riley.

—Es que este chico es un poco lento a veces. Anda, baila con la dama. Os tendré preparado el postre para cuando os hayáis cansado.

Teresa sabía bailar. Y muy bien. Riley se dijo que tal vez no debería haberse sorprendido tanto de ese hecho, pero no podía evitarlo. Se movía con una gracia y una sensualidad que le quitó el aliento. Observándola, casi se olvidó él mismo de bailar; de buena gana se habría conformado con admirarla.

Le tomó las manos y la acercó hacia sí sin dejar de seguir el ritmo.

—¿Estás segura de que solo pasaste una semana en Nueva Orleans? Por tu forma de bailar, parece que hubieras nacido allí.

—Dije que había pasado una semana en Nueva Orleans hace cinco años —rió suavemente—. Nunca dije que esa fuera mi primera visita.

—¿Pasaste mucho tiempo allí?

—Mi marido se crió en Nueva Orleans. Volvía cada vez que podía. Fue allí donde pasamos nuestra luna de miel y casi todos los veranos desde entonces.

«*Estupendo*», pensó Riley. La había llevado, en su primera cita, a un lugar que le había recordado a su difunto marido. Decidido a no dejarle pensar en nadie que no fuera él mismo, la acercó todavía más hacia sí mientras bailaban. Teresa parpadeó asombrada un par de veces, pero no se apartó.

Por el placer que se reflejaba en su rostro, resultaba obvio que le encantaba bailar.

—Bailas muy bien —le comentó Riley.

—Gracias —le sonrió.

Terminó aquel tema musical y dio comienzo otro, mucho más lento. La sensual voz de Aaron Neville resonó en los altavoces, a la vez que se atenuaban las luces de colores de la sala. Riley acercó la mejilla al cabello de Teresa, bajando la mano lentamente por su espalda. Por mucho que hubiera pretendido apagar la fascinación que sentía por ella, el efecto que había conseguido era justamente el contrario. La deseaba con absoluta desesperación. Y no se trataba sólo de una atracción física. Todo en Teresa Scott lo atraía. Excepto las complicaciones que le acarrearía una relación con ella, por supuesto. Pero era difícil pensar en esas complicaciones cuando la tenía en sus brazos, como en aquel momento. Cuando podía sentir la caricia de su cabello en la mejilla y aspirar la fragancia de su perfume.

Casi se sintió aliviado cuando volvieron a poner un tema rápido.

Si hubiera seguido otro lento, no habría podido responder de lo que habría pasado. Bailaron sin cesar hasta cansarse. La pista parecía llenarse de gente por momentos. Algunos conocidos se le acercaron para saludarlo, pero Riley se limitó a responderles con monosílabos, concentrado como estaba en Teresa. Lorrie se le aproximó en un determinado instante, provocándolo descaradamente para que le pidiera un baile¼ en vano. No estaba en absoluto interesado y así se lo dio a entender, con muy poco tacto por su parte.

—Siéntete libre de bailar con quien quieras, si te apetece —le dijo Teresa cuando Lorrie ya se alejaba.

Riley la tomó en sus brazos mientras daba comienzo otra balada.

—No me apetece. Quiero bailar contigo.

Sonriendo, le echó los brazos al cuello.

—Hacía años que no bailaba tanto¼

—Me alegro de que te lo estés pasando bien.

—Me lo estoy pasando maravillosamente —suspiró—. Pero por desgracia, va a tener que terminar pronto. No quiero volver demasiado tarde.

Aquellas complicaciones en las que él había pensado antes volvían a hacer acto de presencia. Apoyando de nuevo la mejilla contra su pelo, Riley cerró los ojos por un instante e intentó imaginar que ella era tan libre como él. Libre para pasar la noche entera bailando. Libre para pasar aquel fin de semana donde quisieran, si así les apetecía. O para encerrarse a cal y canto en su dormitorio y no salir en varios días.

La canción terminó y también la fantasía. Había llegado la hora de llevar a Teresa a casa, con sus hijos.

Teresa se sintió un tanto confundida cuando Riley nada más salir de Gaylord's, salió en dirección contraria a su casa.

—¿Adónde vamos?

—A dar una vuelta —respondió vagamente—. Dijiste que querías conocer a fondo Edstown, ¿no?

—Sí, pero no necesariamente esta noche.

—No nos entretendremos demasiado —le aseguró, riendo—. Es que todavía no estoy preparado para aceptar que nuestra velada ha tocado a su fin.

Aquel argumento la dejó sin habla, porque a ella le sucedía exactamente lo mismo. Había disfrutado tanto aquella noche, conversando y bailando¼ ¡Hacía tanto tiempo que no bailaba! Riley se había revelado como una maravillosa pareja, sintonizando casi instintivamente con sus movimientos. Y cuando bailaron las baladas y ella descubrió que la deseaba tanto¼

Tragó saliva, nerviosa, consciente de que debía hacer a un lado esos pensamientos. Aquella cita había sido una excepción que no se

repetiría. Había aceptado su invitación convencida de que Riley necesitaba distraerse de su constante preocupación por su tío¼ y porque se moría de ganas de salir con él. Porque estaba segura de que disfrutaría en su compañía. Como siempre.

Reconoció la carretera por la que enfiló Riley. No estaba muy lejos de la casa de Serena.

—Esta carretera lleva al lago, ¿no?

Distinguió el brillo de su sonrisa en el oscuro interior del deportivo.

—Sí. Hay una preciosa vista por la noche, con la luna reflejándose en el agua.

—Llevo aquí el tiempo suficiente como para saber que es al lago a donde¼ a donde suelen ir las parejas jóvenes del pueblo los fines de semana —le dijo, intentando mantener un tono de voz firme y sereno.

—Exacto. Pero suelen aparcar al otro lado. Sé de un lugar a donde nunca van los chicos.

Teresa se humedeció los labios, inquieta.

—No creo que sea una buena idea.

—Sólo quiero enseñarte uno de los lugares más bonitos de Edstown. No hay nada malo en eso, ¿verdad?

—Eso depende de lo que quieras hacer mientras admiramos la vista.

Riley se echó a reír.

—Estamos en un pequeño deportivo, de dos plazas, con una palanca de cambios entre nosotros. Reconozco que me encuentro en buena forma, pero no soy contorsionista.

«*Quizá quiera hablar un poco más*», pensó Teresa en el momento en que Riley aparcaba el coche. Pero en el fondo dudaba que ese fuera el único propósito de aquella excursión.

Como le había prometido, la vista era maravillosa. Se encontraban en la cima de una colina, en un claro rodeado de altos árboles. El reflejo de la luna formaba un sendero de plata sobre la negra superficie del lago.

Riley se desabrochó el cinturón de seguridad y se volvió para mirarla.

—¿Te he mentido acaso? ¿No es una vista preciosa?

—Sí que lo es —admitió con una sonrisa—. Es mágica.

—Algún día me construiré una casa aquí.

—¿Es tuyo este terreno? —le preguntó, sorprendida.

—Sí. Mis padres me compraron el terreno cuando vendieron la casa que tenían en el pueblo y se trasladaron a Florida. Creo que en cierta forma, se sentían culpables de dejarme aquí, aunque para entonces yo ya era una persona adulta y autónoma.

—Fue un bonito gesto por su parte.

—Sí. De vez en cuando me vengo aquí para pensar, o para aclarar la mente. En el verano me dedico a escuchar a los grillos y a las ranas —añadió, riendo.

—Debe de ser fantástico. Me encantan las noches de verano.

—Debí suponerlo. ¿Sabes? A veces me sorprende la cantidad de cosas que tenemos en común tú y yo.

Algo incómoda con esa observación, Teresa se recogió un mechón de cabello detrás de la oreja.

—No sé por qué, pero dudo que nos parezcamos tanto.

—No te creas. Las diferencias estriban más en las distintas circunstancias que nos rodean que en nuestros caracteres.

—A los dos nos gusta la comida cajún y la música de Nueva Orleans. Eso no nos convierte ni mucho menos en almas gemelas.

—No, pero ciertamente nos proporciona una sólida base para una amistad.

«*Una amistad*», pensó Teresa, nostálgica. Aquello era más de lo que inicialmente había pensado que podría desarrollarse entre ellos¼ pero menos de lo podrían haber tenido, si las cosas hubieran sido diferentes.

Riley extendió una mano para apartarle otro mechón de pelo de la cara. Estaban muy cerca. Demasiado.

—Creo que ya te dije una vez antes que estás preciosa a la luz de la luna —murmuró.

—Riley¼

—Ha sido una velada encantadora —se acercó más a ella—. Un beso podría ser un magnífico remate, ¿no te parece?

Teresa se dijo que un beso o dos no podían significar un error tan grave. Si aquella velada había sido como un maravilloso paréntesis, una noche excepcional dedicada a los sueños y a las fantasías, un beso podría ser el mejor broche para cerrarla.

Mientras se desabrochaba el cinturón de seguridad, se acercó a él a modo de tácita invitación. Riley sin dudarlo, la besó en los labios.

Teresa le echó los brazos al cuello, inclinando la cabeza hacia atrás. Y él aprovechó con creces la libertad que le ofrecía para explorar a fondo, con la punta de la lengua, su dulce interior.

No pudo decir cuánto tiempo transcurrió hasta que recuperó nuevamente el sentido. Todo transcurrió entre un largo y devastador beso y el siguiente. Fue como si en el fugaz instante de un parpadeo, de repente se descubriera medio tumbada bajo su cuerpo, abrazada a él en una posición inconcebible de adoptar dentro de un deportivo.

Y eso que Riley había negado ser contorsionista¼

—Tenemos que detenernos —murmuró Teresa con voz ronca, interrumpiendo el beso y retirando las manos de su pelo.

—¿Estás segura?

—Sí.

Suspirando, Riley volvió a su asiento. Teresa, ruborizada, se apresuró a arreglarse la ropa. Olas de calor seguían arrasando su cuerpo mientras intentaba recuperar la compostura.

Riley se había quedado muy quieto, con la vista fija en el lago que se extendía frente a ellos. Estuvo así durante tanto tiempo que finalmente Teresa se sintió impulsada a preguntarle:

—¿En qué estás pensando?

—Estaba pensando en darme una rápida zambullida en el lago. Es lo más parecido a una ducha de agua fría que puedo permitirme en este momento.

—Bueno, supongo que quizá hemos perdido un poco el control¼

—Sí, más bien.

—Debe de haber sido el vino. Y el baile.

—¿O la luz de la luna?

—Quizá.

—O quizá¼ —añadió, todavía sin mirarla—, haya más que eso.

—No puede haber más. Lo sabes tan bien como yo.

Riley se quedó callado por un momento, hasta que finalmente asintió.

—Probablemente tengas razón.

—Se está haciendo tarde —miró el reloj del salpicadero—. Tenemos que volver.

—Fue una bonita fantasía¼ mientras duró —dijo Riley mientras encendía el motor.

—Sí —afirmó Teresa—. Pero eso es todo lo que ha sido esta noche. Una fantasía. Un pequeño lapso de irrealidad. Me lo he pasado maravillosamente bien, eso no puedo negarlo. Hacía años que no bailaba¼ y que no me dejaba arrastrar de esta forma por la pasión —añadió, intentando adoptar un tono ligero.

Riley estaba aparentemente concentrado en la carretera, pero ella sabía que le estaba dedicando toda su atención.

—¿Arrastrar por la pasión? ¿Es eso lo que nos acaba de suceder?

—Algo así.

—Llámalo como quieras. El caso es que ha sido algo fantástico.

—Eso no puedo discutirlo —murmuró Teresa.

—A no ser que quieras que dé media vuelta, regrese al lago y retome las cosas donde las dejamos, será mejor que¼ que me expliques por qué tuvimos que interrumpirnos en aquel momento. Y renunciar a tanta maravilla.

—Creo que no necesito repetírtelo.

—¿Realmente te satisface volver a la vida que has estado llevando hasta ahora? ¿Puedes conformarte tranquilamente con eso? ¿Con vivir concentrada únicamente en tus hijos y en tu trabajo?

—Es una vida que no está mal. Es cómoda. Los niños están sanos y son felices. Disfruto trabajando para Marjorie y estoy haciendo amigos nuevos en el pueblo. En realidad no puedo pedir más.

—¿Y qué pasa con tus propias necesidades? No intentes convencerme de que no tienes ninguna. Ahora estoy seguro de ello.

Se ruborizó de nuevo, pero pudo mantener un tono de voz tranquilo y equilibrado.

—Mis necesidades pueden esperar a que mis hijos sean mayores. Ahora requieren de todo mi tiempo y atención.

—Ese es precisamente el motivo por el cual yo estoy soltero y no tengo hijos —musitó Riley—. Soy demasiado egoísta.

«*No lo eres*», pensó Teresa mientras desviaba la mirada hacia la ventanilla, sin responder. Riley había roto sus propias reglas para alquilarle la casa. Le había cambiado la rueda del coche y había cuidado a su hija enferma sin protestar ni una sola vez, cuando ella se lo había pedido. Era tan bueno con su tío y tan paciente y cariñoso con sus hijos¼

La imagen de duro, cínico y solitario periodista que tanto gustaba de proyectar era solamente una fachada. Pero eso era algo que el propio Riley tendría que reconocer antes de que pudiera decidirse a cambiar. Si es que lograba encontrar a alguien que le hiciera cambiar.

Capítulo 14

Aquel viernes faltaba poco para la hora de comer y las calles del centro del pueblo estaban llenas de gente. Los empleados del banco y de las tiendas ya se disponían a aprovechar su hora de descanso y algunos de ellos se dirigían hacia el popular Café Rainbow. De pie en la acera, a poca distancia de la cafetería, Riley resistió la tentación de seguirlos. Excepto alguna que otra vez, solamente de pasada, no había visto a Teresa desde el sábado anterior, cuando fueron a cenar juntos. Necesitaba esperar un poco más antes de verla de nuevo.

Dejándose llevar por un impulso, entró en la tienda de golosinas de la esquina, situada en un viejo edificio que había sido restaurado apenas un par de años antes. Sus propietarios habían tenido problemas para mantener el negocio durante el primer año, pero finalmente habían logrado mantenerse vendiendo también tés de hierbas y cafés, teteras de porcelana y velas decorativas. Riley solía comprar allí cierta marca de caramelos de sabores, sus preferidos.

La dueña, Angelina Santiago, lo saludó con una sonrisa.

—Hola, Riley. ¿Cómo estás? —le preguntó.

—Bien, Angelina. ¿Qué tal la familia?

—Todos bien, gracias. La semana que viene Tomás vendrá de la universidad para pasar con nosotros el Día de Acción de Gracias. Estoy deseando verlo.

Riley ya había tomado una bolsa de plástico y la estaba llenando de caramelos.

—¿Y qué tal marchan los planes de boda?

—Mi hija va a tener una boda maravillosa —respondió Angelina, radiante de emoción—. Será el veintidós de diciembre. Las damas de honor llevarán vestidos verdes con flores rojas y blancas¼ todo muy navideño.

—Una buena idea.

—¿Y tú? ¿Para cuándo tu boda? He oído que andas saliendo con la nueva camarera del Café Rainbow. La he visto. Es muy bonita.

A punto estuvo de que se le cayeran al suelo los caramelos de fresa. Con esfuerzo logró mantenerlos dentro de la bolsa.

—No estoy saliendo con nadie. Y tampoco estoy pensando en ninguna boda, por supuesto.

—Mmm. Ya veremos. Ya sabes que soy un poco adivina.

—Es lo que dices siempre.

—Percibo que se acercan grandes cambios en tu vida.

Riley añadió a su ya abultada bolsa caramelos de sabor a café, a

canela, a chocolate y a pina colada.

—Ya sabes que yo no creo en los poderes paranormales, Angelina.

—¿Pero sí crees en el poder del amor, verdad?

—Creo en el poder de los exquisitos caramelos de sabores que vendes.

—Puedes resistirte todo lo que quieras, Riley O'Neal. Al final, el amor siempre gana.

—Tú concéntrate en la boda de tu hija y deja tranquilos al resto de los solteros, que bien felices que están —replicó mientras pesaba la bolsa—. ¿Te quedan algunos de esos pastelillos de chocolate y nueces que tanto me gustan?

—Claro que sí —se volvió para recoger una caja de un estante detrás del mostrador.

De repente llamó la atención de Riley un rico surtido de piruletas con la forma de diversos personajes de cómics, de dinosaurios y extraños animales. Tomó una con la figura de un unicornio, pensando que a Maggie le gustaría especialmente. Y a Mark también la de aquella que parecía¼

Pero al instante dejó la piruleta donde estaba. Había entrado en aquella tienda para comprar caramelos para él, no para los niños de Teresa. Angelina colocó la caja de los pastelillos al lado de la bolsa de caramelos.

—¿Quieres algo más?

—No —dijo con más firmeza de lo que había pretendido—. ¿Cuánto te debo?

Un brillo de diversión asomó a los ojos de Angelina, pero le hizo la cuenta sin volver a hacer mención alguna a su vida personal.

Riley salió de la tienda y se dirigió hacia su deportivo. Aquella tarde tenía que escribir una columna y pensaba encerrarse en su casa hasta que la terminara. Ni siquiera miró hacia la cafetería cuando pasó al lado.

Dos horas después estaba sentado frente al ordenador, con la mente en blanco. Hacía unos cinco minutos que había oído llegar a Teresa. Había regresado muy temprano; esperaba que no hubiera ocurrido nada malo. Cualquier esperanza de encontrar una ingeniosa idea para su columna se había evaporado al oír el coche de Teresa.

A pesar de todos sus esfuerzos, había sido incapaz de quitársela de la cabeza desde el sábado por la noche, cuando salió con ella. No había podido dejar de recordar cosas. Como la manera tan sensual que tenía de bailar, o el ardor de la respuesta a sus besos. Sí, demasiado fuego. Demasiada pasión. Un fuego y una pasión que escondía muy dentro de sí.

Frustrado por su falta de progresos, tanto en su trabajo como en la tarea de sacarse a Teresa de la cabeza, se levantó y bajó a la cocina para prepararse un café.

Nunca supo cómo terminó abriendo la puerta principal en vez de entrar en la cocina. Incluso mientras salía a la calle, se preguntaba qué diablos estaba haciendo.

Aquella no era la manera más efectiva de quitársela de la cabeza.

Sentada en el sofá del salón, Teresa se esforzaba en vano por concentrarse en la lectura de un libro. Había regresado a casa más temprano de lo normal. No había muchos clientes y Marjorie la había convencido de que se marchara antes.

—Pareces cansada —le había dicho—. Anda, vete a descansar a casa antes de que regresen los niños del colegio. Tómate un baño de espuma. Ponte a leer un buen libro. Descansa.

Descansar. Eso era algo que Teresa no había hecho últimamente. Había pasado demasiadas horas desvelada en la cama, rememorando cada momento de la noche del sábado.

Todavía disponía de una hora y media antes de que llegaran sus hijos. Quizá debería haberse quedado en la cafetería para ayudar a Marjorie a preparar los desayunos del día siguiente. Al menos así habría estado demasiado ocupada para pensar.

La llamada a la puerta la dejó sin aliento, sobre todo porque sabía quién era: Riley. Desde su última cita no había vuelto a ponerse en contacto con ella. Tal vez para darle un respiro, o quizá incluso porque finalmente había aceptado que era imposible toda relación profunda entre ambos.

Suspirando, abrió la puerta. Riley estaba en el umbral, con una mano apoyada en el marco. Llevaba una camiseta negra de manga larga y unos vaqueros desteñidos, lo que le daba un aspecto juvenil, atractivo y por primera vez desde que lo conocía¼ algo intimidante. O tal vez fuera por su sombría expresión, o por la manera que tenía de apretar la mandíbula. O por el extraño brillo que asomaba a sus ojos.

Temerosa de que hubiera recibido malas noticias, le preguntó con un nudo en la garganta:

—¿Qué pasa?

—No funciona.

—¿Qué es lo que no funciona?

—He estado intentando convencerme a mí mismo de que debo mantenerme alejado de ti. Pero no dejo de pensar en lo bien que estamos juntos. Y en lo bien que podríamos estar.

Teresa sintió que le flaqueaban las piernas.

—Yo creía que habíamos acordado¼

—Esto es lo que hemos acordado —musitó antes de levantarla bruscamente en brazos.

Sin darse tiempo para pensarlo, Teresa fue al encuentro de su beso, con las manos sobre sus hombros. Le oyó cerrar la puerta de una patada. La tensión que emanaba de su cuerpo era palpable, inequívoca su ansia y su deseo. No podría habérsele resistido ni aunque lo hubiera intentado.

No lo intentó.

Riley le cubrió de besos el rostro, el cuello, le mordisqueó el lóbulo de la oreja¼

—¿Cuánto tiempo tenemos? —le preguntó en un murmullo.

—Cerca de una hora —susurró ella.

—No es suficiente —la besó de nuevo en los labios. Un beso largo y arrollador—. Pero lo aprovecharé de todas formas.

Subieron a trompicones las escaleras. A cada momento se detenían para besarse, para disfrutar, para explorar. Para cuando llegaron al dormitorio, ambos estaban jadeantes, medio desnudos. Retiró el edredón y la tumbó en la cama antes de echarse a su lado.

Ya había perdido el broche con el que se sujetaba el pelo y Riley enterró los dedos en su melena mientras le devoraba los labios. Ella, por su parte, acabó de quitarle la camiseta, desnudando su pecho con manos ansiosas. Tenía la piel fina y suave y los músculos duros y bien delineados. No tenía el cuerpo del indolente tipo sedentario que le gustaba simular que era.

Había muchas cosas en Riley que no eran en absoluto lo que parecían.

Después de despojarla de la camisa, él le desabrochó hábilmente el sujetador. No había tiempo para deleitarse con su desnudez; sus manos y su boca ya la estaban acariciando, despejando cualquier inhibición que pudiera tener. Le mordisqueó ligeramente un pezón arrancándole un jadeo y sensibilizando deliciosamente todo su cuerpo.

Sin dejar de acariciarle el seno, deslizó la otra mano a lo largo de su vientre hasta introducirla debajo de los vaqueros. Y cuando alcanzó el húmedo calor de su sexo, Teresa se sobresaltó bruscamente.

—Tranquila —murmuró Riley alzando la cabeza para besarla de nuevo en los labios.

No le parecía muy justo que él todavía pudiera pensar y hablar de manera coherente mientras ella estaba perdiendo el juicio de aquella forma. Así que deslizó a su vez una mano dentro de sus téjanos, allí donde más se tensaban. Y Riley dio un respingo, desconcertado.

Para gran satisfacción de Teresa, vio que sus movimientos se

tornaban poco a poco más torpes, menos seguros, más urgentes. Rodando por la cama, lucharon desesperados para terminar de desembarazarse del resto de la ropa, derribando incluso la lámpara de la mesilla. Teresa ni siquiera oyó el golpe¼ y tampoco le habría importado de haberlo oído.

Riley conservó al menos la lucidez necesaria para ponerse un preservativo¼ y ella descubrió con alivio que tenía la costumbre de llevar siempre uno consigo. Se habrían encontrado con un problema si él no hubiera pensado en eso: los preservativos no eran algo que Teresa hubiera tenido necesidad de adquirir durante los últimos años.

Un débil grito escapó de su garganta cuando Riley entró en ella. Enredando las piernas en torno a su cintura, empezó a moverse con él, presa de una desesperada necesidad de liberación. Alcanzó el orgasmo rápidamente, con violentas punzadas de placer atravesando todo su cuerpo. A través de la niebla sensual que le nublaba la vista, advirtió que un destello de satisfacción iluminaba el rostro de Riley un segundo antes de alcanzar el clímax.

Murmurando su nombre, la besó con exquisita ternura y finalmente se derrumbó en la cama a su lado.

Teresa yació inmóvil durante un buen rato, intentando recuperar su ritmo normal de respiración, esperando a que el corazón dejara de latirle aceleradamente. Tenía todo el cuerpo estremecido después del terremoto que habían generado entre los dos.

Le resultaba difícil de creer que acabara de hacer el amor apasionada, loca, salvajemente con Riley O'Neal. Que en aquel preciso instante estuviera desnudo en la cama, a su lado, rodeándole los hombros con un brazo. No tenía que preguntarse si había perdido el juicio o no. Lo había perdido. No había ninguna duda acerca de ello.

Una vez aceptado aquel hecho, lo que verdaderamente la sorprendía era que no sintiera el menor arrepentimiento. Preocupación, sí. Sabía que se había arriesgado a padecer una serie de complicaciones que solamente a ella, podrían acarrearle un fuerte desengaño¼ pero no lo lamentaba. ¿Cómo podría lamentarlo? Había sido fabuloso.

—¿Estás bien? —le preguntó Riley besándole el pelo.

—Creo que sí —esbozó una temblorosa sonrisa.

—Creo que acabamos de tirar por la borda nuestra relación profesional entre casero e inquilina.

—Creo que tienes razón —repuso ella, riendo.

—Realmente me esforcé por distanciarme.

—Y yo me esforcé por querer que te distanciaras.

—Era inevitable, supongo. Éramos como una explosión

esperando que tuviera lugar.

—Es verdad.

Sabía que Riley siempre la había atraído de una manera especial. Había intentado convencerse de que no le gustaba. No había querido admitir que se había visto literalmente arrastrada hacia él ya desde el principio, desde la primera vez que lo vio. Aunque todavía no se sentía preparada para aceptarlo.

Recordando sus obligaciones, alzó la cabeza para mirar el reloj de la mesilla. Todo estaba hecho un desastre. La lámpara derribada, sus ropas mezcladas y regadas por el suelo¼ Era, definitivamente, una verdadera escena de libertinaje, pensó esbozando una mueca.

—¿Adónde vas? —le preguntó Riley al ver que se disponía a levantarse—. Todavía tenemos tiempo.

—Voy a tardar bastante en arreglarlo todo¼ —repuso y se llevó una mano al cabello—. Yo misma incluida.

Incorporándose sobre un codo, Riley la observó mientras volvía a poner la lámpara en su lugar y recuperaba su ropa. Una vez pasado el arrebato de pasión, Teresa no podía evitar sentirse un tanto avergonzada. Tenía treinta y un años y era madre de dos hijos. Estaba acostumbrada al trabajo duro y no tenía el cuerpo de una modelo, o el de una atleta¼ pero eso no parecía haberle importado a Riley unos minutos antes.

Tampoco parecía importarle ahora. Porque seguía mirándola con una expresión francamente admirativa.

—Vuelve a la cama.

—No puedo. Y tú tienes que vestirte.

Teresa pensó que deberían prohibir las sonrisas como la que en aquel momento le lanzó Riley. Dio unas palmaditas en la cama, a su lado.

—Sólo unos minutos¼

—No. Los niños no tardarán en volver. Necesito dejarlo todo preparado antes de que lleguen.

Riley suspiró. Detenida en el umbral, Teresa se volvió para mirarlo.

—Ya sabías cómo estaban las cosas cuando llamaste a mi puerta.

—Es verdad —se sentó en la cama y empezó a recoger su ropa —. Ya lo sabía.

Suspirando también, Teresa entró en el cuarto de baño y cerró la puerta.

Se dijo que era una rata. Egoísta, ambicioso y caprichoso. Quizá sus padres deberían haber tenido más hijos¼ sólo para que hubiera aprendido al menos a compartir.

Riley se hallaba nuevamente sentado delante del ordenador y la pantalla estaba tan vacía como antes. La casa estaba silenciosa, pero

si aguzaba el oído podía escuchar las risas procedentes de la vivienda contigua. Teresa probablemente se estaría divirtiendo con sus hijos. Y probablemente a esas alturas ya se habría olvidado de él.

Era un estúpido. Un idiota. Al fin había encontrado a una mujer que no podía quitarse de la cabeza cuando no estaba con ella. Una mujer que le había hecho olvidar las férreas reglas que se había impuesto. Una mujer con la que había hecho el amor como nunca lo había hecho con ninguna otra. Y se había equivocado de medio a medio.

Maldijo entre dientes. Se había enamorado por primera vez en su vida y no podía haber escogido a alguien menos adecuado. «*Amor*».

Aquella palabra lo hacía sudar. No era amor lo que realmente sentía por Teresa, por supuesto. Al menos, no el clásico amor duradero, para toda la vida. Era algo más parecido al deseo¼ mezclado con una enorme ternura. Teresa era¼ especial.

Y él era una rata egoísta y ambiciosa.

No había querido dejarla después de que hicieran el amor. Sólo había querido hacerle el amor de nuevo hasta que ninguno de los dos tuviera suficiente fuerza para mover un músculo. Y mecerla luego entre sus brazos, dormirse, despertar y volver a empezar otra vez.

Pero Teresa había tenido que prepararse para recibir a sus hijos de vuelta del colegio. Y luego darles la merienda y bañarlos y ayudarlos con sus deberes y todo aquello que solía hacer una madre y que le quitaba tanto tiempo para ella misma¼ o para él. Todo lo cual explicaba por qué siempre se había empeñado en relacionarse con mujeres con hijos, se recordó irritado.

Quizá debió haber aceptado su invitación de reunirse con ellos para cenar. Pero incluso mientras ese pensamiento cruzaba su mente, comprendió que habría sido un error. Habría sido como prolongar lo inevitable e incluir a los niños en la lista de personas que muy probablemente, quedarían decepcionadas cuando la atracción entre ellos se desvaneciera¼ como estaba seguro que sucedería tarde o temprano.

Musitando una maldición, se levantó rápidamente. Aquello era ridículo. Riley O'Neal no podía quedarse en su casa sentado suspirando por una mujer. Y desde luego tampoco quería pasarse un viernes por la tarde viendo la televisión con ella y con sus hijos. En el mundo exterior la gente salía, asistía a fiestas, se divertía¼

Estaba cansado de quedarse siempre solo en casa, preocupándose por su tío, amargándose con Teresa, recordándose continuamente lo muy canalla que era. Su tío era lo suficientemente

mayor como para cuidar de sí mismo. Teresa tenía a sus hijos para que ocuparan su tiempo y los defectos de su propio carácter eran probablemente demasiado profundos como para que a esas alturas de su vida, pudiera corregirlos.

Iba a salir a divertirse¼ y a recordarse por qué le gustaba sentirse libre y despreocupado. Para hacer siempre lo que se le antojase y cuando se le antojase. Excepto, por supuesto, aquello que más deseaba en el mundo: volver a estar a solas con Teresa.

El sábado, cerca del mediodía, Teresa oyó que llamaban a la puerta.

—Voy a abrir —dijo Maggie, empezando a levantarse de la mesa donde estaba comiendo con su hermano.

—No, abriré yo —dijo Teresa nada más terminar de llenar la lavadora—. Tú termínate la comida.

Revisó mentalmente su apariencia mientras se dirigía a abrir. El cabello recogido en una cola de caballo, mínimo maquillaje, camisa vaquera sobre camiseta blanca y pantalones caqui¼ Ese día tenía el aspecto de una madre clásica¼ y quizá era preferible que así fuera. Había visto la cara de Riley el día anterior cuando ella le recordó las obligaciones que tenía para con sus hijos. Con eso creía haberle dejado claro que Mark y Maggie serían siempre lo primero para ella. De hecho, esas dos pequeñas criaturas eran lo único que tenía.

No necesitaba preocuparse por su apariencia, decidió un momento después. Riley tenía el aspecto de haberse levantado de la cama en ese mismo instante. Estaba despeinado y tenía los ojos medio cerrados. No se había afeitado y su camisa y sus tejanos estaban arrugados, como si hubiera dormido vestido. Se había calzado unas zapatillas sin molestarse en atarse los cordones.

—Ah¼ Recién levantado, ¿eh?

—¿Tienes el teléfono bien colgado?

—Eso creo.

—Según la operadora, no.

Teresa esbozó una mueca.

—¡Maggie! —llamó a su hija—. ¿Dejaste bien colgado el teléfono cuando esta mañana estuviste hablando con Samantha?

—¡Uy! —exclamó la niña desde la cocina—. Voy a verlo.

Teresa se volvió hacia Riley con una expresión de disculpa.

—Es que antes estuvo hablando con una amiga suya. Supongo que no colgó bien. ¿Has estado intentando llamarme?

—Yo no, Serena. Me encargó que te dijera que no era importante, pero que estaba empezando a preocuparse un poco. Por eso me pidió que me pasara por tu casa, para ver qué pasaba.

—Y te despertó¼ —adivinó Teresa—. Lo siento.

—No es culpa tuya —se pasó una mano por el pelo—. ¿Te queda

algo de café?

—Puedo hacer otra¼ —de repente se interrumpió, al fijarse en su oreja izquierda.

—¡Ah¼! —se llevó una mano al pequeño pendiente dorado que llevaba, esbozando una mueca de dolor—. Ayer me puse un pendiente. ¡Maldita sea, duele!

—Te pusiste un pendiente ayer¼ —repitió ella lentamente—. ¿Después de irte de aquí?

—Anoche. Me encontré con un grupo de amigos en Gaylord's. Todo el mundo se empeñó en acercarse a ese local de tatuajes que está abierto las veinticuatro horas del día y alguien me dijo que parecería una versión más joven de Harrison Ford si me¼ Bueno, llámalo locura transitoria. No sé en qué estaba pensando.

«*O qué estarías bebiendo*», pensó Teresa, sacudiendo la cabeza.

—Entra, te prepararé un café. Parece que lo necesitas de verdad. ¡Ah, por cierto¼! No te pareces en nada a Harrison Ford¼ Con o sin el pendiente.

—Tú prepárame ese café —musitó mientras la seguía a la cocina —. Ya podrás burlarte después.

Maggie ya había vuelto de la otra habitación.

—Lo siento, mami. Es verdad que el teléfono no estaba bien colgado.

—¡Vaya, Riley! Ayer te emborrachaste, ¿a que sí? —observó Mark—. Tienes el mismo aspecto que Bruce Willis en esa película que vi en casa de Jacob la semana pasada.

—¡Mark! —Teresa frunció el ceño con expresión desaprobadora. Se dijo que tendría que prestar más atención a las películas que veía su hijo con sus amigos.

—Sólo estoy algo cansado —se sentó en una silla—. Supongo que ayer me quedé despierto hasta tarde.

Después de poner a calentar el café, Teresa abrió la nevera.

—Tenemos sandwiches de ensalada con atún para comer, Riley. ¿Tienes hambre?

Aguantando a duras penas la náusea, respondió:

—Creo que me limitaré al café, gracias.

—¿Te has puesto un pendiente, Riley? —le preguntó Maggie, curiosa.

—Es verdad —pronunció Mark—. ¿Por qué te lo has puesto, Riley?

Teresa pensó que Riley tenía todo el aspecto de querer desaparecer bajo la mesa. O bajo la tierra. Le estaba bien empleado. Si estaba intentando demostrarle que no debería pensar en él como en un hipotético padrastro para sus hijos, habría podido ahorrarse la resaca y el pinchazo en la oreja. Creyó ver un gesto de disculpa

en su mirada cuando le sirvió el café.

—Si vosotros dos habéis terminado de comer, podríais subir a jugar un rato —les sugirió—. Riley y yo tenemos que hablar.

Como era habitual, Maggie obedeció al instante, pero Mark se resistió un poco más.

—No te vayas sin despedirte de nosotros, ¿lo prometes, Riley?

—Descuida —esperó a que los niños estuvieran ya arriba antes de dirigirse a Teresa—. Lo siento. Supongo que no debí haber entrado. Quería hablar contigo, pero tenía que haber esperado.

—Ya sabes que siempre eres bienvenido en esta casa —se sentó a su lado—. Vamos, dispara.

—Me temo que anoche¼ —suspiró—, estuve intentando probar algo. A mí mismo, no a ti.

—¿Y lo conseguiste?

—Bueno, sí —musitó—. Pero no lo que esperaba.

Parecía tan abatido que Teresa sintió una punzada de compasión. Muy pequeña.

—Si esto hace que te sientas mejor¼ me gusta tu pendiente.

Riley esbozó una mueca.

—Me alegro de que no me convencieran de hacerme un tatuaje.

Y ella también, claro. Iba a decirle algo más cuando volvieron a llamar a la puerta.

—Probablemente será Serena, o Marjorie, o las dos, que han venido a saber qué diablos me ha pasado. Tendría que haberlas llamado para decirles que estaba bien.

—Yo les dije que las llamaría solamente si había algún problema.

—Voy a ver quién es.

Estuvo a punto de tropezar en el vestíbulo con sus hijos, que habían bajado corriendo para ver quién había llamado.

—¿Vosotros dos otra vez? —exclamó, desesperada—. ¡Dios mío, cualquiera diría que no llama nadie a nuestra casa!

—Casi nadie —repuso Maggie en el momento en que Teresa abría la puerta.

Un desconocido apareció en el umbral. Debía de tener unos treinta y pico años. Cabello castaño y escaso, ojos del mismo color, rostro ancho y colorado. Su expresión era inofensiva, pero había algo en su persona que la inquietó sin saber por qué.

—¿Puedo ayudarlo en algo?

—¿Les importaría escucharme un momento? —inquirió con tono educado—. Tengo cierta información sobre Bud O'Neal que quizá pueda interesarles.

Riley se hallaba detrás de Teresa, que no se había dado cuenta de que la había seguido desde la cocina.

—Yo soy Riley O’Neal, el sobrino de Bud. ¿Quién es usted? ¿Y qué es lo que sabe de Bud?

—Me llamo Cari Brannon. ¿Le dice algo ese nombre?

Riley frunció el ceño, intentando recordar.

—Hace años vivía aquí en el pueblo un tipo llamado Cari Brannon. Fue compañero de colegio de mi tío. ¿Usted es su hijo?

—Sí. Mi padre murió las pasadas Navidades.

Teresa abrió mucho los ojos. ¿Otro amigo de Bud que había fallecido recientemente? ¿Era posible que aquel hombre supiera algo sobre aquellas misteriosas muertes?

—Lo siento —dijo Riley—. Pero¼ ¿por qué ha venido aquí?

—Necesito hablar con su tío. Esperaba que usted pudiera decirme dónde está.

—El tío Bud está de vacaciones —se adelantó a responder Mark —. Y cuando vuelva a casa, me llevará otra vez a pescar.

—Mark, por favor —lo amonestó Teresa.

—Mi tío se ha ausentado del pueblo —explicó Riley—. Si quiere pasar a la casa de al lado y hablar conmigo, estaré encantado de transmitirle a Bud lo que quiera decirme.

—Preferiría hablar personalmente con su tío. Así que si tiene la amabilidad de decirme dónde se encuentra¼

—Lo siento. No estoy en condiciones de decírselo.

Un intenso rubor se extendió por la ya de por sí colorada cara de Brannon.

—Quiero saber dónde está. Y Hightower también. Será mejor que me lo diga.

El corazón de Teresa dio un vuelco al escuchar aquel perentorio tono de voz. De repente y demasiado tarde, se dio cuenta de que ese hombre era peligroso. ¿Por qué se había dejado distraer tanto por sus otros problemas hasta el punto de permitirle entrar en su propia casa?

—Mark, Maggie, subid arriba —les ordenó en voz baja—. Rápido.

Maggie corrió escaleras arriba y Mark se dispuso a seguirla. Ni siquiera discutió la orden de su madre. Quizá él también había detectado algo extraño. Pero apenas había dado un paso cuando Brannon lo agarró de un hombro, arrastrándolo hacia sí.

—¡Ay! —protestó el niño.

Teresa y Riley se movieron instintivamente para interponerse. De repente, la pistola pareció surgir de la nada. Teresa se quedó inmóvil, con el corazón paralizado. Brannon sostenía el arma con su mano derecha mientras mantenía agarrado a Mark con la izquierda.

—¿Dónde están O’Neal y Hightower? —preguntó a Riley con tono amenazador—. Dígamelo ahora y nadie saldrá herido.

Capítulo 15

Riley nunca se había considerado una persona violenta, pero la expresión de miedo que vio en los ojos de Mark y en los de Teresa lo puso fuera de sí. Cuando lograra ponerle las manos encima, ese tipo lo iba a lamentar de verdad.

—¡Por favor! —le suplicó Teresa—. Suelte a mi hijo. Sólo es un niño.

—No voy a hacerle daño —declaró Brannon—. No si su amigo me dice lo que quiero saber.

—No sé dónde está Bud —replicó Riley—. No me dijo a donde se fue. Supongo que R. L. y él están juntos, pero aquí nadie sabe adonde se fueron.

—No lo creo. No se marcharían sin decírselo a alguien. A sus familias, a sus amigos. A la poli.

—No. Yo soy el único familiar que le queda a Bud en el pueblo. De habérselo dicho a alguien, me lo habría dicho a mí.

—¡No te creo! —gritó Brannon, tuteándolo de repente—. No pueden haber desaparecido así como así. Los he buscado por todas partes, he esperado durante horas enteras a la puerta de la casa de Hightower y de la asquerosa caravana de tu tío. Me imaginaba que tendrían que volver algún día. Ellos viven aquí, ¡maldita sea!

Riley alzó las manos en un intento de apaciguarlo.

—¿Qué es lo que quiere de ellos?

—Eso no es asunto tuyo. Tú sólo dime dónde están.

Mark intentó acercarse a su madre, que no le había quitado los ojos de encima desde que Brannon lo agarrara. Pero el hombre lo sujetó con fuerza, arrancándole un gemido de dolor.

—¡Quédate quieto!

Teresa extendió una mano instintivamente hacia su hijo.

—¡Por favor, suéltelo! —le rogó—. ¡Lo está asustando!

—Suelte al chico —añadió Riley—. Así no conseguirá nada.

—¡Dime de una vez dónde están!

Riley se dio cuenta de que estaba frente a un hombre desesperado, al borde de perder los estribos. Dan habría sabido cómo comportarse en aquella situación, pero él no tenía ni la menor idea. Sólo sabía que Mark estaba a punto de echarse a llorar, que Teresa estaba aterrada y que él no podía hacer nada para evitarlo¼

—Suelte al chico —repitió—. Iré con usted a mi casa y allí hablaremos. Puede guardar el arma.

Teresa miró a Riley negando enérgicamente con la cabeza. Él le hizo un gesto con la mano, como asegurándole que sabía lo que

estaba haciendo. Lo cual, por supuesto, era una mentira descarada.

La mano con que Brannon sostenía el arma había empezado a temblar. Mala señal. Riley equilibró bien su peso sobre los dos pies, dispuesto a lanzarse sobre él en cualquier momento. El corazón le latía tan rápido que creyó que iba a estallarle en el pecho. No había nada que pudiera hacer para arrancar a Mark de las manos de aquel tipo. Lo aterraba que pudiera cometer algún error y empeorar todavía más las cosas.

Se movió tentativamente y el cañón del arma apuntó de pronto directamente contra su pecho. A pesar de todo dio otro paso hacia delante, con los ojos fijos en los de Brannon.

Reaccionando ante la expresión decidida que debió de ver en el rostro de Riley Brannon aflojó un tanto la presión con que seguía agarrando al chico y apretó con fuerza la pistola.

—¡Quédate donde estás!

Riley se acercó un poco más. Oyó el jadeo ahogado de Teresa, pero continuó con la atención centrada completamente en el agresor. Estaba lo suficientemente cerca como para poder saltar sobre él y sujetar el arma antes de que pudiera apuntar a Mark. Lo que no tenía garantizado era que pudiera quitársela antes de que el tipo llegara a apretar el gatillo.

Si al menos pudiera asegurarse de que Mark y Teresa no correrían riesgo alguno¼

—Hablemos, Brannon.

—Tú eres el único que va a hablar —repitió Brannon, sin dejar de encañonarlo. Casi parecía haberse olvidado de Mark—. Dime dónde están.

Por el rabillo del ojo, Riley advirtió que Teresa se había acercado centímetro a centímetro a su hijo y sabía que estaba tan decidida a actuar como él.

—¡Ahora, Terry! —le gritó y se abalanzó hacia delante.

Un segundo después Teresa ya le había arrebatado al niño y Brannon estaba forcejeando con Riley. Éste procuraba levantarle la muñeca derecha, para que el cañón del arma apuntara hacia el techo. Brannon era más corpulento, pero sus fuerzas parecían igualadas.

O al menos eso esperaba Riley.

El arma se disparó con un sonido tan estridente que Riley tuvo la sensación que el eco repercutía dentro de su cráneo. Era como si desde el fondo de su mente estuviera contemplando a cámara lenta, todos los detalles de aquella escena de desesperación: los gritos de Teresa y de Mark, la lluvia de polvo y yeso procedente del techo, los gruñidos y gritos de Brannon mientras los dos luchaban por la pistola¼ Y luego, el ruido de la puerta principal al abrirse.

Esperó que aquel sonido significara que Teresa había podido poner a su hijo a salvo fuera de la casa y rezó para que Maggie estuviera escondida en alguna parte igualmente segura. Y que le duraran las fuerzas hasta que llegara alguna ayuda¼

Otras manos se sumaron inesperadamente al forcejeo con Brannon. Y Riley se vio de pronto rodeado de gente.

Todavía temblando y desorientado por lo ocurrido, tuvo que hacer un gran esfuerzo para identificar a todo el mundo. Dan estaba allí, inmovilizando a Brannon, que se hallaba boca abajo contra el suelo, con las manos detrás de la espalda. Y Bud y R. L., uno a cada lado, sosteniendo al propio Riley cuando se tambaleó por el efecto del agotamiento y del miedo.

—¿Qué diablos ha pasado? —le preguntó a su tío.

—Ya te lo contaré todo —le prometió Bud—. Tan pronto como se hayan tranquilizado un poco las cosas.

Teresa y Mark aparecieron de repente, desesperados por comprobar que no había sufrido ningún daño.

—No puedo creer que te hayas lanzado así contra él —musitó Teresa, pálida—. Pudo haberte matado.

—Tenía que hacer algo —Riley abrazó a Mark cuando el niño enterró la cara en su pecho. Podía sentir los sollozos que estremecían su cuerpecillo y lo estrechó con fuerza—. ¿Y Maggie?

Teresa corría ya hacia las escaleras, llamado a gritos a su hija.

El sonido de las sirenas se hizo cada vez más estridente mientras los agentes de Dan se llevaban a Brannon. A través de la puerta abierta, Riley podía ver un creciente grupo de vecinos y curiosos frente a la entrada. Imaginó que Lindsey no tardaría en llegar, junto con Cameron, Serena y Marjorie. Le habría gustado aprovechar aquellos pocos minutos para sentarse tranquilamente y recuperarse, preferiblemente con Teresa, pero tenía la sensación de que no iba a poder disfrutar de ese privilegio por un tiempo.

Teresa volvió con Maggie, que también se lanzó a los brazos de Riley con lo que ya eran dos los niños que se apretaban contra él, llorosos. Quizá debería haberse sentido agobiado, ahogado por tanta responsabilidad. Pero al parecer lo único que sabía hacer era estrecharlos contra su pecho¼ con la mirada clavada en los ojos de su madre.

—Tienes sangre en la boca —observó Bud, escrutando el rostro de su sobrino.

En aquel instante Riley podía sentir el punzante dolor del labio partido. Antes no había sentido nada, durante el forcejeo con Brannon.

—Estoy bien.

—¿Y qué diablos es eso? ¿Un pendiente? —inquirió Bud—. ¿Qué

diablos¼?

—Creo que a Riley le gustaría sentarse y descansar, Bud —intercedió rápidamente Teresa—. Llevémoslo a la cocina, donde podamos ponerle un poco de hielo en la boca.

—De acuerdo.

Aquel iba a ser un día muy largo, pensó Riley resignado. Y sólo el cielo sabía cuándo podría volver a estar a solas con Teresa. Tenía algunas cosas que decirle cuando por fin le llegara la oportunidad de hacerlo¼

Era como si una multitud se hubiera concentrado en la pequeña cocina de Teresa. Apenas podía moverse sin tropezar con alguien. Las seis sillas de la mesa estaban ocupadas. Riley se hallaba sentado en una, sosteniendo una bolsa de hielo contra su cara mientras hablaba con Dan, que estaba a su izquierda tomando notas. R. L. y Bud ocupaban dos de las otras sillas. Bud tenía a Maggie sentada sobre las rodillas mientras Mark, muy quieto contra su costumbre, se apoyaba en su hombro.

Marjorie y Serena, que acababan de llegar a toda prisa, también estaban sentadas a la mesa. Cameron North permanecía de pie apoyado contra el mostrador, tomando café y observándolo todo. Lindsey Meadows, que había estado trabajando en la oficina del periódico y se había apresurado a acudir tan pronto como se enteró de lo ocurrido, no dejaba de tomar notas mientras escuchaba la conversación de Riley con su marido. Teresa se había negado a sentarse ya que necesitaba ocuparse en algo para tranquilizar sus nervios. Había preparado café y sandwiches y platos de galletas y patatas fritas. Nadie parecía estar comiendo, pero eso no parecía importarle: sacar comida le había proporcionado algo que hacer con las manos.

Riley ya le había contado a Dan todo lo sucedido desde la aparición de Cari Brannon. Ahora lo que quería saber era el resto de la historia, al igual que Teresa.

—Quiero detalles —anunció, dirigiendo su petición tanto a Dan como a Bud y a R. L.

—Tu tío, R. L. y yo nos dirigíamos hacia aquí cuando recibí la llamada de socorro de Maggie —le explicó Dan.

Abriendo mucho los ojos, Teresa se volvió hacia su hija.

—¿Llamaste a la policía?

—Sí. Cuando ese hombre agarró a Mark y tú me ordenaste que subiera arriba yo sabía que tenía que llamar a la policía —respondió la niña con total naturalidad.

—Bien hecho —la felicitó Riley—. Tuviste mucha sangre fría.

—Estaba muy asustada —admitió Maggie—. Pero no sabía quién más nos podía ayudar.

—Hiciste exactamente lo que debías hacer —le aseguró Bud—. ¡Qué valiente es mi niña¼!

—El caso es que Bud me había llamado poco antes —continuó Dan— para pedirme que me encontrara con él y con R. L. aquí, en casa de Riley. Me dijeron que tenían una información interesante para mí, pero que querían transmitírmela con Riley delante. Como te he dicho antes, estaba ya en camino cuando Maggie nos llamó. Llegué lo más rápido que pude. La camioneta de Brannon estaba aparcada delante de esta casa. Bud y R. L. llegaron un instante después que yo. Corríamos ya los tres hacia la puerta cuando oímos los disparos.

—Me temo que durante muchos años seguiré oyendo ese sonido —comentó Bud, emocionado.

Teresa lo comprendía perfectamente. Ella misma se había aprovechado de la distracción de Brannon para proteger a Mark y esconderse con él en un rincón detrás de la escalera, un segundo antes de oír los disparos. Se había quedado literalmente horrorizada al pensar que Riley había podido resultar herido. Desgarrada entre proteger a su hijo y acudir en auxilio de Riley el miedo la había paralizado. Un miedo tan atroz que esperaba no volver a tener que experimentarlo nunca más.

—¿Por qué querías venir aquí, Bud? —le preguntó Riley a su tío —. ¿Sabías que había venido Brannon? Y por cierto¼ ¿qué diablos tenía que ver contigo ese tipo?

Teresa reaccionó de inmediato, pensando que quizá no fuera conveniente que sus hijos escucharan el resto de la conversación. Después de besar a Maggie en la mejilla, se dirigió a Marjorie:

—Hace tiempo que no has visto las habitaciones de los niños, Marjorie. Tienen un montón de juguetes que enseñarte.

—Claro —sonriendo dulcemente, Marjorie se levantó y le ofreció su mano a la niña—. ¿Queréis enseñarme vuestros juguetes, niños?

—Quieren que nos vayamos de la cocina —informó Mark a su hermana con un resignado suspiro.

—Ya lo sé —repuso Maggie—. Pero está bien, no pasa nada — sonrió a su vez a Marjorie—. Mami ya nos lo contará después, ¿verdad, mami?

Teresa asintió. Ya les diría lo que necesitaran saber. Y Serena y Cameron pondrían a Marjorie al tanto de los detalles.

Bud esperó a que los niños hubieran salido de la cocina antes de satisfacer la evidente impaciencia de su sobrino. Miró a Dan y luego a Lindsey y a Cameron.

—Ya decidiréis vosotros cuánto de lo que voy a contar aparecerá en la prensa. Supongo que no hay forma de evitarlo, con el propietario y la plantilla entera del periódico delante.

—Vamos —lo instó Dan—. Quiero saber quién es Brannon y lo que pretendía al venir aquí.

Bud y R. L. intercambiaron una mirada. R. L. lo animó a hablar con un gesto.

—Todo empezó hace más de treinta y cinco años. Truman, R. L. y yo teníamos veintitantos. Éramos lo suficientemente jóvenes para trabajar duro los días de diario y disfrutar a fondo de los fines de semana. Yo ya cargaba con un divorcio a mis espaldas. Truman estaba comprometido, pero seguía corriéndose sus juergas. Empezó a salir bastante con un viejo amigo del instituto: Cari Brannon.

—¿El padre del tipo que hemos detenido? —lo interrumpió Dan.

—En efecto —asintió Bud—. Cari tenía problemas. Siempre los había tenido. A R. L. Y a mí no nos gustaba frecuentar su compañía, pero para Truman era como un modelo de héroe. Decía que Cari era un tipo duro y frío, que no aguantaba tonterías de nadie. Ya conocéis a esa clase de gente. El caso es que Cari empezó a meterse en líos con la ley y yo le advertí a Truman que le pasaría lo mismo si no llevaba cuidado.

—Yo no dejaba de decirle que Cari era una mala compañía¼ —terció R. L.

—Una noche Truman vino a buscarnos, muy alterado, diciendo que estaba en un apuro. Un apuro muy grave. Cari acaba de asaltar una licorería y había disparado contra el empleado. Y Truman había estado con él.

Teresa miró a Riley que fruncía el ceño con expresión preocupada después de haberse retirado el hielo de la boca.

—Cari Brannon fue a prisión por haber matado a aquel empleado —comentó—. Recuerdo haber leído algo de eso en los fondos de la hemeroteca. Pero no encontré mención alguna a la implicación de Truman en aquel asunto.

—Bud y yo le cubrimos las espaldas —explicó R. L., lanzando a Dan una rápida mirada cargada de culpabilidad—. Los dos fuimos a hablar con el jefe de policía para comunicarle que teníamos motivos para pensar que Cari y no Truman, había sido el autor de los disparos. Le aseguramos que le habíamos oído contar a alguien que había sido él. Bud y yo incluso juramos que Truman había estado con nosotros aquella noche y su prometida lo confirmó. Cari intentó convencer a la policía de que Truman también había estado implicado, pero nunca hubo pruebas suficientes para incriminarlo. La policía concluyó que quería acusarnos a nosotros para exculparse.

—¿Sabíais que Truman había estado implicado en un asesinato y lo encubristeis? —les preguntó Dan. Su expresión se había endurecido.

—Él no estaba implicado, al menos de la manera que tú supones —se apresuró a señalar Bud—. Cari y Truman habían estado bebiendo. Cari dijo que estaba demasiado borracho para conducir, así que le entregó las llaves de su coche para que condujera él. Le pidió que se detuviera en la licorería. Truman le dijo que no quería parar, pero Cari lo convenció. Truman esperó fuera mientras el otro entraba. Segundos después, vio salir corriendo a su amigo de la tienda, con un arma en la mano y cargado de dinero, gritándole que arrancara. No hubo testigos, así que nunca apareció prueba alguna de que Cari no estuviera solo aquella noche.

Fue Bud quien continuó el relato de su amigo:

—Truman volvió a la casa de Cari y los dos se pusieron a discutir. Cari le ofreció la mitad del dinero pero él se negó, diciendo que no quería tener nada que ver con aquello. Entonces Cari amenazó con matarlo si abría la boca y con delatarlo si llegaban a cazarlo. Por eso Truman fue a buscarnos casi histérico. Y nosotros lo convencimos de que podíamos protegerlo a él, pero que no haríamos lo mismo con Cari.

—Gracias a un aviso nuestro, la poli registró la casa de Cari —dijo R. L.—. Encontraron el dinero y el reloj de oro que llevaba el empleado de la tienda. Su madre lo identificó. Cari fue a la cárcel y Truman, después de aquello, se convirtió en un ciudadano modelo. Se casó con su prometida y no volvió a causar el menor problema a este pueblo.

—Ofrecían una recompensa para aquel que facilitara alguna información que condujera al arresto del asaltante de la licorería —añadió Bud—. Diez mil dólares. R. L. y yo nos repartimos el dinero. Y con ese dinero abrimos nuestros respectivos negocios varios años más tarde. Truman no tocó ni un solo céntimo. Nunca se recuperó de lo sucedido aquella noche. Después de aquello ya nunca volvió a ser el mismo.

—No debisteis haberlo encubierto —les recriminó Dan—. Eso os convierte en cómplices de aquel delito.

—Un delito que hace ya mucho que ha prescrito —intervino Serena—. E incluso en aquel tiempo, habría sido muy discutible la presunta complicidad de Bud y R. L. En cambio, el homicidio en sí nunca prescribe, así que Truman habría podido ser perseguido por la ley si siguiera vivo. Dado que no es así, creo que no tiene mucho sentido que los detalles de esta historia salgan a la luz¼

—Eso lo decidiremos cuando hayamos oído toda la historia —sentenció Cameron en su calidad de director del diario—. Adelante, Bud.

—Sabíamos que Cari tenía un hijo con una mujer con la que no había llegado a casarse. Ella se fue del pueblo después de que Cari

entrara en prisión. Desde entonces, ninguno de nosotros volvió a saber nada de ellos. Luego Truman murió en aquel incendio de principios de año. R. L. y yo quedamos muy afectados, por supuesto.

—Pensábamos que habría sido cosa de aquel chico, Stamps —dijo R. L.—. En ningún momento lo relacionamos con Cari, aunque después de la muerte de Truman, Bud y yo hablamos mucho de lo que sucedió aquella noche del asalto a la licorería. Y de que Truman nunca llegó a superarlo y a olvidarlo del todo.

—Luego se quemó la oficina de R. L. —continuó Bud—. Nos parecía muy extraño que el chico de los Stamps la hubiera tomado con nosotros de esa manera, pero todavía seguíamos sin pensar en Cari. Hasta que alguien intentó acribillar a balazos a R. L. en su cama. Fue entonces cuando todo empezó a encajar. R. L. dejó el pueblo para hacer algunas investigaciones. Yo seguía en contacto con él, claro está. Siempre supe dónde se encontraba. Descubrimos que Cari había muerto en prisión durante las pasadas Navidades.

—Sí, eso nos dijo su hijo —murmuró Riley.

—Por un momento nos quedamos bastante confundidos. Yo empecé a sospechar que alguien me estaba vigilando —confesó Bud—. Una noche, una camioneta me siguió hasta Snake Hill y luego me pasó tan cerca que a punto estuvo de sacarme de la carretera en una curva muy peligrosa. Por poco me mata.

—¡Maldita sea, Bud, debiste habérmelo dicho! —estalló Riley.

—Iba a hacerlo —explicó Bud con un tono de disculpa—. De verdad que sí; la noche que yo estaba aquí, con los niños, esperando a que Teresa y tú volvierais de aquella cena. Hasta entonces pensaba que todo estaba tranquilo. Si hubiera sospechado que corría algún peligro, jamás habría venido a esta casa. Cuando vi aquella camioneta y la reconocí como la misma que había intentado sacarme de la carretera¼ bueno, fue entonces cuando decidí abandonar el pueblo antes de que alguien pudiera resultar herido.

—Vino a buscarme —explicó R. L.—. Analizamos la situación. Resultaba evidente que todos nuestros problemas tenían que ver con Cari Brannon. Descubrimos que el hijo de Cari lo había visitado muy a menudo en la cárcel y que Cari le había llenado la cabeza de cuentos sobre la vida tan dura que había llevado y las presuntas calamidades que había sufrido. Le había dicho que todo el mundo había conspirado siempre contra él¼ incluyendo el grupo de amigos que lo acusó de haber cometido un asesinato. También le dijo que él no había tenido nada que ver en el asalto a aquella licorería y que le habían tendido una trampa. Que nosotros le habíamos tendido una trampa.

—Y resultó que Cari Brannon hijo había tenido tanto éxito en la

vida como su padre —intervino Bud—. Era un fracasado. Su segunda mujer lo abandonó y lo despidieron del trabajo justo antes de que muriera su padre. Necesitaba culpar a alguien más de sus propios fracasos. Así que decidió seguir el ejemplo de Cari y culparnos a nosotros.

—Le dijo a su ex esposa que nos habíamos enriquecido gracias a haber delatado a su padre —dijo R. L.—. Que nos habíamos quedado con el dinero de la recompensa y que vivíamos en la abundancia, mientras que su padre se había podrido en la cárcel. Así que decidió tomar venganza.

—¿Descubristeis todo eso después de dejar el pueblo? —les preguntó Dan, escéptico.

—Tenía que hacer algo —repuso R. L. encogiéndose de hombros —. Sólo tuve que hacer unas cuantas llamadas de teléfono. Ya sabes que estuve en el negocio de los seguros un montón de años. Tenía mis propias fuentes de información.

—Yo lo ayudé cuando me reuní con él —agregó Bud—. No tardamos mucho tiempo en descubrir quién andaba detrás de nosotros, pero no estábamos seguros de poder probar nada. Cuando reunimos toda la información que pudimos conseguir, volvimos al pueblo para contárselo a Dan. Sabía que Riley estaría muy preocupado, así que R. L. y yo decidimos reunimos con Dan en su casa, para contarles la historia a los dos a la vez. Desde luego, no imaginábamos que íbamos a coincidir también con Brannon. No me esperaba que fuera a aparecer así, a presentarse de repente en el pueblo. Supuse que seguiría esperando a que volviéramos, o que nos buscaría en otra parte.

—Como no pudo encontraros, perdió la paciencia —explicó Riley—. El hombre con el que yo me enfrenté esta tarde estaba absolutamente desquiciado. No sé si su padre estaba loco o era simplemente un delincuente, pero tengo la impresión de que su hijo está de verdad trastornado.

Teresa se estremeció, recordando la expresión que había visto en los ojos de Cari Brannon hijo. Estaba de acuerdo con Riley. Aquel hombre había perdido completamente el control. Y por unos minutos, Mark había estado en sus manos¼

—Teresa, siéntate —le urgió Lindsey apareciendo de pronto a su lado—. Te has puesto muy pálida.

—Estoy bien —protestó, pero se dejó guiar hasta la silla que Marjorie había dejado libre al lado de Riley.

Preocupado, éste le cubrió las manos heladas con una de las suyas.

—¿Te encuentras bien?

—Sólo un poquitín temblorosa —admitió—. Pero bien.

—Conozco esa sensación —murmuró.

Dan, por supuesto, tenía más preguntas que hacer a R. L. y a Bud. Y Lindsey Serena y Cameron también tenían más preguntas. Resultaba extraño, pero Teresa y Riley eran los que menos habían hablado. Teresa suponía que era porque todavía estaban demasiado impresionados por lo ocurrido.

Riley aún le estaba apretando la mano y ella no la había retirado. Por el momento, necesitaba aferrarse a él, a su contacto. Ya volvería a ser fuerte e independiente más tarde, cuando no tuviera más remedio que serlo.

Finalmente, Dan se volvió hacia Riley.

—Tengo una pregunta que hacerte.

—¿Cuál es?

—¿Desde cuándo llevas ese maldito pendiente?

Le pareció que había transcurrido una eternidad cuando todo volvió a ser como antes y Teresa se encontró nuevamente a solas con sus hijos. Para su inmenso alivio, Mark parecía haberse recuperado casi completamente del susto. Estuvo hablando con él durante un buen rato después de que Maggie se fuera a acostar, dejó una luz encendida en su habitación y le pidió que la llamara durante la noche si la necesitaba en algún momento.

Depositó un tierno beso sobre su frente mientras lo arropaba.

—Hoy has sido muy valiente —murmuró—. Estoy orgullosa de ti. Y tan contenta de que no te haya pasado nada¼

—Y yo estoy contento de que Riley y el tío Bud se encuentren bien —musitó el niño, adormilado—. Supongo que a mí no me dejarás que me ponga un pendiente, ¿eh, mamá?

—Por el momento no, pero después ya veremos —respondió, sonriendo—. A dormir, cariño. Ya hablaremos mañana.

Bajó las escaleras consciente de que pasarían varias horas hasta que estuviera en condiciones de conciliar el sueño. Temía cerrar los ojos por miedo a revivir todo lo sucedido. Todavía podía oír el eco de los disparos, saborear el miedo que la había atenazado al pensar que Riley podía resultar herido¼ o algo peor.

Al parecer, debía tener un talento especial para enamorarse de los hombres equivocados.

La llamada a la puerta fue tan débil que apenas la oyó. A pesar de saber quién era, se asomó a la mirilla antes de abrir. Después de lo ocurrido aquel día, nunca más volvería a abrir la puerta sin mirar antes.

—Sólo quería asegurarme de que los niños y tú estabais bien — le dijo Riley nada más entrar—. ¿Qué tal se encuentra Mark?

—Bien. Estaba tan agotado que se durmió nada más apagar la luz.

—¿Y Maggie?

—También dormida. Esta noche tal vez tengan pesadillas, pero por el momento se encuentran bien.

Riley alzó la mirada al agujero del techo del vestíbulo.

—Creo que yo también voy a tener pesadillas durante un tiempo. Cuando Brannon agarró a Mark¼

No tuvo que terminar la frase. Aferrándose a sus hombros, Teresa asintió con un nudo de emoción en la garganta.

—Lo sé. He pasado tanto miedo¼ Y luego, cuando tú te lanzaste sobre él¼ y oí el disparo¼

—No sabía qué otra cosa podía hacer. Al ver lo congestionado que estaba Brannon y la manera en que le temblaban las manos, pensé que estaba a punto de perder el poco control que le quedaba. Sabía que tenía que hacerlo antes de que lo perdiera por completo.

—Creí que te había disparado¼

Él la estrechó entre sus brazos, apretando la mejilla contra su pelo.

—Estoy bien. Ya ha pasado todo.

Enterrando el rostro en el cuello de Riley, Teresa soltó un tembloroso suspiro.

—Lo sé. Lo que pasa es que voy a tardar algún tiempo en recuperarme.

—Nos recuperaremos juntos —le aseguró él.

Aquello le hizo alzar la cabeza. Lo primero que pensó fue que Riley no había querido decir eso, que sólo le estaba ofreciendo su consuelo. No permitiría que ninguno de los dos se dejara arrastrar por las secuelas de lo sucedido.

—Me encuentro bien, de verdad. Y los niños también —le dijo separándose—. Gracias por todo, lo superaremos.

—Los tres, ¿no?

Teresa no podía interpretar bien su tono de voz, pero asintió con la cabeza.

—Por supuesto.

—A veces me pregunto si quedará espacio para alguien más en esta familia feliz que te has creado.

—No sé lo que quieres decir —repuso mientras se abrazaba, en un inconsciente gesto defensivo.

—Quizá debería ser algo más preciso. ¿Queda algún espacio para mí, Teresa?

El instinto de supervivencia la obligó a retroceder otro paso.

—Tú no quieres formar parte de una familia —le recordó, con un nudo en la garganta—. Tú quieres seguir viviendo libre, sin compromisos. Libre para pasarte las noches en Gaylord's, divirtiéndote y haciendo cosas locas, impulsivas¼

Esbozando una mueca, Riley se llevó una mano a la oreja izquierda.

—¿Acaso me has oído decir que anoche me divertí? Lo pasé fatal. Me pasé la noche entera pensando en ti e intentando fingir que no lo estaba haciendo.

—No puedo dejar a mis hijos al cuidado de una niñera todas las noches para salir contigo. Eso es algo que como mucho estaría dispuesta a hacer una sola vez por semana.

—Yo tampoco te lo pediría —replicó él—. Tus hijos se merecen algo mejor que eso.

—Exacto. Ellos son mi primera prioridad.

—No tengo nada que discutir en ese punto. Sólo te estoy preguntando si existe alguna posibilidad de que yo pueda ser tu segunda prioridad, después de los niños.

Teresa negó con la cabeza.

—Creo que todavía estás padeciendo las secuelas de lo que ha pasado hoy. No estás hablando en serio. Estás trastornado por¼

—Hoy me he llevado el mayor susto de mi vida —la interrumpió—. Y habría dado mi vida por poder proteger a Mark, a Maggie¼ y a ti. Pero eso no me ha sorprendido tanto, no te creas. Ya antes había decidido lo mucho que los tres significáis para mí.

—¿Cuándo decidiste eso? —inquirió, escéptica—. ¿Antes o después de ponerte el pendiente?

—¿Quieres olvidarte de eso de una vez? —exclamó, irritado—. Eso fue un impulso. Un recuerdo, en cierta forma.

—¿Un recuerdo de qué?

—De la última noche de mi antigua vida, supongo —respondió, encogiéndose de hombros.

—Ahora sí que estás diciendo tonterías —le dio la espalda, convencida de que después de una buena noche de sueño, Riley se arrepentiría de haber dicho todas esas cosas .

—Te amo, Terry.

—Por favor, no¼ —murmuró sin aliento.

—Y tú también me amas.

—Yo no he dicho eso —se tensó.

—Sí, sí que lo has dicho. Cuando hicimos el amor. Te conozco lo suficiente como para saber que no te habrías acostado conmigo si no me hubieras amado.

El nudo de emoción que le atenazaba la garganta no le dejaba hablar, pero al fin logró musitar:

—Eres un tipo arrogante y engreído, Riley O'Neal.

—Lo sé. Pero estúpido no soy. Tú eres lo mejor que me ha sucedido en mi vida, Teresa Scott.

Teresa cerró los ojos, pensando que había llegado a conocerla

demasiado bien. Tenía razón, por supuesto. No habría hecho el amor con él si no lo hubiera amado ya desde antes.

—Esta noche no puedo hablar de esto —le dijo—. Es demasiado.

—Lo siento. Supongo que no es la ocasión más adecuada. Iba a decirte todo esto antes, después de que me invitaras a café esta mañana¼ pero ya sabes que nos interrumpieron. Y de qué manera. Si necesitas más tiempo, lo tendrás. Ahora que ya nos hemos encontrado el uno al otro, disponemos de todo el tiempo del mundo.

«*Todo el tiempo del mundo*», se repitió Teresa. Ella sabía demasiado bien lo muy imprevisible que podía llegar a ser la vida, la celeridad con que todo podía cambiar.

Aquel mismo día, por ejemplo, había podido perder a su hijo. Y a Riley. Y tenía miedo de arriesgar más cosas.

—Me casé con un hombre encantador y amante de las diversiones que no supo estar a la altura de sus compromisos —murmuró—. Ni en el trabajo, ni en su matrimonio. Creo que realmente quería cumplir sus promesas, pero en la práctica era incapaz de hacerlo. Las obligaciones le pesaban demasiado. Yo intenté ser lo suficientemente responsable por los dos, pero era demasiado. No puedo volver a pasar por aquello.

Le oyó soltar un largo y profundo suspiro, a su espalda.

—Voy a tener que demostrarte que yo no soy tu marido. He disfrutado a fondo de la vida que he llevado, pero no tengo ninguna duda de que encontraré desafíos semejantes y todavía más satisfacciones contigo y con los niños. Por mucho que me cueste convencerte de ello, al final me creerás.

—Puede que pase mucho tiempo hasta entonces —susurró ella.

Riley le puso las manos suavemente sobre los hombros.

—Tenemos todo el tiempo del mundo.

Epílogo

Teresa había subestimado la capacidad de persuasión de Riley. Porque se casaron para el día de San Valentín.

Asistió casi todo Edstown. Algunos fueron sólo para poder verlo con sus propios ojos, porque no se lo creían. Riley O'Neal casado y ejemplar padre de familia. ¿Quién lo habría creído?

Teresa sí que se lo creía.

Sonriendo a su marido en un determinado momento del banquete nupcial, se maravilló de lo guapo que estaba vestido de negro. Se había puesto incluso calcetines¼ y el arete dorado que lucía en la oreja demostraba que seguía siendo el Riley de siempre.

Teresa llevaba un sencillo pero elegante vestido blanco y un ramito de rosas rojas para homenajear a la primavera. Sus dos damas de honor. Serena y Maggie, iban vestidas de rojo; la primera se encontraba en avanzado estado de gestación. Bud y Mark ejercían de padrinos. Los padres de Riley estaban presentes y encantados de que su hijo se hubiera casado y los hubiera convertido a la vez en abuelos.

Había sido una boda sencilla, pero hermosa. Perfecta, en su opinión.

—Entonces¼ ¿cuánto tiempo más vamos a tener que soportar esto? —le preguntó Riley al oído, impaciente por marcharse.

—Nos iremos pronto —le prometió ella—. Sólo quiero asegurarme de que Serena tiene todo lo necesario para cuidar a los niños durante nuestra ausencia.

—Pero si ya lo has revisado dos veces —le recordó, paciente—. Le has dejado todos los números de teléfono en los que podrá localizarnos durante la próxima semana. Los niños estarán perfectamente con ella.

—Lo sé —admitió—. Lo que sucede es que es la primera vez que paso tanto tiempo alejada de ellos¼

—Si eso te preocupa tanto, cancelaremos el viaje. Ya nos iremos más adelante de luna de miel¼ o nos llevaremos a los niños con nosotros.

—No. Nos merecemos esta luna de miel.

—Estaba seguro de que te negarías —le confesó Riley sonriendo.

—Lo sé —se echó a reír—. Pero también sé que el ofrecimiento era sincero.

Tenían muchos planes. Pretendían edificar una casa junto al lago, en el terreno de Riley. Teresa había decidido terminar sus estudios de magisterio. Por fin había podido leer la novela de Riley

y pensaba que era estupenda. Él le había asegurado que intentaría publicarla cuando volvieran de la luna de miel. Mientras tanto, seguiría con su trabajo en el periódico.

Teresa estaba asumiendo el mayor riesgo de su vida al aceptar que Riley guardaría siempre su promesa de amarla, de serle fiel, de ser un padre cariñoso para sus hijos. Pero de alguna forma, sabía que en esa ocasión no había depositado su fe en el hombre equivocado.

El amor le había dado el coraje necesario para creer en él.

Algunos de aquellos pensamientos debieron de reflejarse en la sonrisa que le lanzó. Porque con un brillo de emoción en los ojos, Riley la atrajo de repente hacia sí.

—¿Cuándo nos iremos? —le preguntó de nuevo.

Teresa se puso de puntillas para besarlo.

—¿Por qué tanta prisa? Tenemos todo el tiempo del mundo.

Fin